

VOLUMEN

51

Francisco De Venanzi

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Sonia Hecker



EL NACIONAL

BANCARIBE 

Sonia Hecker

Sonia Hecker se graduó de médico cirujano en la Universidad Central de Venezuela en 1960, recibiendo su Ph.D. en la Universidad de Birmingham, Inglaterra en 1968. Es Profesora Fundadora de la Universidad de Oriente, así como Profesora Titular en la Facultad de Medicina de la UCV.

Ex Jefa de la Cátedra de Fisiología de la Escuela de Medicina Luis Razetti, actualmente se desempeña como Jefa de la Sección para el Estudio de la Adaptación Muscular en el Instituto de Medicina Experimental de la UCV.

Ha sido Secretaria General de la Asociación Venezolana para el Avance de la Ciencia (AsoVAC), Secretaria de la Sociedad Venezolana de Ciencias Fisiológicas y Presidenta de la Sociedad Latinoamericana de Ciencias Fisiológicas.

Ha presentado numerosas ponencias en Congresos Internacionales dentro del campo de su especialidad investigativa, y sus trabajos científicos han sido publicados en revistas nacionales y extranjeras. Su obra periodística en diversos medios se ha visto acompañada de incursiones en el campo literario, entre cuyos títulos destacan *Cuentos de Angostura*, galardonado con el segundo premio del II Concurso de Narrativa Breve, en 1994; *Para hacer y ser dulces* (2002), *De aeropuertos y otras geografías* (2003), y *Por una puerta estrecha*. Sara Bendahan (2005).

Biblioteca Biográfica Venezolana

Francisco **De Venanzi**

BIBLIOTECA BIOGRÁFICA VENEZOLANA

Director: Simón Alberto Consalvi

Coordinador Editorial: Edgardo Mondolfi Gudat

Consejo Asesor

Ramón J. Velásquez

Eugenio Montejo

Carlos Hernández Delfino

Edgardo Mondolfi Gudat

Simón Alberto Consalvi

C.A. Editora El Nacional

Presidente Editor: Miguel Henrique Otero

Presidente Ejecutivo: Manuel Sucre

Editor Adjunto: Simón Alberto Consalvi

Gerente de Arte: Jaime Cruz

Gerencia Unidad de Nuevos Productos: Tatiana Iurkovic

Gerencia de Desarrollo de Nuevos Productos: Haisha Wahnón

Coordinación de Nuevos Productos:

Yosira Sequera

Diseño Gráfico y realización de portada: 72 DPI

Fotografías: R. Pérez Hermoso. UCV, Archivo del Instituto de Medicina Experimental (portada y p. 9)

Impresión: Editorial Arte

Distribución: El Nacional

Las entidades patrocinantes de la Biblioteca Biográfica Venezolana, Banco del Caribe y C.A. Editora El Nacional, no se hacen responsables de los puntos de vista expresados por los autores.

Depósito legal: If7892007920305

ISBN: 980-6518-56-X (O.C.)

ISBN: 980-395-104-1

Conversación con el lector

La Biblioteca Biográfica Venezolana es un proyecto de largo alcance, destinado a llenar un gran vacío en cuanto se refiere al conocimiento de innumerables personajes, bien se trate de actores políticos, intelectuales, artistas, científicos, o aquellos que desde diferentes posiciones se han perfilado a lo largo de nuestra historia. Este proyecto ha sido posible por la alianza cultural convenida entre el Banco del Caribe y el diario *El Nacional*, y el cual se inscribe dentro de las celebraciones del bicentenario de la Independencia de Venezuela, 1810-2010.

Es un tiempo propicio, por consiguiente, para intentar una colección que incorpore al mayor número de venezolanos y que sus vidas sean tratadas y difundidas de manera adecuada. Tanto el estilo de los autores a cargo de la colección, como la diversidad de los personajes que abarca, permite un ejercicio de interpretación de las distintas épocas, concebido todo ello en estilo accesible, tratado desde una perspectiva actual.

Al propiciar una colección con las particulares características que reviste la Biblioteca Biográfica Venezolana, el Banco del Caribe y el diario *El Nacional* buscan situar en el mapa las claves permanentes de lo que somos como nación. Se trata, en otras palabras, de asumir lo que un gran escritor, Augusto Mijares, definió como lo “afirmativo venezolano”. Al hacerlo, confiamos en lo mucho que esta iniciativa pueda significar como aporte a la cultura y al conocimiento de nuestra historia, en correspondencia con la preocupación permanente de ambas empresas en el ejercicio de su responsabilidad social.

Miguel Ignacio Purroy

Presidente del Banco del Caribe

Miguel Henrique Otero

Presidente Editor de *El Nacional*

1810 Bicentenario de la Independencia de Venezuela **2010**

Francisco **De Venanzi**

(1917-1987)

Sonia Hecker

Los primeros años



En Caracas, “un punto al centro y norte de un pequeño martillo pintado de amarillo que es Venezuela”, bajo el Ávila impasible que “ha contemplado heroísmos que sacudieron al mundo y desagradables indignidades, nobleza y bondad al lado de bajeza y crueldad”, como él mismo escribiera años después, el 12 de marzo de 1917 nació Francisco Antonio De Venanzi De Novi, el segundo de cuatro hermanos. Su padre, Augusto De Venanzi, era un joyero italiano, diseñador de los trabajos que hacía. La infancia de Francisco transcurrió en una casa grande con patio, situada entre las esquinas de Pinto y Misericordia. Francisco solía ir con su familia a la *Fratellanza Italiana*, que luego sería la Casa de Italia, lugar de reunión social de los inmigrantes de ese país que tanta importancia han tenido en el desarrollo de Venezuela. Entre los paseos de su niñez rememora que salían a comprar leche recién ordeñada en las haciendas al sur del Nuevo Circo; iban por las orillas del río Guaire a recoger veredas para hacer papagayos y jugar a los indios usándolas como lanzas, y a veces, se llegaban a los baños del pozo Gato Amarillo, más allá de El Valle.

Rosita, la menor de todos los hermanos, al terminar la escuela primaria quiso seguir bachillerato, pero el papá no la dejó. “Mi hermano

Francisco entonces, se sentaba a estudiar conmigo y yo vi todas las asignaturas del bachillerato con él; me ponía tareas y me explicaba las materias. Yo tuve una época en que me metía a hacer labores manuales y él siempre me decía: ‘no ocupes tu tiempo en eso cuando puedes aprovecharlo en estudiar, deja eso, que no es para ti’”.

El Liceo Andrés Bello fue punto de encuentro y de inicio de amistades, muchas de las cuales se prolongaron a lo largo de la vida: Jesús María Bianco, Ramón J. Velásquez, quien presidía el Centro de Estudiantes, Luis Manuel Peñalver, Alejandro Calvo, Imelda Campos. No sólo alternó con sus compañeros del propio liceo, sino que conoció a varios de los estudiantes de colegios privados quienes tenían que presentar los exámenes en institutos oficiales, tocándoles a muchos hacerlo en el Andrés Bello. Así entró en contacto con algunos de los futuros políticos que luego serían dirigentes del partido Copei. De sus amigos de infancia fue muy cercano Juan Di Prisco, luego compañero del liceo y la universidad, y finalmente su cuñado, al casarse con Rosita.

Bajo la apariencia idílica de ciudad pequeña, en la cual casi todo el mundo se conocía, una visita a casa de un compañero de estudio podía revelar la existencia de un opositor al régimen que estaba allí escondido, alguien que cruzaba silencioso el patio llevando una boina; así se enteró de la existencia de José Tomás Jiménez Arráiz. Por otra parte, Ramón J. Velásquez invitó a Inocente Palacios al Centro de Estudiantes del liceo, quien, junto con estimularlos culturalmente, les habló de ideas políticas. Los sucesos de la Guerra Civil española, el nazismo y el fascismo no les eran ajenos, pues estaban presentes en artículos y comentarios de la prensa.

Francisco siempre fue un apasionado de la lectura, ya en la biblioteca de la *Fratellanza Italiana* descubrió la *Divina Comedia* y otros clásicos. Al hermano mayor, Domingo, le gustaba el juego de pelota. Francisco, por su carácter o por una afección articular que lo aquejaba desde los diez años, era dado a actividades más bien tranquilas. Ambos hijos heredaron del padre la habilidad para el diseño. Mientras cursaba bachillerato, Francisco hizo estudios de dibujo lineal en la

Escuela de Artes y Oficios y comenzó a tomar clases de pintura con Gaetano Di Prisco. De la madre, Rosa De Novi de De Venanzi, heredó Francisco el carácter. María Cristina Di Prisco, hija de Rosita, dice que Francisco era apacible pero firme como un roble, y muy terco. “Eso es de familia, porque mi mamá es así”, a lo cual añade Rosita: “mi mamá, y mi abuelita también eran así, un carácter fuerte, pero no agresivas, más bien dulces, pero firmes, muy firmes...”

La muerte de Juan Vicente Gómez ocurrió cuando Francisco estaba estudiando el último año de bachillerato. Los Centros de Estudiantes se agruparon en la Federación de Estudiantes y representaron una de las pocas fuerzas políticas organizadas. En uno de los soportes del portón del Liceo se montó Rómulo Betancourt para dar el primer discurso político que oyeron los liceístas. Rómulo Gallegos, como Ministro de Educación, buscó la colaboración estudiantil voluntaria para fundar las Universidades Populares. El Dr. De Venanzi, en una extensa entrevista que le hizo Pablo Antillano en 1983, dijo: “Se organizaron una serie de comisiones para visitar todo el país tratando de contactar a las personas que estuvieran interesadas en cuestiones culturales y creando escuelas para adultos en distintos sitios, que se llamaron ‘Universidades Populares’. Yo participé en una de esas comisiones que recorrió gran cantidad de poblaciones en los estados Aragua y Carabobo, y di clases en una Universidad Popular ubicada cerca de Petare”.

Ese mismo año fue entrevistado por Edith Guzmán a quien le confesó que “cuando muchacho quería ser arquitecto e incluso pintor”, pero en ese momento la arquitectura no existía como carrera universitaria. Por otra parte, su padecimiento lo puso en contacto con varios médicos que lo trataron y le inspiraron interés por la Medicina: “Sí tenía vocación por la Medicina” y “también me gustaba la literatura y escribía cuentos que publicaba en *Elite*(...) pero después me atrapó la Medicina y la investigación científica por la que siento una gran pasión”. En 1936 egresó del Liceo Andrés Bello con el título de Bachiller en Filosofía y Letras e ingresó en la Facultad de Medicina de la Universidad Central de Venezuela.

El comienzo de las ciencias experimentales

En segundo año de Medicina sintió fascinación por la Fisiología y, a través de ella, por las ciencias experimentales. Humberto García Arocha, quien se había graduado el año anterior y acababa de ingresar como Jefe de Trabajos Prácticos, montó una serie de demostraciones con unos equipos que había importado José Gregorio Hernández y que habían permanecido olvidados en un almacén de la Universidad. La llegada del Dr. Augusto Pi Suñer en 1939 significó un enorme impulso tanto a la enseñanza de las ciencias experimentales, como a la investigación científica, la cual era prácticamente inexistente en la Facultad de Medicina. Augusto Pi Suñer tenía para ese momento sesenta años de edad y una brillante carrera como docente e investigador en Fisiología. Graduado de Doctor en Medicina a los 21 años, había sido Catedrático de Fisiología en Sevilla y Barcelona, y laureado con varios premios españoles e internacionales; había publicado libros importantes, entre ellos un *Tratado de Fisiología General*, *Los mecanismos de correlación fisiológica* y *Las anomalías del metabolismo de los glúcidos*. Estando exiliado en Francia por la Guerra Civil española, lo conoció el Dr. Enrique Tejera, para entonces Ministro de Educación de Venezuela, y le propuso venir a trabajar en la Universidad Central, lo cual Pi Suñer aceptó. A su llegada le dio un vuelco a la enseñanza de las Ciencias Fisiológicas, sentó las bases para la fundación del Instituto de Medicina Experimental y comenzó a formar escuela, aprovechando un grupo de jóvenes interesados. Así envió a Humberto García Arocha a la Universidad de Yale a continuar su formación bajo la dirección de J. F. Fulton, y consiguió una beca de la Fundación Rockefeller, que fueron aprovechando sucesivamente los doctores Marcel Granier, quien fue a hacer estudios de postgrado en Farmacología, Francisco De Venanzi en Fisiología, Armando Soto Rivera también en Fisiología, y José Avelino Cartaya en Bioquímica. El Instituto de Medicina Experimental fue fundado el 28 de junio de 1940 estando situado en sus inicios en dos casas en la Avenida San Martín, luego fue trasladado en el año 1945 a la que había sido la sede del Liceo Andrés Bello en la esquina de

San Lázaro, para ocupar finalmente su sitio actual en la Ciudad Universitaria. Con la incorporación de los becados que regresaban se separó la Cátedra de Farmacología y se fortalecieron las de Fisiología, Fisiopatología y Bioquímica, integrándose las cuatro cátedras en el Departamento de Ciencias Fisiológicas. Este impulso a la investigación científica en la Facultad de Medicina comenzó a dar frutos a los pocos años de fundado el Instituto.

Inicio en la investigación científica

Durante sus primeros tiempos de estudiante de Medicina Francisco trabajó como externo y laboratorista en el Hospital Obrero, como interno en el Hospital Bolivariano y como externo e interno del Hospital Vargas. Al mismo tiempo realizó un trabajo de investigación con el cual participó en el “Concurso Luis Razetti” organizado por la Sociedad de Estudiantes de Medicina. “Como me preocupaba mucho el problema de la alimentación de los trabajadores y de las clases populares en general, me puse a diseñar una encuesta para obtener informaciones sobre lo que comía la gente del pueblo que vivía en las zonas marginales”; elaboró la encuesta y fue interrogando a personas a las que visitaba en sus ranchos y casas de vecindad, o cuando venían al hospital. Con los pocos datos que había de la composición de alimentos nacionales y con información tomada de la literatura científica, elaboró las tablas de los alimentos que consumían las personas, y calculó las calorías y la composición en proteínas, carbohidratos y grasas, llegando a la conclusión de que los sujetos estudiados tenían un déficit de la ingestión tanto de calorías como de proteínas. Ganó el concurso de ese año y el trabajo fue publicado en la *Revista de la Sociedad de Estudiantes de Medicina*.

El premio lo animó a acercarse al Dr. Pi Suñer y concursar como Preparador de Trabajos Prácticos en Fisiología. Obtuvo el cargo y permaneció en él hasta graduarse. En 1941 fue nombrado Jefe de Trabajos Prácticos del Instituto de Medicina Experimental. Su tesis para optar al grado de Doctor en Ciencias Médicas la elaboró sobre otro trabajo

de investigación, haciendo la determinación de proteínas plasmáticas en cuatrocientos trabajadores. La tesis se titula “La proteinemia como índice del estado de nutrición de los sujetos sanos”, y recibió el premio de la Junta de Beneficencia a la mejor Tesis Doctoral.

Entre la investigación y la docencia

Al graduarse en 1942 entró a trabajar en la recientemente creada Oficina de Nutrición dependiente del Ministerio de Sanidad, dirigida por el bioquímico Rafael Cabrera Malo. Allí investigó la relación entre las proteínas en la sangre y las de la leche en las mujeres que estaban amamantando, para ver cómo el estado nutricional de la madre se refleja en su capacidad de alimentar al hijo. Mientras tanto, siguió trabajando en la Universidad y ganó el concurso para Jefe de Trabajos Prácticos en la Cátedra de Patología General y Fisiopatología. Le llegó su turno de usar la beca Rockefeller y se marchó a los Estados Unidos con el objeto de estudiar Fisiología de la Nutrición. Hizo su Maestría en la Universidad de Yale, pero aprovechó además para ir al Laboratorio de Salud Pública de Nueva York, en donde se había creado un Departamento de Nutrición; allí aprendió métodos que le permitían determinar vitaminas y proteínas usando apenas una gota de sangre. Además asistió al Servicio de Endocrinología del *New York Hospital*. Su tesis de Maestría versó sobre la línea que venía trabajando de la relación de las proteínas plasmáticas con la nutrición. En Estados Unidos se casó con Mary Snarska. Antes de regresar, convenció a unos colegas investigadores de que le vendieran un espectrofotómetro usado,

ya que por la guerra había restricciones para la adquisición de aparatos. Necesitaba dicho equipo para poder continuar sus investigaciones haciendo determinaciones precisas de vitaminas y otras sustancias.

A su regreso se incorporó en la Universidad como Jefe de Trabajos Prácticos, tanto en la Cátedra de Fisiología como en la de Patología General y Fisiopatología, y también como profesor de la Cátedra de Fisiopatología en la Escuela de Odontología.

Su vida continuaba en su labor de profesor e investigador. Realizó un conjunto de trabajos en los que estudió las carencias de vitaminas en las clases populares; con uno de ellos, sobre avitaminosis A, se ganó el “Concurso José Gregorio Hernández” de la Academia Nacional de Medicina.

En 1947 asistió con Humberto García Arocha al XVII Congreso Mundial de Ciencias Fisiológicas en Oxford, donde presentaron trabajos realizados por ambos. Ese año apareció su primer trabajo publicado en una revista científica internacional, en este caso *Science*. En 1949 se fue becado por dos meses al Veterans Administration Center de Los Angeles, California, a realizar un curso de entrenamiento en el uso de los radioisótopos. A su regreso organizó una “Misión universitaria para el estudio del Bocio”, que le permitió ir a la Mesa de Esnujaque, en el Estado Trujillo, a estudiar las causas del bocio endémico y tratar de relacionarlas con la deficiencia de yodo. Ya en ese año ascendió en el escalafón universitario a Profesor Asociado y fue nombrado Jefe de la Cátedra de Patología General y Fisiopatología de la Facultad de Medicina.

El impulso de la ciencia

Surge entonces en él la necesidad de no sólo hacer su trabajo y progresar individualmente, sino de propiciar que los demás pudiesen formarse y establecer las condiciones para el desarrollo científico general. Para De Venanzi, “el desarrollo de la investigación científica facilita el proceso de maduración mental del sujeto tanto desde un punto de vista personal como social, crea la actitud científica altamente deseable en múltiples actividades humanas y además constituye la clave

del progreso material. ¿No son estas razones suficientes para tratar de estimular el desarrollo de la ciencia en nuestro país?”. Como bien dice el investigador Michael J. Moravcsik: “en muchos países en desarrollo los científicos tienen al mismo tiempo que hacer su trabajo científico y crear las circunstancias en las cuales éste puede ser hecho (...) esta circunstancia impone una responsabilidad extra, demanda una dimensión extra de talento y drena un canal extra de energía”.

Comienza a cristalizar entonces la idea de crear una asociación que agrupara a los pocos investigadores que había en ese momento, que coordinase las actividades científicas del país, “muchas veces dispersas o ignoradas,” y que pudiera “lograr un mayor acercamiento entre los dedicados a esas actividades” con miras a “hacer muchas de ellas de utilidad práctica en beneficio colectivo”. Se convocó a una serie de reuniones en el Instituto de Medicina Experimental con el apoyo de su Director, el Dr. Augusto Pi Suñer, quien se ocupó de invitar a varias personas interesadas en la investigación científica. De Venanzi habló también con un grupo de investigadores y de personas que consideraban que esta actividad era importante para formar el equipo organizador. Éste estuvo integrado por el profesor de Terapéutica Vicente Peña, ya octogenario, quien había sido Decano de la Facultad y tenía experiencia como director de la *Revista de Medicina y Cirugía*; Oscar Agüero, investigador clínico del área obstétrica; Werner Jaffé, bioquímico vinculado al Instituto de Nutrición y a la Universidad, que también estaba familiarizado con la edición de revistas científicas, y el ingeniero químico Herman Kaiser. Después se agregaron los doctores Félix Pifano y Enrique Tejera para formar la primera Junta Directiva. La sociedad recibió el nombre de “Asociación Venezolana para el Avance de la Ciencia”. La ceremonia de instalación se hizo en el auditorio de la Cruz Roja de Venezuela el 20 de marzo de 1950. El Dr. Peña dijo en esa oportunidad: “nuestro medio tiene energías capaces para obras perdurables: las ha dado en la ciencia y en el arte para no referirme más que a estas dos ramas aparentemente separadas porque una va por el camino de la razón y la otra por el del sentimiento, pero que al elevar-

se a las alturas de las abstracciones se reintegran a su común origen anímico”. No le faltó razón al Dr. Peña en lo de perdurable, ya que muchas instituciones son efímeras en nuestro medio, pero las que De Venanzi inició han resistido el embate del tiempo y de las circunstancias adversas.

Al comienzo, la asociación tuvo las siglas de AVAC, lo cual fue objetado por la “Asociación Venezolana de Autores y Compositores”, que había registrado las mismas. Entonces se escogió abreviar el nombre de Asociación Venezolana para el Avance de la Ciencia como “AsoVAC”. La Asociación dedicó sus esfuerzos a la publicación de la revista *Acta Científica Venezolana* y a la organización de la primera Convención Anual. Así, con la reunión anual de los científicos en la cual se presentaran los trabajos producidos, y con una publicación que permitiera la difusión de los conocimientos originales, se daría un enorme impulso a la ciencia en el país. El primer número de *Acta Científica Venezolana* correspondió a mayo-junio de 1950 y la primera Convención se realizó entre el 29 de enero y el 3 de febrero de 1951. En el acto inaugural hablaron el entonces Rector de la Universidad Central Dr. Julio de Armas, el Dr. Enrique Tejera y el Dr. Vicente Peña. Las sesiones, así como la exhibición de productos médicos y equipos científicos, se llevaron a cabo en los distintos institutos de la Facultad de Medicina de la Universidad Central. En esa convención se presentaron 115 trabajos, de los cuales la mayoría pertenecía al campo médico.

La intervención de la Universidad

Mientras De Venanzi y el resto de la directiva de AsoVAC trabajaban sentando las bases para la institucionalización de la ciencia, la situación política del país se había deteriorado. De Venanzi había tenido esperanzas en la reforma planteada por la Junta Revolucionaria de Gobierno que tomó el poder en 1945. Había firmado el manifiesto, conjuntamente con más de 250 profesores universitarios, en el cual se pedía que la Universidad participara activamente en el proceso de democratización y que se le dotara de un nuevo estatuto que garantizara

se su funcionamiento sobre bases sólidas y estables, no sujeta a los cambios del momento. La Junta de Gobierno decretó el Estatuto Orgánico de las Universidades en 1946, que a pesar de no conceder la autonomía absoluta a estas instituciones, les garantizaba la posibilidad de poderse manejar con cierta independencia. Si bien el Rector, el Vice-Rector y el Secretario eran designados por el Gobierno, los Decanos eran elegidos y así constituían mayoría en el Consejo Universitario. La Universidad tuvo un período de avance bajo el Rectorado de Julio de Armas.

Rómulo Gallegos fue elegido Presidente en 1948, siendo depuesto tras un golpe de Estado ese mismo año. El asesinato de Carlos Delgado Chalbaud, en noviembre de 1950, arreció el autoritarismo. El cerco a las universidades comenzó por el ahogo económico, hasta llegar a su intervención y cierre en 1951. Las autoridades renunciaron y Eloy Dávila Celis fue nombrado Rector. Al poco tiempo un decreto revocó el Estatuto Orgánico de las Universidades Nacionales y estableció el Consejo de Reforma. Por proposición de De Venanzi se creó la Organización de Docentes Universitarios, ODU, presidida por Foción Febres Cordero. Años después escribió De Venanzi: “Luchamos duramente para evitar la supresión de la autonomía universitaria, pero al fin fuimos avasallados”.

Un grupo de 267 profesores remitió una carta a la Junta de Gobierno en defensa de la autonomía de la Universidad, anunciando su renuncia de no mantenerse ésta. En la entrevista ya referida que le hiciera Pablo Antillano, De Venanzi cuenta: “El Gobierno no podía permitir que existiera un foco de inquietud política permanente en la Universidad, único reducto de libertad donde aún existía oposición contra la dictadura. Detuvieron a varios profesores, como Rafael Pizani, Humberto y Olga García Arocha, José A. Mayobre, y los expulsaron del país. Se llevaron a algunos para Guasina. Muchos de los profesores que habíamos firmado la carta, que llamaban la ‘Carta Magna’, no nos reintegramos a la Universidad. Nos pasaron comunicaciones para que ocupáramos nuestros cargos y como no lo hicimos fuimos destituidos”. El 19 de marzo de 1952 se publicó un acuerdo del Consejo de Reforma,

firmado por su Presidente, Julio García Álvarez, y ratificado por el Ministro de Educación, Simón Becerra, que rezaba así:

considerando que los miembros del personal docente y de investigación a que se refiere el artículo único del presente Acuerdo, incurrieron en la causal de destitución señalada en los artículos 9º letra g y 11º del acuerdo N° 6 de este Consejo, de 30 de enero de 1952, al abstenerse de cumplir sus obligaciones docentes, no obstante los reiterados requerimientos del Consejo de Reforma y del Decano-Delegado en la Facultad de Ciencias Médicas, acuerda: A partir de la presente fecha dejan de ser miembros del personal docente y de investigación de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Central de Venezuela las siguientes personas: Dr. José A Cartaya, Dr. J.L. González Rivero, Dr. M. Delgado R., Dr. Hugo Galavís, Dra. Ruth Lerner de Almea, Dr. José E. Núñez, Profesora Olga L. de García Arocha, Dr. Armando Soto Rivera, Dr. Francisco Castellanos, Dr. Enrique Galíndez, Dr. Rafael Poleo, Dr. Gustavo Bruzual, Dra. Aura A. de Arnal, Dr. Gustavo Ascanio Escobar, Dr. Carlos Arocha Luna, Dr. Francisco De Venanzi, Dr. José A Lamberti, Dr. Jorge Vera, Dr. Juan Di Prisco, Dr. Mariano Medina Febres, Dr. Julio de Armas, Dr. Miguel Ron Pedrique, Dr. Feliciano Acevedo, Dr. Alfonso Miller Rojas, Dr. F. R. Coronil.

El Instituto de Investigaciones Médicas

El Dr. Marcel Roche, formado en Francia y en Estados Unidos de Norteamérica, regresó definitivamente al país en 1951 y fue invitado por el Dr. De Venanzi a incorporarse a la Cátedra de Patología General y Fisiopatología para estudiar el metabolismo del yodo radiactivo en el bocio endémico. Se ocupó entonces de poner a punto unos equipos de medir radioactividad que les había donado la Sociedad Anticancerosa, mientras otra parte de los equipos se conservaba todavía en la sede de la antigua Universidad. Por enfermedad de su suegro, Roche tuvo que viajar al exterior cuando fue intervenida la Universidad. De Venanzi, al quedar desempleado, se vio forzado a dedicar más tiempo al ejercicio privado para subsistir. Junto con Roche mudó su consultorio al edificio *Zarikian* y fundaron allí el Laboratorio Médico Analítico. Los equipos para medir radioactividad fueron devueltos por la Universidad a la Sociedad Anticancerosa después de que De Venan-

zi fuera expulsado. Esto le sirvió para crear un pequeño Centro de Investigación del Cáncer en dicha Sociedad. Pero fue con la generosidad del padre de Marcel, Luis Roche, quien contaba con los medios para hacerlo, que se fundó el Instituto de Investigaciones Médicas de la Fundación Luis Roche. Al principio funcionó en el edificio *Zarikian* y en 1954 se mudó a una casa en la Plaza Morelos. Allí sobrevivió la investigación científica no oficial durante los años de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez.

Marcel Roche era el Director del Instituto de Investigaciones Médicas mientras De Venanzi se desempeñaba como Director Asociado. La amistad y la coincidencia en muchas actitudes vitales los unió fuertemente. Después de la muerte de De Venanzi, Roche escribió: “él fue mi hermano, mi compañero de lucha y, en muchos sentidos, mi maestro (...) existían entre él y yo ‘afinidades electivas’: una misma especialidad –la endocrinología y el metabolismo–, un mismo afán por la investigación, un mismo carácter algo retraído, una personalidad ‘con barandas’ (como la califica Raimundo Villegas), una igual actitud frente a la ciencia, que ambos considerábamos como la palanca para mejorar la condición socioeconómica y cultural del país, una posición política democrática parecida y una aversión igual por el fanatismo y la intolerancia”.

En el Instituto coincidió un grupo de personas que ha tenido importancia en el desarrollo de la investigación y la Medicina en el país. Cuenta Francisco Peña, quien ingresó en 1955 como asistente del Dr. De Venanzi:

Tuve mi primera conversación con él cuando salí de los exámenes de lo que se llamaba en ese momento Escuela Universitaria de Laboratorio. Yo me gradué en julio de 1955 y fui por recomendación de José Forero, quien trabajaba con el Dr. Roche, y Andrés Gerardi que era Jefe del Laboratorio Médico Analítico que quedaba en la esquina de Puente Mohedano. ¿Qué edad tenía yo? 22 años en aquella época en la que había una prensa muy limitada, era plena dictadura de Pérez Jiménez, no había televisión, no había la radio que hay ahora, no había comunicación. Yo soy valenciano; de Caracas a Valencia

eran cinco horas por la carretera vieja. Por supuesto un muchacho de 22 años era completamente diferente al actual.

El día que llegué estaban despidiendo a un joven que se iba de postgrado; después supe que era Eduardo Coll García. Me impresionó aquella cantidad de gente adulta, el grupo de personalidades que estaban en ese momento, De Venanzi, Marcel Roche, Miguel Layrisse, Luis Carbonell, Jorge Vera, Cecilia Coronil, quien trabajaba con Vera en electroforesis. Fernando Rubén Coronil venía del Hospital Vargas con todo un equipo de cirugía una vez por semana y hacía operaciones del corazón en animales de experimentación. Se estaba ensayando el uso de la hibernación (operar con el sujeto sometido a bajas temperaturas); hace 50 años de eso. Yo conocí ese grupo de gente tan valiosa, al que después se le fueron sumando otros, estaba Raimundo Villegas haciendo su tesis de doctorado dirigido por el Dr. De Venanzi; a Carlos Martínez Torres lo llamaban el bachi Martínez, era el fotógrafo de la AsoVAC y estudiante de Medicina; se sumó el Dr. Karl Gaede, el Dr. Chuchani. Era la época de los amores de Virgilio Bosch con Norma Blumenfeld, toda esa gente a mí me impactó mucho.

Venían a visitar a De Venanzi el Dr. Miguel Pérez Carreño, los miembros de AsoVAC, gente de la *Shell*, de la *Creole*, de la *Publicidad ARS*, el Dr. Carlos Eduardo Frías; había mucho contacto con el Profesor Ángel Rosenblat; De Venanzi los recibía y yo estaba trabajando en el laboratorio, era para impactar a cualquiera. En plena dictadura no había manera de enterarse de las cosas, y allí se enteraba uno porque era gente que tenía muchos contactos, nacional e internacionalmente. Por supuesto eso marca.

El Dr. Gabriel Chuchani relata su experiencia:

En 1955 a mi regreso como el primer Ph.D. de Venezuela, la Universidad no me aceptó. Estaba decepcionado, no es que estuve deprimido, nada de eso, me pareció muy triste, pues a pesar de que tenía tres ofertas de trabajo en Estados Unidos, regresé a Venezuela por ruego de mi madre. Un colega de bachillerato que se llamaba Alonso Gamero, le planteó a De Venanzi mi situación y después me llamó por teléfono y me dijo que el Dr. De Venanzi deseaba conocerme; entonces yo llevé los recaudos. Vi al Dr. De Venanzi en el Instituto de Investigaciones Médicas Luis Roche. Lo vi por primera vez y me pareció una persona apreciativa, tuve la sensación de que era altruista, generoso y muy preocupado por el desarrollo de la ciencia en el país, y yo le dije lo que me había pasado y que

pensaba regresar a los Estados Unidos. “-No, no se vaya, quédese aquí y conozca al Dr. Roche”. Tuve una entrevista con el Dr. Roche, pero yo afinaba más con De Venanzi, en cuanto a querer hacer algo por el país. Entré a trabajar a medio tiempo. Siempre, todas las mañanas yo me reunía con De Venanzi, su cuarto estaba al lado del mío, hablábamos del desarrollo de la ciencia en el país, me preguntó cómo era el sistema de educación en las universidades americanas y le di una copia de un anteproyecto que le había dejado al Ministro de Educación a principios del 55.

Para el Dr. Virgilio Bosch, allí comenzó su contacto con De Venanzi:

siendo yo estudiante de Medicina, De Venanzi me recomendó para que me incluyeran junto con otros dos estudiantes más, a formar parte de ese primer grupo de investigadores, y eran Gloria Mercader que después fue Mercader de Villegas, y Raimundo Villegas; en ese momento estaban solteros, creo que ni siquiera estaban de novios, y en ese instante me di cuenta de lo que era un investigador dedicado, pero realmente casi cien por ciento a la investigación. De Venanzi estaba continuamente pensando en la manera de crear nuevas líneas de investigación y cómo propiciar que otras personas se entusiasmaran por eso. Al menos con Gloria y Raimundo quedó bien demostrada la influencia que tuvo De Venanzi en producir los científicos de la calidad de ellos, y no había más estudiantes porque los fondos eran bastante restringidos, él quería buscarse otros estudiantes jóvenes que se incorporaran a la investigación, pero no era posible. En ese tránsito por ese grupo tan selecto que estaba allí: De Venanzi, Roche, Jorge Vera, Gerardi, Forero, pude constatar yo la enorme importancia que tenía una biblioteca científica y te digo que uno de los principales estímulos y placeres que tenía era poder, por primera vez, tener a la mano continuamente cada número de no menos de 15 a 20 revistas científicas de la mayor importancia. Ya tienes por ahí un ejemplo de la acción combinada que hicieron ellos ahí con los jóvenes, exponerlos a lo mejor de la literatura mundial y exponerlos a los primeros problemas desesperantes de hacer métodos sencillos, que cualquier método que tú empiezas a tratar de hacer con tus manos te das cuenta de las enormes dificultades que presenta. De tal modo que esa fue la primera gran universidad bioquímica que tuvimos nosotros.

Miguel Laufer, quien era un estudiante muy joven en la Fundación, opinó también al respecto: “el ambiente del laboratorio a mí me pare-

cía paradisíaco (...) lo recuerdo como un lugar donde todos trabajábamos con entusiasmo (...) Quizás las únicas posibilidades de un refugio donde se pudiera hacer ciencia con tranquilidad”.

No sólo científicos y estudiantes en formación entraron al Instituto; conscientes de la importancia de mantener al público informado de lo que se estaba gestando en ciencia, comenzaron a preparar a Arístides Bastidas como periodista científico “sin ninguna experiencia y con sólo el primer año de bachillerato, fui incorporado al regimiento paracientífico, que entonces formara el Dr. Francisco De Venanzi, motor de este rotundo cambio en la compañía del Dr. Marcel Roche quien también confió en los dones informativos del nuevo recluta que era yo, en pos de estos dos hombres que tanto aliento me infundieron. En esa época mis errores eran más ostensibles que los de ahora, pero mis dos patrocinantes eran indulgentes y sabían que todo aprendiz se equivocaba siempre. Yo los admiraba por el caudal informativo que les había dado el estudio y por la entereza de permanecer apartados de los cauces oficialistas y de soportar la riesgosa ojeriza a que se exponían los que no estaban con la dictadura (...) Quiso la casualidad que su cuartel general, el Instituto Roche estuviera en la plaza Morelos a cien metros del cuartel general de los torturadores esbirros de Pedro Estrada”.

En el Instituto de Investigación Médica, De Venanzi continuó con su estudio del bocio endémico. Se midió el contenido de yodo en el agua del sitio y en la orina de los habitantes de la Mesa de Esnujaque. Se hicieron varias expediciones a Bailadores y otros sitios de Los Andes, y con el uso del yodo radiactivo se pudo esclarecer cómo se producía el bocio que afectaba a un gran número de los pobladores de esa región. Luego se buscó el bocio en otros lugares del país. De Venanzi pudo comprobar que la Cordillera de la Costa no permitía el paso del aire marino rico en yodo, entonces en San Joaquín, al sur de las montañas, había cierta incidencia de bocio endémico, mientras que tal dolencia estaba ausente en los poblados situados frente al mar como Cata y Ocumare.

Por estos trabajos les fue concedido a los doctores Roche y De Venanzi, junto con el grupo del Instituto de Investigaciones Médicas, el Pre-

mio Nacional de Ciencias de 1955. Cuenta Francisco Peña que el Dr. Roche, a quien le tocaba recibir el premio de manos de Pérez Jiménez en un acto televisado, estaba en Europa y debía ir el Dr. De Venanzi. Según Francisco Peña, “De Venanzi dijo que él no iba a recibir nada de Pérez Jiménez”. Años después escribió el mismo De Venanzi: “A mi me correspondía asistir al acto, pero no tenía el menor deseo de hacerlo. Por otra parte, si el equipo no recibía el Premio, el desaire podría afectar al señor Luis Roche, creándole posibles dificultades con el gobierno. Surgió una alternativa gracias a la buena disposición de Raimundo Villegas, quien se iniciaba en la investigación con nosotros y brindó la colaboración de ir a la ceremonia de Miraflores”.

En 1957, De Venanzi, Marcel Roche y Rubén Merenfeld organizaron el primer Curso de Entrenamiento en el uso de Isótopos Radiactivos aplicados a la Biología y a la Medicina, que se dio en el país, e invitaron al bioquímico norteamericano Jacob Sacks a dirigirlo.

AsoVAC en el exilio universitario

El Instituto de Investigaciones Médicas acoge a la Directiva de AsoVAC. Desde allí se sigue elaborando la revista *Acta Científica Venezolana* y se organizan las convenciones anuales. Mercedes Fernández, luego de Anderson, hacía el triple papel de secretaria de De Venanzi, secretaria de AsoVAC y después de FundaVAC.

Gracias al excelente trabajo de recopilación del archivo de *Acta Científica Venezolana* y los ensayos críticos de Juan José Martín Frechilla, Yolanda Texera Arnal y Alfredo Cilento Sarli, es posible seguir a través de los editoriales y algunos artículos de la revista la vida de la Asociación desde su fundación hasta el año 2000. Al menos en los años iniciales es muy difícil separar lo que es AsoVAC de lo que es el Dr. Francisco De Venanzi. Los editoriales de la revista llevan su impronta y no es arriesgado decir que si bien seguramente el Comité Editorial los discutía, quien los escribía era él. Las reseñas de las primeras convenciones llevan su firma, al igual que muchos artículos de labor educacional y de crítica constructiva del trabajo científico. Funcionó en el Instituto

de Investigaciones Médicas un “Centro de Ayuda Visual Educativa”, puesto a la orden de las personas que querían presentar sus trabajos en las convenciones, para que mejoraran el arreglo de las tablas y gráficas de los mismos. Las convenciones siguieron haciéndose anualmente, no ya en la Universidad sino principalmente en los locales del Colegio de Médicos del Distrito Federal. De su relación con el Colegio de Médicos surge la revista *Acta Médica Venezolana*, formando De Venanzi parte de su Consejo de Redacción durante los primeros años de la publicación. Los compañeros de AsoVAC del Dr. De Venanzi reconocieron su liderazgo. En la apertura de la 4ª Convención, Guillermo Tovar, quien presidía la asociación en ese momento, dijo en su discurso:

Nunca han faltado en Venezuela los hombres de iniciativas, pero lo que desgraciadamente no abundan son individuos empeñados que no se contentan con dar a luz un proyecto sino que lo nutren y protegen durante los tiempos iniciales difíciles. Para bien del crecimiento y desarrollo de la Ciencia en Venezuela la AVAC ha tenido la suerte de contar como su iniciador y continuador a un hombre que no cesa en sus propósitos de lograr para la patria un puesto digno entre los pueblos civilizados. No debo callar el nombre de Francisco De Venanzi. A riesgo de ofender su modestia quiero expresar aquí nuestro agradecimiento por todo el apoyo y colaboración que de él ha recibido la Junta Directiva saliente para la continuación del plan de trabajo de la Asociación Venezolana para el Avance de la Ciencia.

La contribución de la UNESCO

El primer objetivo de AsoVAC, que era el de organizar y difundir el trabajo científico, estaba en plena actividad en las convenciones y con la revista, pero el segundo, de propulsión de la actividad científica, necesitaba de un soporte económico. Esta base financiera debía venir de los gobiernos o de la actividad privada. Después de la Segunda Guerra Mundial se creó la Organización de las Naciones Unidas, cuya rama para la promoción de la educación, la ciencia y la cultura, la UNESCO, con la idea de que el Estado debía promover y dar apoyo económico al desarrollo científico y tecnológico de cada país, impulsó la creación

de los Consejos Nacionales de Investigación Científica. En 1950 vinieron a Venezuela Torbjorn Caspersson y Leonard Matson como Consejeros del Centro de Cooperación Científica para la América Latina de la UNESCO. Caspersson elaboró un memorando donde dio las recomendaciones para la organización de un Consejo Venezolano de Investigaciones Científicas. Caspersson era el Director del Centro de Citología en el Instituto Carolíneo de Suecia, en el cual trabajaba Humberto Fernández Morán. Éste le había planteado al general Pérez Jiménez la creación de un Instituto de Investigaciones del Cerebro, y escribió un artículo para *Acta Científica Venezolana* en el cual opinaba que no era prematuro el intento de fundar tal instituto en Venezuela; defendiendo allí los alcances que podría dar la conjunción del estudio de la estructura del cerebro y del sistema nervioso mediante el microscopio electrónico, con la cibernética, para crear máquinas con las posibilidades del cerebro humano, y afirmaba que: “Todo esfuerzo invertido en la investigación del cerebro es contribución directa a la solución del grave problema de las enfermedades mentales y del sistema nervioso”. Caspersson, en las bases de su bien elaborado plan, opinó que “se deben tomar en cuenta individuos de talento especial, dándoles la oportunidad de desarrollar las líneas de trabajo bajo condiciones favorables (...) la forma más efectiva para realizar esto consiste en organizar institutos de investigación especiales alrededor de estas personas o sus disciplinas especiales”. De hecho, después de un primer intento por parte del Ministerio de Sanidad de propiciar la creación del Consejo Venezolano de Investigaciones Científicas, no se llegó a nada, pero sí se creó el Instituto Venezolano de Neurología e Investigaciones Cerebrales (IVNIC) para Fernández Morán. Allí se llevó a cabo durante la dictadura una investigación de alta calidad realizada por un pequeño grupo de investigadores extranjeros, con todo el apoyo gubernamental pero sin la inclusión de los investigadores venezolanos, que desde AsoVAC trataban de desarrollar una ciencia más ligada a la situación real del país. En un artículo que De Venanzi publicó en 1968 recuerda la situación de esta manera:

El sabio Fernández Morán, que había desechado la posibilidad de trabajar en la Universidad del Zulia, que había comprado un microscopio electrónico para su uso que se deterioró en sus cajas, descartó igualmente la posibilidad de trabajar en el Instituto de Medicina Experimental en donde se le habían ofrecido varios laboratorios, encontró la ocasión propicia para construir su imperio científico. El Gobierno se asió a esa tabla de salvación para presentar a la faz nacional e internacional una política científica de gran envergadura y se creó el IVNIC. Alrededor de algunos trabajos importantes de microscopía electrónica hechos por el sabio, se creó la gran exhibición. Visitas de grandes científicos, conferencistas, caravanas de automóviles con sus patrullas rutilantes apartando a los vehículos con sus sirenas, eran espectáculo corriente. Fueron incorporados algunos de esos científicos que pronto se cansaron del ambiente existente en el IVNIC.

En 1952 el Centro de Cooperación Científica para la América Latina organizó en Montevideo una reunión a la cual asiste De Venanzi como representante de AsoVAC, llevando a ella los siguientes puntos de vista: “se piensa que un impulso al desarrollo de las ciencias básicas, especialmente la física, química y biología, es de capital importancia para los países latinoamericanos. En consecuencia la formación de instituciones dedicadas a la investigación y a la docencia en estas ramas se considera de capital interés”. En esa reunión AsoVAC presentó dos proposiciones: la creación del Instituto de Biología Marina, a partir de la iniciativa del profesor Alonso Gamero, y la de un Instituto de Ciencias Básicas. Se le dio prioridad al Instituto de Biología Marina. Por otra parte se propuso que la UNESCO elaborase algunas pautas para el funcionamiento de los Consejos Nacionales de Investigación, para permitirle al desarrollo de la ciencia una cierta independencia de los gobiernos de turno. De Venanzi aprovechó ese viaje para dar conferencias en Uruguay y Argentina, establecer relaciones con las asociaciones científicas de esos países y del Brasil, y conseguir becas para venezolanos en cursos de radioisótopos y de ciencias básicas. A su regreso, AsoVAC envió una comunicación al Gobierno venezolano informándole lo resuelto en la reunión de Montevideo, lo cual no tuvo el menor eco.

La Fundación Venezolana para el Avance de la Ciencia (FundaVAC)

Sin el apoyo oficial para los científicos de AsoVAC se recurrió a las fuentes privadas. Acogiendo la idea de Werner Jaffé, quien en su etapa de Secretario General de AsoVAC propuso la creación de una Fundación para el Avance de la Ciencia, el Consejo Directivo de AsoVAC solicitó la cooperación del Dr. José Ramón Zerpa Morales para que realizara las gestiones respectivas. Sabiendo que “en nuestra colectividad vive latente el deseo de muchas personas de colaborar en los aspectos económicos, pero siempre se ha vacilado en prestar colaboración, por temor de que se convirtiese en un esfuerzo perdido o se desvirtuase su intención inicial”, sembrando la convicción de que “la única vía del progreso es imprimir el mayor ímpetu a los aspectos que conducen a elevar el nivel cultural, científico y técnico del conglomerado”, se convenció a un grupo de hombres de negocios, comerciantes, industriales y muchos profesionales a que se hicieran miembros de la Fundación. Ya había el precedente de la Fundación Phelps para las Ciencias Naturales y de las Fundaciones Boulton y Luis Roche. Bajo la asesoría de AsoVAC, FundaVAC comenzó sus funciones el 20 de marzo de 1954. La Fundación creó becas, fondos de investigación, fondos de publicaciones y para la adquisición de libros, publicó un boletín divulgativo y mantuvo el programa de televisión “Ventana a la Ciencia”, conducido por el profesor Francisco De Rosson. La creación del Instituto Oceanográfico estaba entre sus planes, así como la construcción de la sede para AsoVAC, que sirviera a la vez de albergue a la Biblioteca Biogen donada por los Laboratorios Farmacéuticos del mismo nombre. La compañía privada de la Urbanización Colinas de Bello Monte le otorgó un terreno para la sede y los laboratorios Biogen contribuyeron con una donación en efectivo para la construcción de la misma.

Varios de los becarios fueron enviados al exterior a hacer postgrados en disciplinas relacionadas con las ciencias marinas, con miras a la creación del Instituto Oceanográfico. Francisco Peña recuerda el comentario de De Venanzi: “Hay que estar preparados para cuando ten-

gamos la oportunidad de salir de esta situación, porque Venezuela actualmente está muy limitada”. El Dr. Chuchani refiere haberle oído expresar su preocupación por el Oriente de Venezuela, región muy olvidada y objeto de mucha negligencia en la parte educativa.

Desde las sombras

Francisco De Venanzi participó con mucha discreción en la lucha contra la dictadura. El licenciado Peña se sorprendió cuando apareció el documento de los intelectuales encabezado por Mariano Picón Salas y Francisco De Venanzi. Según testimonio de Aristides Bastidas, “conspirando contra Pérez Jiménez, nos propuso a Amílcar Gómez y a mí, un procedimiento tecnológico para enmudecer el sistema de comunicaciones del gobierno”. De un artículo de Alexis Márquez Rodríguez en el diario *Tal Cual*, del 21 de mayo de 2006, copiamos lo siguiente:

Un día me dice el Dr. Requena que una persona ofrece a la Junta Patriótica tres emisoras de radio, diseñadas para no ser fácilmente descubiertas. Le doy la información a Fabricio [Ojeda]. Poco después éste me dice que el día siguiente, a las 12 del día debo encontrarme con alguien en el puente de la Avenida Principal del Country Club, para llevarlo a donde el Dr. Requena. Le pregunto con quién me encontraría, y me dice: –No puedo decírtelo. Pero tú al verlo lo sabrás. Al día siguiente, en efecto, a las 12 en punto voy atravesando en mi carro el puente, y ya saliendo de él aparece, salido no supe de dónde, Teodoro Petkoff. Vamos a la casa del Dr. Requena. Después de las presentaciones y saludos de rigor, Requena le dice a Teodoro: –Mañana a las 3 de la tarde, en el atrio de la iglesia de la Urbanización Las Mercedes, usted se va a encontrar con el Dr. Francisco De Venanzi, quien le explicará lo de las emisoras. Teodoro le responde: –Muy bien, allá estaré. Pero yo no conozco al Dr. De Venanzi. Nunca lo he visto y no sé cómo reconocerlo. A lo que Requena le contesta: –Allá no habrá más nadie a esa hora. Pero si hay más gente, usted se fija bien, y cuando vea un hombre con cara de pendejo, ese es el Dr. De Venanzi. Todos, por supuesto, nos reímos. Llevé de regreso a Teodoro hasta el lugar donde nos encontramos y cada quien siguió su camino. La entrega de las emisoras se hizo con éxito, y sus transmisiones fueron muy importantes en la convocatoria del paro general, que concluyó el 23 de Enero con la huida del dictador.

La Fundación Luis Roche despertó sospechas en sus vecinos de la Seguridad Nacional. El Dr. Chuchani recuerda que una vez llegaron dos individuos diciendo que eran del Ministerio de Sanidad y que venían a ver las instalaciones y revisar las tuberías, “cómo no, miren todo, yo les enseñé y se fueron”. Cuando salió el manifiesto de los intelectuales y científicos, De Venanzi llamó al Dr. Chuchani, quien relata: “A mi me visitaban dos americanos de la Embajada porque decían, usted es un venezolano que tiene un doctorado, venían cordialmente, pero yo no sé si eran de la CIA o algo de eso, pero yo me hacía el tonto. En la Embajada tenían un kardex de “good friends of USA” y me pusieron a mí como “good friend”. Cada vez que yo pedía una visa me daban una oficial. El Dr. De Venanzi me dice que quiere tomar unas vacaciones y pregunta si le puedo pedir a mis amigos de la Embajada que le consigan un permiso para entrar a los Estados Unidos. (...) Estaba escondido. Lo estuvo por varios días (...) hasta que pasó lo que pasó el 23 de enero”.

El amanecer de **la democracia**

La caída de la dictadura le dio un vuelco a la vida de Francisco De Venanzi. A los pocos días, el 28 de enero, es nombrado Presidente de la Comisión Universitaria. Marcel Roche a su vez es encargado de presidir una comisión que se ocupó de elaborar un informe sobre el IVNIC, en asesoría al Ministro de Sanidad. De Venanzi forma también parte de esa comisión. Comentando retrospectivamente escribe De Venanzi: “Llegó enero del 58, el pueblo venezolano estaba insatisfecho de un gobierno opresivo ajeno a las necesidades fundamentales de la nación y decidió en forma explosiva que ya bastaba, que era necesario buscar otros derroteros. Con la vuelta a la vida democrática se termina el imperio científico. El estudio llevado a cabo sobre el IVNIC mostró que en los últimos tiempos trabajaban allí tres científicos extranjeros y el Director venezolano. No se habían formado jóvenes investigadores, ni se había exhibido preocupación alguna a este respecto. Cantidad de laboratorios vacíos, y sobre todo vacíos del genuino espíritu del humanismo científico. El sabio había culminado su tarea con un discurso pronunciado como Ministro de Educación en donde arengaba a las juventudes hacia la calma y el estudio, mientras se perseguía a la gen-

te y morían personas en las calles en un esfuerzo global por acabar con la dictadura”.

De cómo fue escogido De Venanzi para presidir la Comisión Universitaria relata el Dr. Edmundo Chirinos, quien era estudiante de Medicina y estaba a la cabeza del Frente Universitario, el organismo estudiantil hasta entonces clandestino, de la Universidad:

Mi vínculo con la Junta Patriótica era Héctor Rodríguez Bauza. Cuando cae Pérez Jiménez y nombran al Contralmirante Wolfgang Larrazábal, éste no tenía quien lo asesorara en materia universitaria. Yo le propuse a Julio de Armas para Ministro de Educación porque había sido el último Rector electo antes de la dictadura. Para Rector, empiezo a entrevistar a los rectorables, todos figuras notables, pero me llamaba la atención que todos decían que sí y me sacaban su currículum. El único que me dijo que no fue Francisco De Venanzi “porque yo no voy a ser Rector de una universidad, electo por un estudiante”. Bueno, le dije al Dr. Mata de Gregorio, ya tenemos Rector. Éste es el Rector. Entonces hablé con De Armas y le dije, –mire Dr. De Armas entrevisté a una cantidad de personas, todas muy buenas, muy honorables, pero a juicio mío el que merece ser Rector de la Universidad es De Venanzi, un hombre de autoridad, de carácter y con mucho sentido de lo que es la Academia, porque se negó. Ahora es tarea suya convencerlo. Julio de Armas llama a Francisco De Venanzi y le ofrece el Rectorado. Tampoco le aceptó, pero sí aceptó presidir una Comisión Rectoral junto con los Decanos de las Facultades, que tendría nada menos que la tarea de redactar la Ley de Universidades.

El entonces bachiller Edmundo Chirinos cuenta que le pidió la renuncia al que había sido Decano de la Facultad de Medicina en la dictadura y nombra al Dr. Gil Yépez. El Dr. De Venanzi lo llamó y le dijo cordialmente y con firmeza: “Mire bachiller, aquí el Rector soy yo, de modo que usted no puede estar nombrando Decanos, eso va a hacerlo la Comisión Rectoral”. Eso le pareció a Chirinos una muestra de lo que debía ser un Rector, por lo cual él considera que De Venanzi ha sido el “Rector de Rectores”.

La construcción de la Universidad democrática

La etapa que sigue a la recuperación de la democracia es de actividad febril. En contra de la opinión de algunas personas como el Dr. Chuchani, De Venanzi no declaró la Universidad en reorganización, ni les pidió a los profesores que pusieran sus cargos a disposición, sino que la echó a andar. El 4 de febrero se celebró un acto en el Aula Magna con motivo del reinicio de las clases en la Universidad Central, “Las autoridades están muy contentas de haber conseguido restablecer la normalidad dentro de la Universidad en un lapso tan corto, lo cual nos permitirá salvar este año académico”. En ese acto Francisco De Venanzi sentó las bases de la nueva Universidad: “Hemos venido hoy (...) a hablar de nuestra tarea, de nuestros ideales universitarios y ciudadanos. A inaugurar además, esta Aula Magna para las palabras nunca dichas del pensamiento democrático”. Esto se refería a que el Aula Magna había sido usada por primera vez durante la dictadura como asiento de la X Conferencia Interamericana presidida por el Secretario de Estado norteamericano John Foster Dulles. En cuanto al papel de la institución dijo: “La Universidad debe ser un centro de activa creación original de ciencia y cultura y en ese orden de ideas trataremos de facilitar en lo posible la labor de Facultades como la de Humanidades y Educación, estructurar definitivamente la Facultad de Ciencias y propiciar la investigación en todos los departamentos universitarios”. Sin descuidar los aspectos prácticos apuntó: “Las mejoras de la Universidad dependen en grado apreciable de su presupuesto. El incremento de la docencia y de la investigación, el mejoramiento a que se aspira en personal, bibliotecas, equipos de laboratorio, etc. serán posibles si el Estado resuelve gastar una suma substancialmente mayor en la Universidad. Y esto es absolutamente necesario si se desea el verdadero avance del país porque es un hecho cada día más evidente que el futuro de Venezuela está ligado indisolublemente al futuro de sus Universidades. Una zona rental bien planificada, la incorporación de los estadios, la anexión total del Hospital Universitario, de las facilidades de las Facultades de Agronomía y Veterinaria, el incremento de la ayuda privada, la reivindicación de nuestras antiguas pro-

piudades, en fin todo lo que representa un aumento de las posibilidades financieras se traducirá en definido progreso”. Otros puntos que destacó fueron la importancia de la formación del personal y la garantía de estabilidad y protección al mismo. Además, remarcó el papel político de la Universidad: “Debemos preguntarnos si la Universidad no debe hacer algo, además de luchar por la ciencia y la cultura, para prevenir el regreso del terror de aquellas noches largas y tenebrosas. Si ausente de la lucha partidista que no nos compete, nuestra institución no debe hacer un máximo esfuerzo para enseñar a la población cómo debe usar sus garantías constitucionales y cuándo éstas están en peligro. Sinceramente creemos que podemos hacer mucho. La Universidad democrática debe ir al pueblo a explicarle cómo se puede vivir substituyendo la voluntad arbitraria de un hombre por el consenso del grupo, cómo debe disciplinarse para el ejercicio de la crítica, el respeto mutuo, la participación activa en las decisiones que afectan el destino de la comunidad”.

A De Venanzi lo acompañaron en la Comisión Universitaria José Luis Salcedo Bastardo como Vicepresidente, Ismael Puerta Flores como Secretario y como Vocales Rafael Pizani, Héctor Henández Carabaño, Francisco Urbina, Ernesto Mayz Vallenilla, Jesús María Bianco, Armando Vegas, Fernando Rubén Coronil, Raúl García Arocha, Martín Vegas Pacheco y el entonces bachiller Edmundo Chirinos.

Comenzaron a reincorporarse los profesores que habían sido expulsados en 1952. El discurso de presentación en el acto de recibimiento estuvo a cargo del Dr. Foción Febres Cordero, antiguo Decano de la Facultad de Odontología, quien sufrió prisión y exilio durante la dictadura. Las visitas de investigadores ilustres comenzaban a hacerse frecuentes. El doctorado Honoris Causa de la Facultad de Medicina le fue conferido al Dr. Charles H. Best, descubridor de la insulina; pocos años antes, Bernardo Houssay había querido ofrecérselo en la Universidad de Buenos Aires, pero como el Dr. Best se negó a ir a presentarle sus respetos al dictador de Argentina, Juan Domingo Perón, no se le pudo otorgar. El Dr. Best manifestó su alegría de recibirlo en una Venezuela libre.

El Dr. De Venanzi le presentó a la Junta de Gobierno, a nombre de las Universidades Nacionales, la AsoVAC y los Colegios de Profesionales, el proyecto de creación del Consejo Nacional de Investigación Científica. A pesar de la complacencia de Larrazábal, estos planes tuvieron que esperar varios años para poder llevarse a cabo.

A mediados del mes de marzo se hizo realidad la Facultad de Ciencias. Existían de antemano la Escuela de Biología creada por Tobías Laser, cuyo fuerte era la botánica sistemática, la Escuela de Química organizada por Jesús M. Bianco y Werner Jaffe, y los cursos de Física y Matemática en la Facultad de Ingeniería, que habían tenido un gran impulso por parte del Dr. Manuel Bemporad; estas disciplinas se integraron para formar la nueva Facultad, cuyo primer Decano fue el profesor Diego Texera. Para impulsar la investigación en otras áreas se amplió la Facultad de Humanidades, provista a partir de entonces de cinco escuelas, y se crearon los Institutos de Estudios Políticos y de Investigaciones Periodísticas. El Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico surgió para servir de apoyo a las labores de investigación y a la formación de nuevo personal, suministrando fondos para la investigación y soporte bibliográfico, así como permitiendo contratar a investigadores y sostener a los becarios en el exterior, quienes a su regreso engrosarían el plantel profesoral. Se creó también la Imprenta Universitaria.

A la defensa de la democracia

El 22 de julio de 1958 se produjo el alzamiento del Ministro de Defensa Jesús María Castro León. El pueblo se echó a las calles dispuesto a dar la vida antes que permitir la instauración de una nueva tiranía. Un “memorando” de los conjurados pide la eliminación de los partidos Comunista y Acción Democrática, censura de prensa y aplazamiento de las elecciones. Siete mil estudiantes se concentran en la Ciudad Universitaria ante la convocatoria de la Federación de Centros Universitarios por diversas emisoras de radio. A las 10 de la mañana se oyó la voz del Dr. De Venanzi por los parlantes de los pasillos de la Ciudad

Universitaria: “la Universidad continuará en pie de lucha por la democracia en Venezuela”. Poco después, Rafael Pizani, Ministro de Educación, se reunió con la Comisión Universitaria: “es necesario mantenerse alertas pero serenos”. Los profesores se concentraron en el Aula Magna para comprometerse solemnemente a la defensa de las libertades públicas y a suspender las actividades mientras no se normalizara la situación político-militar de insurgencia contra el Gobierno. Cuando hablaba el Dr. Humberto Cuenca se informó que dos columnas de tanques se dirigían hacia la Universidad. Los estudiantes bloquearon las puertas de la Ciudad Universitaria con vehículos y organizaron brigadas que se repartieron en los barrios de Caracas. El Dr. Remberto Uzcátegui, Secretario del Dr. Edgar Sanabria y enviado especial de la Junta de Gobierno, prometió dotar de armas y dirección militar a los estudiantes en caso de necesidad. Una marcha salió a mediodía hacia el Palacio Blanco. Las fotos de la época muestran al Rector y al Vicerrector a la cabeza junto a los dirigentes de la Federación de Centros, Jesús Carmona y Jesús Sanoja, varios profesores entre los cuales se encontraban Ernesto Mayz Vallenilla, Armando Córdova, Raul García Arocha y Fernando R. Coronil, además del Maestro Vicente Emilio Sojo.

Otro atentado contra la democracia se lleva a cabo el 7 de septiembre. Esta vez son los Comandantes Juan de Dios Moncada Vidal y José Hely Mendoza Méndez. La gente se congregó alrededor del Palacio de Miraflores, y cuando se suponía ya abortado el movimiento y acababan de hablar algunos ministros y miembros de la Junta Patriótica, se produjo un inesperado e insólito ametrallamiento de la multitud por parte de la Policía Militar, con un saldo de diecinueve muertos y más de cien heridos. El Dr. De Venanzi estaba en Ginebra asistiendo a la conferencia “Átomos para la Paz”. Los estudiantes formaron las primeras patrullas desde muy temprano en la mañana y un grupo de ellos acompañó al Rector encargado, Dr. Salcedo Bastardo, a Radio Caracas.

De Venanzi tenía ante sí una tarea difícil: preservar la libertad universitaria, pero impidiendo al mismo tiempo que se desbocara. Así les dijo a los estudiantes que ingresaron en el curso 1958-59:

La Universidad se opondrá con todas sus fuerzas a que la nación se convierta de nuevo en el perpetuo campo de concentración al servicio de las mezquinas ambiciones de un grupo. Pero así como nuestra consigna debe ser la oposición abierta al caudillismo, debemos ser también abanderados contra dos enemigos capitales de la democracia: la demagogia y el desorden (...) Las armas fundamentales de la Universidad no son las bombas molotov ni las armas mohosas que, con entusiasmo muy juvenil, aparecen en el ámbito de nuestra casa de estudios en los momentos de amenazas golpistas. Su fuerza capital reside en su integridad moral y en el desinterés propio de la juventud. Ante esa fuerza persistente e indomable se han venido desintegrando progresivamente las ambiciones personales que se mueven para anular cada paso hacia adelante en la realización de los anhelos más queridos del pueblo. Fue dicha fuerza la que convirtió a la Universidad en vanguardia de la lucha cívica en las históricas jornadas del 23 de julio y del 7 de septiembre.

Para las elecciones nacionales se estaba tratando de postular un candidato único. En una semblanza autobiográfica inédita del Dr. Edmundo Chirinos se lee: “Un grupo de venezolanos preocupado por la precoz aparición de candidaturas partidistas frente a un pueblo sin formación ideológica, creyó conveniente la postulación independiente de Rafael Pizani, y proponíamos un período de espera para que tuviese lugar un aprendizaje de vida democrática sin el acoso del proselitismo partidista. Hubo receptividad por parte de Caldera, de Larrazábal, quien había sido propuesto por Jóvito Villalba, y de Gustavo Machado. Sin embargo, al visitar a Rómulo Betancourt, éste “le ordenó al Maestro Prieto que nos informara a ese ‘rectorcito y bachiller-cito’ cuántos ‘voticos’ tenía él con su partido”.

“Ei alma del pueblo”

Según el Dr. Chirinos, diariamente el Dr. De Venanzi dedicaba parte de su tiempo a revisar las leyes de otras partes del mundo respecto a las universidades y fueron trabajando en la redacción del proyecto de ley para las nuestras. En esa época se produjo la renuncia de Larrazábal para ser candidato presidencial y subió a la Presidencia provisio-

nal el Dr. Edgar Sanabria, lo cual facilitó que la ley se aprobara. Ya en el mes de junio, la Comisión Universitaria, representada por el Dr. De Venanzi y el Vicerrector José Luis Salcedo Bastardo, hizo entrega del Proyecto de Estatutos para las Universidades al Ministro de Educación Rafael Pizani, con la solicitud de que se realizase una amplia consulta con el profesorado, estudiantado y todas las personas e instituciones interesadas en la educación superior. Finalmente el 18 de diciembre de 1958 se realiza el acto académico de proclamación de la Autonomía Universitaria. En el *Boletín Informativo* de la Universidad se lee: “Al filo de las nueve de la noche comenzó el acto al hacer entrada en el recinto el Presidente Edgar Sanabria y los demás miembros de la Junta de Gobierno, así como las autoridades docentes y miembros de la Comisión Universitaria. (...) La Universidad Central en manos de su Rector, recibió de la Junta de Gobierno un ejemplar calografiado de la Ley de Universidades”. En un gesto cargado de emoción, el Dr. De Venanzi se acercó a la silla que durante años había ocupado el Dr. José María Vargas y colocó en ella el ejemplar de la nueva Ley Universitaria. Desde 1721, cuando el Seminario Tridentino de Santa Rosa de Lima fue transformado en Universidad, ésta había gozado de autonomía, tanto por haber sido dotada de rentas suficientes para su mantenimiento, como cuando posteriormente, en 1784, el Rey Carlos III la separó del Seminario y le dio la potestad de que la elección del Rector, que debía ser un empleo secular, fuese hecha por el cuerpo profesoral. Las leyes republicanas de 1827, a proposición de José María Vargas junto con los catedráticos de la Universidad, ratifican la autonomía universitaria, y es sólo en el Gobierno de Antonio Guzmán Blanco que ésta se pierde. A pesar de los intentos de recuperar la autonomía plena en 1946, ésta no se pudo lograr totalmente, aunque se disfrutaba de cierta elasticidad, como ya hemos dicho, la cual se pierde en 1951.

“Y ahora que tenemos la autonomía universitaria, ¿qué debemos hacer con ella?”, se pregunta De Venanzi, y ante el Aula Magna plena responde:

La autonomía no es privilegio que recibe la institución para aislarse de los dolores del pueblo y convertirse en círculo de intereses creados, cerrado al llamado de la nación. Es, al contrario, instrumento de superación técnica para cumplir con toda efectividad la tarea de convertir a la Universidad en el factor principal del progreso de la comunidad y en símbolo unitario esencial en la vertebración de una sociedad pujante agujijoneada por el hondo deseo de satisfacer plenamente sus grandes necesidades espirituales y materiales. Libre de interferencias extrañas a su esencia universal, podrá así la Universidad desempeñar a cabalidad la función que se ha impuesto de ser "alma del pueblo". Sensible, como quizás no pueda serlo institución alguna, al atropello de los derechos ciudadanos y a la injusticia social, continuará siendo la Universidad baluarte de hondas reivindicaciones. Cumplirá así en todo su alcance ese papel cívico que ha logrado crear dilatada tradición en la historia venezolana. Como institución ajena a líneas preconcebidas de acción, estará en capacidad de estudiar sin prejuicios los grandes problemas nacionales y de ofrecer a la acción política las mejores soluciones.

Jornada plena

A pesar de sus tareas rectorales, De Venanzi no abandonó el ejercicio de su profesión, pues los lunes, miércoles y viernes en la tarde mantuvo su consulta privada de endocrinología. Cuenta Mario Martínez, su asistente de investigación, que éste traía a su hija Yolanda a la Universidad muy temprano, ya que entraba a sus clases en la Escuela de Psicología a las 7 de la mañana. De Venanzi llegaba a las 6,30 al laboratorio, preparaba los experimentos y a las 8 se iba al Rectorado. Fue Director del Instituto de Medicina Experimental hasta el regreso del Dr. García Arocha, siguió siendo Jefe de la Cátedra de Patología General y Fisiopatología reorganizándola, y a pesar de las quejas de que él y Roche, al asumir las tareas que los comprometieron a la llegada de la democracia, dejaron a AsoVAC abandonada, De Venanzi no olvidaba esta institución. El discurso de inauguración de la IX convención de AsoVAC fue pronunciado por él en el Edificio de FundaVAC que ya se había terminado de construir, de cuyo costo de Bs. 700.000 se debían aún 300.000.

Las elecciones de Autoridades Universitarias

El Dr. Francisco De Venanzi fue designado Rector de la Universidad Central de Venezuela el 7 de enero de 1959. Las elecciones para las autoridades debían celebrarse en el mes de julio. Había dos planchas: la número 1 encabezada por De Venanzi, acompañado de Jesús María Bianco e Ismael Puerta Flores, y la 2 que formaban José Melich Orsini, Teófilo González Molina y Rafael Teodoro Hernández.

Al ganar la elección la plancha uno, 86 a 33 votos, Margarita D'Amico escribió en el *Boletín Universitario*: "El Rector ganador dijo algunas palabras a los reporteros, luego invitó a los presentes a una copa de champaña en su casa. Fuimos a la 'Antañona' la linda mansión de nuestra máxima autoridad, en las Colinas de Bello Monte. Allí nuevos aplausos, abrazos y el Himno Universitario, cantado por los estudiantes". Luego en entrevista le dice a Margarita: "Triunfé porque ustedes me quieren (...) o quizás me habrán echado una broma" (...) "Con los ojos llenos de luz, sonreía como nunca (...)– y usted ¿qué le desea al Rector De Venanzi? Mi pregunta lo hizo sonreír. Le deseo que pueda vivir siempre en el seno de un país democrático, en donde la gente tenga una comprensión clara de sus derechos y de sus deberes, en donde priven las razones de la inteligencia y el bien sobre la fuerza bruta y las reacciones primitivas. Que forme parte además de una colectividad en donde sus miembros tengan a su disposición todos los factores necesarios para su amplia elevación espiritual y material. Le deseo –prosiguió– que pueda dar a la Universidad el impulso necesario para que sea el factor principal del progreso de esa comunidad. Y que el esfuerzo que dedique a la obra en que está empeñado se traduzca en un rendimiento igual no aminorado por los factores negativos que con frecuencia limitan en nuestro medio las mejores intenciones. Por último que pueda conservar el aprecio y la amistad de todos, aun cuando los momentos se tornen duros y las situaciones conflictivas". Comenta Margarita: "Es sorprendente la manera de hablar de nuestro Rector".

Rector por elección

En septiembre de 1959, De Venanzi viajó a Buenos Aires a la Tercera Asamblea de la Unión de Universidades Latinoamericanas. Allí se presentó un problema con las delegaciones de Santo Domingo y Paraguay, las cuales fueron expulsadas por representar a personeros de gobiernos opresivos. La representación venezolana fue inflexible en este sentido.

En el discurso de la toma de posesión de las autoridades, De Venanzi se refirió largamente a la Universidad política:

Mucho se ha discutido en los últimos tiempos, y no sólo en nuestro país sino en el ámbito latinoamericano, sobre la función política de la Universidad y especialmente si su especial estructuración o el alcance de la misión educativa le confieren particular responsabilidad en la orientación del destino colectivo. La interrogante que planteamos fue debatida con definido énfasis en la reciente Asamblea de la Unión de Universidades Latinoamericanas, llegándose a la afirmativa conclusión de que las peculiares características de nuestros institutos y de sus respectivas comunidades obligaban a una participación importante de los universitarios en la configuración de la vida nacional. (...) La compenetración con las necesidades de la nación confiere ya un significado político a la vida universitaria (...) La Universidad venezolana (...) tiene una dilatada tradición de

lucha contra la injusticia política. La situación de anormalidad colectiva creada por la sucesión de regímenes dictatoriales a lo largo de nuestra vida republicana ha sacudido siempre los resortes del desinterés y del espíritu de sacrificio de la juventud, tanto más cuanto que esas situaciones repercuten directamente sobre los institutos de enseñanza cuyo principal instrumento de trabajo es la libertad (...) con frecuencia se olvidan las características psicológicas de la juventud, que gravitan intensamente en la persistencia de un clima político universitario. Es propio de la edad adoptar las posturas más radicales y revolucionarias, especialmente cuando representan algo novedoso y conllevan el estimulante sabor de la persecución. Además, el estudiante, pleno de empuje y de entusiasmo, siente con mayor preocupación los anhelos colectivos y cree tener en sus manos febriles la simple solución de complejos problemas. Todo esto contribuye a crear en la Universidad un clima político del cual no se puede desprender. Cabría, sin embargo, preguntarse si convendría que la institución se distanciara de la preocupación política. Creemos que no. (...) En cambio, debe aminorarse la pugna partidista por la conquista de posiciones y la puesta en juego de procedimientos no académicos para dilucidar las cuestiones de la Universidad. (...) Conviene en este momento hacer un llamado a los partidos políticos para que den su máxima colaboración para no convertir los problemas universitarios en motivos de proselitismo y permitan el mantenimiento de las condiciones que hacen de la Universidad un crisol de ideales.

El crecimiento de la Universidad

La expansión de la Universidad Central comienza a crear problemas. Una de las primeras cosas que hizo la Comisión Organizadora fue abolir la matrícula universitaria. Eso, más cierto número de estudiantes represados, y el regreso de exiliados, sumado posteriormente al desarrollo de los estudios secundarios propiciado por el Ministro Pizani, aumentó la población universitaria de alrededor de 5.500 a cerca de 13.000 alumnos, de 1957 a 1960. El incremento del número de estudiantes no fue paralelo al aumento del número de profesores, ya que la formación de éstos lleva muchos años. Aumentar el tiempo que cada profesor trabajaba en la Universidad fue una de las soluciones, por lo cual se propició su dedicación a tiempo completo. Además había que dotar a la Universidad de recursos para la enseñanza moderna, reno-

var e incrementar los equipos de laboratorios, etc. El presupuesto universitario se triplicó, pero no era suficiente para cubrir no sólo los cambios cuantitativos, sino los cambios en la calidad de los servicios estudiantiles y en la seguridad de los profesores y empleados administrativos. El conflicto estalló en la Facultad de Medicina, la cual tradicionalmente tenía una gran demanda de ingreso por parte de los estudiantes. Hubo necesidad de establecer un cupo y un sistema de selección; el escogido fue un examen de admisión. Los aspirantes se declararon en huelga de hambre. Después de convocarlos varias veces a dicho examen sin que asistieran, se dijo que no se iba a abrir la entrada al primer año. Luego de mucha negociación, los estudiantes terminaron pidiendo que se les diera una nueva oportunidad de presentar el examen de admisión. En un discurso posterior, el Dr. De Venanzi se dirigió a los estudiantes con estas propuestas: "Si el estudiantado analiza la situación con pensamiento sereno se dará cuenta que podemos trabajar mancomunadamente sobre los objetivos lógicos de la expansión universitaria, que son: a) Aumentar hasta donde sea posible el número de estudiantes en la Universidad Central, siendo el límite el momento en que se deteriore la correlación profesor-alumno-medios de enseñanza; b) Llevar el mismo criterio a las Universidades del interior; c) Planificar la educación universitaria en función del tipo y de la cantidad de profesionales que requiere el país; d) Diversificar la educación media; e) Organizar sistemas muy perfeccionados de orientación vocacional y de información profesional, también en función de los intereses nacionales".

La fundación de la Universidad de Oriente

La inauguración de la Universidad de Oriente debe haber llenado de satisfacción al Dr. De Venanzi, quien participó como Orador de Orden en el acto realizado en Cumaná el 12 de febrero de 1960. Por limitaciones económicas, AsoVAC, junto con el apoyo de la Universidad Central, había entregado el proyecto del Instituto Oceanográfico al Ministerio de Educación en 1958. La mayor parte del personal

del mismo había sido becario de FundaVAC: su Director, Pedro Roa, Francisco Mago, Gilberto Rodríguez, Luis Herrera Bolívar, Celestino Flores y Rafael Curra. Por cierto, según cuenta Francisco Peña, uno de esos estudiantes que estaba becado en la Unión Soviética, después de dos años envió comunicaciones anunciando su retorno a Venezuela. Era el año 57, “el Dr. De Venanzi se preocupó porque no se recibieron más noticias de él, sólo llegaba uno que otro libro, como señal de que ya volvía; De Venanzi pensó que venía en barco, pero nadie sabía de la vida de ese estudiante. Después, a la caída del régimen salió de la Seguridad Nacional, lo habían agarrado preso al llegar a La Guaira”. El Instituto Oceanográfico pasó a formar parte de la Universidad de Oriente.

Una nueva asonada

El 20 de abril de 1960 hubo una interrupción de las actividades provocada por otra intentona golpista de Castro León quien, junto con varios militares que habían participado en la del 7 de septiembre, había sido absuelto en primera instancia en aquella oportunidad. Al día siguiente los estudiantes marcharon, pero no De Venanzi quien estaba ocupado preparando el Segundo Congreso Pro-Democracia y Libertad, el cual se inauguró esa noche en el Aula Magna. En su discurso dijo:

Pero ¿es que marcha todo bien con la democracia? Verdaderamente fácil resulta pronunciarse por la negativa. Una de las fundamentales fallas del sistema ha sido la dificultad para el control económico y la correspondiente planificación. Derivan así serias contradicciones generándose abruptos cambios que ponen en peligro la estabilidad social. Las diferencias marcadas de nivel económico entre los grupos estimulan la pugna de clases. Se crea además un orden de cosas poco favorable para el perfeccionamiento ético del hombre al asignarle como incentivo principal de sus actividades la consecución de la riqueza. Indudablemente que todo esto debería ser motivo de honda preocupación para los que han hecho de la libertad un credo y de la democracia el culto para lograrla. Tendría esta última que acompañarse de un sistema económico más avanzado y más representativo de la justicia social.

A este Congreso asistieron muchas personalidades de América Latina, entre ellas Salvador Allende y Eduardo Frei. Este último fue pitado por los estudiantes. A Rómulo Betancourt, presente esa noche, no le gustó ni lo dicho por el Rector ni la actitud estudiantil, y así lo hizo saber en la alocución presidencial del 26 de abril: “Y a los estudiantes que estudien más y que manifiesten menos. Sentí vergüenza venezolana ante el espectáculo escenificado en el Aula Magna de nuestra Universidad. Allí estaba lo mejor del pensamiento político de América (...) Y allí un grupo vociferante desdiciendo de la mejores tradiciones universitarias, se dedicó a impedir que hablara uno de los hombres rectores del pensamiento democrático continental, el Senador Eduardo Frei Montalva...”. Frei había pedido en 1953 que su Gobierno no viniera a la Conferencia de Caracas. Y agregó el Presidente: “Tengo fe en que las autoridades universitarias y los líderes responsables lograrán orientar a las Universidades hacia sus fines específicos y propios de formar profesionales aptos y capaces”.

Las críticas internas en la Universidad también se expresaron. El profesor Marcelo González Molina, escribió un artículo en el diario *El Nacional* que reprodujo el *Boletín Universitario*, titulado “Huelga Universitaria prolongada”, criticando la pérdida de clases por los sucesos de abril. La huelga terminó el 25 con una gran concentración estudiantil.

La “rutina” universitaria

Las crónicas recogen noticias del Rector cumpliendo con todas las facetas de la vida universitaria, coronando la reina de los carnavales, sembrando arbolitos en el Ávila, asistiendo a las presentaciones de artistas internacionales, o a las conferencias de los invitados científicos y otras personalidades, entre quienes estuvieron Jean Paul Sartre y William Faulkner. Recibe homenajes y nombramientos como el de Profesor Honorario de la Escuela de Formación de Oficiales de las Fuerzas Armadas de Cooperación. Organiza un ciclo de corridas de toros para recoger fondos para la Universidad. En octubre se realizó el Semi-

nario de Investigación Científica con prestigiosos invitados internacionales y, en especial, el Premio Nobel argentino Bernardo Houssay, quien intervino también en la clase inaugural de la Cátedra de Fisiología en el Instituto de Medicina Experimental. Al final de dicha clase Houssay le hizo entrega del recién creado premio Augusto Pi Suñer al estudiante más destacado del curso de Fisiología de ese año, 1960, Francisco Ruiz Manresa.

Un fin de año agitado

Los problemas políticos se iban acentuando. Ante las posiciones moderadas que asume el Gobierno de Rómulo Betancourt, militantes de Acción Democrática que esperaban una posición más radical por parte del Presidente, fundan el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Hacia fin de año la situación se torna violenta. Humberto Cuenca arremete contra Rómulo Gallegos, por unas supuestas declaraciones del escritor calificando a Fidel Castro de “loco desatado” y de tener “antecedentes gansteriles”, que salieron publicadas en una otra revista cubana, editada en ese momento en Estados Unidos. Humberto Cuenca, José Rafael Muñoz y el ex-Presidente de la Federación de Centros Universitarios, Héctor Pérez Marcano, son detenidos. Los estudiantes salen a manifestar y en la concentración intervienen los dirigentes estudiantiles Víctor Ochoa, Teodoro Petkoff y Américo Martín, junto a las diputadas Isabel Carmona y Olga Luzardo. A la Digepol, para pedir la libertad de los detenidos, acudió una delegación de la Federación de Centros constituida por Alfredo Maneiro y Rómulo Henríquez. La división estudiantil era manifiesta, como se deduce de un comunicado del CEN Juvenil de Acción Democrática que denunciaba la “grave situación creada en la Universidad Central por causa de la campaña de provocaciones desatada por los comunistas y los miricos (...) los grupos extremistas pretenden provocar una huelga ilegítima que no obedece a razones estudiantiles sino a la detención de líderes que desde las páginas del semanario *Izquierda* han proclamado el derrocamiento del Gobierno Constitucional mediante una supuesta in-

surrección popular”. Rómulo Betancourt señala que el Gobierno está sometido a dos riesgos: el de la recurrencia dictatorial y el de “una corriente de extrema izquierda que pretende que en Venezuela se adopten los métodos cubanos que nosotros no tenemos interés en calificar”.

El 23 de octubre de 1960 De Venanzi viaja a Estados Unidos por “ina-plazables e imprevistas razones de carácter personal”. En su ausencia hay un enfrentamiento de grupos dentro de la Universidad. En las residencias estudiantiles ondeaba una bandera negra, y el grupo opuesto quería quemarla. El Consejo Universitario logra mantener el orden. A su regreso el 30 de octubre, el Rector ya estaba dando unas declaraciones a la prensa donde afirmaba que debía aminorar la pugna política.

Las clases se reiniciaron el 7 de noviembre. De Venanzi publicó un artículo sobre el plan de formación de los profesores y se inauguró una nueva Escuela de Medicina de la Universidad Central en la esquina de San Lorenzo, cercana al Hospital José María Vargas, donde ya estaban funcionando las actividades clínicas de dicha escuela. Hacia el fin del mes, la situación sigue crítica; por decisión del Consejo Universitario se suspenden los actos del día del estudiante y comienzan a suscitarse manifestaciones de liceístas en las calles. Por orden del Gobierno se cierran dos liceos y el 29 de noviembre se suspenden las Garantías Constitucionales. Al día siguiente se arma una balacera entre el edificio de la Facultad de Farmacia, que estaba en construcción, y la Avenida Los Ilustres. El 1º de diciembre *El Nacional* informaba en primera plana: “Anoche había calma en la Universidad. Los estudiantes abandonaron el recinto. No hubo ni un tiro después de mediodía”. La versión de la prensa era que la gestión del Consejo Universitario fue llevada adelante con el respaldo de los representantes estudiantiles, “quienes acudieron a un edificio en construcción donde se hallaban algunos estudiantes y los convencieron a que lo desalojaran”. Como saldo de los acontecimientos queda la muerte del estudiante de arquitectura José Montesino Palacios. Ese mismo día salió un aviso del Departamento de Información de la Universidad en el que éste “cumple con informar a la opinión pública que como de costumbre, es incierta

la nota publicada por el diario *El Mundo* en donde se atribuye una declaración al señor Rector de la Universidad en el sentido de garantizar al Presidente de la República que no hubiese armas en la Ciudad Universitaria. Sobre esta cuestión se ha declarado repetidas veces que rige naturalmente en la Universidad la prohibición de porte y tenencia de armas. Las autoridades universitarias en muchas ocasiones han recordado a los alumnos respetar estas normas. (...) Debe sin embargo tenerse en cuenta que el tránsito en la Ciudad Universitaria es completamente libre, no practicándose registros de vehículos o personas al ingreso. (...) Nadie puede garantizar por tanto que no haya porte de armas en un momento determinado...”

Los estudiantes son evacuados de la Ciudad Universitaria, por orden del Consejo Universitario. Salieron los 800 estudiantes que habitaban en las residencias; los últimos lo hicieron en unos autobuses del Hospital Universitario cantando el Himno Nacional y pasando entre las unidades de las Fuerzas Armadas que rodeaban totalmente la Universidad.

El Dr. Virgilio Bosch cuenta lo vivido por él, que puede coincidir con estos acontecimientos: Venía de un viaje en avioneta con el Dr. Layrisse, quien le había propiciado la oportunidad de conseguir unas muestras de sangre de los indios cuibas.

En efecto para mí esas muestras eran muy importantes porque los cuibas no conocen nada de horticultura y son nómadas típicos cazadores y recolectores. Para mí era muy importante porque quería ver, como después lo comprobé, si la lipoproteína de baja densidad estaba más alta en un hombre paleolítico si es cazador que en el guaibo. Yo venía con 20 muestras que para mí eran preciosísimas, llegué un fin de semana e iba a entrar a la Universidad para dejarlas, pero había un tiroteo enorme, se sentía fuego de armas muy poderosas; no pude entrar por la plaza Venezuela que estaba cerrada y me fui por Las Acacias, y logré llegar al Instituto que estaba solo, todo el mundo se había ido, entonces cuando voy por estos pasillos, entre una ventana y otra hasta me agachaba, porque el temblor de las explosiones era muy fuerte, los vidrios vibraban y en una de esas que veo así por la ventana, veo al doctor De Venanzi que viene él solo, caminando cruzando todo este espacio que queda entre Medicina Experimental y el Instituto Anató-

mico. Se ve que venía del Rectorado y se dirigía hacia el sitio donde yo oía la mayor intensidad del tiroteo. Solo, absolutamente solo. Siempre caminó muy lento, de modo que venía cojeando por ahí y se desapareció. Y yo me decía, ¿Qué hará el doctor De Venanzi justo hacia aquel zaperocho de fuego que había allí? Terminé de meter mis cosas en la nevera y me fui. Al cabo de un rato sentí que se había apagado el fuego de las ametralladoras. Al día siguiente me lo encuentro aquí, porque él nunca dejó de dar sus clases cuando era Rector. De Venanzi ejerció las dos cosas, como Rector y sus clases igualitas, las reuniones con nosotros nunca disminuyeron, la asistencia a su laboratorio siempre era igual, entonces al día siguiente me lo encuentro y le digo: Maestro ¿Qué estaba haciendo usted en ese tiroteo tan grande que había ayer? Yo vine y me fui corriendo. —No doctor, ese fue un muchacho que se había montado con una ametralladora arriba en el techo de Farmacia y estaba disparándole a los soldados que habían tomado la avenida Roosevelt. Era un tiroteo entre él y la gente de afuera con fusiles, y entonces yo logré subir a la azotea y lo desarmé. Lo convencí, hice que apagara la ametralladora.

Con optimismo

En el tercer aniversario del 23 de Enero se promulgó la nueva Constitución y se suspendieron una vez más las garantías, a lo cual comentaba la mancheta de *El Nacional* “Pobre flor, que mal naciste”. Las clases ya se habían reanudado y De Venanzi recibió a los estudiantes con un artículo muy positivo en el *Boletín Universitario* titulado “¡Adelante!” en el cual les decía: “al analizar las causas del optimismo que se transluce en muchos de los docentes universitarios, es preciso mencionar la creciente posibilidad de que se llegue a un acuerdo entre los partidos políticos para salvaguardar a nuestra Casa de Estudios de las contingencias de la pugna política diaria. (...) Debe reconocerse, sin embargo, que la falta de estabilidad institucional de nuestro país, con alternativas que oscilan entre regímenes democráticos amplios y férreas dictaduras, afecta necesariamente la actitud estudiantil con respecto a la política. Los alumnos que juegan un importante papel en el derrocamiento de un gobierno despótico requieren luego un difícil período de reajuste para dejar de actuar como árbitros de la vida nacional.” El Consejo Universitario publicó un acuerdo amonestando

enérgicamente a la Federación de Centros Universitarios y demás organismos estudiantiles por haber adoptado “actitudes desviadas de su verdadera misión específica” y por los hechos de irrespeto y violencia sucedidos en octubre y noviembre, advirtiendo que desconocería a los organismos estudiantiles y aplicaría sanciones individuales en los casos que lo ameritasen.

Francisco De Venanzi continúa su labor educativa y divulgativa. Escribe artículos sobre el laureado científico Linus Pauling, sobre la cibernética, acerca de ciencias y humanidades en la educación superior. La Universidad inaugura un Laboratorio de Cálculo bajo la dirección del Dr. Carlos Domingo. Se aprueba el proyecto de creación de un Instituto Tecnológico propuesto por la Facultad de Ingeniería. La Escuela de Extensión Universitaria realiza un ciclo de conferencias en el Guárico.

El Centro de Estudios del Desarrollo (CENDES)

La idea de este Centro fue del Decano de Arquitectura Julián Ferris. Allí se prepararían personas en labores de planeamiento. A pesar de que parecía inconsistente y no tenía mucha acogida, De Venanzi se dio cuenta de la importancia y llevó el proyecto adelante. Convenció al Consejo de Desarrollo de proporcionar los fondos para su financiamiento y contó con la colaboración de los doctores Manuel Pérez Guerrero, Héctor Hurtado y Luis Lander, para ese entonces Presidente del Banco Obrero. Se escogió muy cuidadosamente a la persona que iba a ser su director, y el elegido fue el profesor chileno Jorge Ahumada, quien además de su competencia, tenía amplias relaciones con personas que trabajaban en campos económicos y sociales en todo el continente. El CENDES se instala el 18 de marzo de 1961 como un centro interdisciplinario dependiente directamente del Rectorado.

El Centro de Tecnología de Alimentos

Nikita Czyhrinciw era un excelente tecnólogo de alimentos que estaba trabajando en la industria privada. Por algunos problemas salió de allí, y como había conocido a De Venanzi en AsoVAC, fue a hablar con

él. La idea de realizar investigación aplicada y formar gente en un rubro que podía tener mucha importancia para el desarrollo de la industria de alimentos tentó al Rector. El Decano de Ingeniería hacía una marcada oposición a las autoridades centrales, entonces a De Venanzi se le ocurrió situar este Centro, no en la Facultad de Ingeniería como era lo lógico, sino en la Facultad de Ciencias. José Vicente Scorza, quien era el Decano de dicha Facultad en ese momento, estuvo de acuerdo. Con la Comisión de Enriquecimiento Ilícito se consiguió una casa que se estaba construyendo para el general Pérez Jiménez en las Colinas de Bello Monte, la cual tenía anexa una edificación para la guardia del dictador. En la casa principal se instaló el Centro de Biología Experimental y el local destinado a la guardia se usó para el Laboratorio de Tecnología de Alimentos.

Unas de cal y otras de arena

Sin embargo, la tranquilidad no reinaba. Cualquier motivo desataba las iras estudiantiles. En un Congreso de Salud Pública realizado en la Universidad, se pusieron banderas de los países asistentes y la de España era la bandera franquista. Un grupo de estudiantes irrumpió en el acto de clausura protestando por dicha bandera.

De Venanzi continúa en su empeño de formar un universitario integral en el cual no hubiese un antagonismo entre la ciencia y las humanidades. Crea un Departamento de Estudios Generales anexo a la Dirección de Cultura. Le da gran importancia a la convivencia en las residencias universitarias, las cuales permiten un contacto entre cursantes de diversas disciplinas, constituyendo “una unidad pedagógica y social y no un simple dormitorio”.

Hay nuevas elecciones para representantes estudiantiles ante el Consejo Universitario y Junta Directiva de la Federación de Centros Universitarios. En la toma de posesión de la nueva Directiva habla acerca de la polarización de la situación mundial: “Cada uno de los poderosos se ha hecho un clisé de incomprensión y de intolerancia. Con mano pesada se apoyan a la derecha o a la izquierda de la escala musical

para producir los ruidos que llamen a su redil a las ovejas descarriadas para alinearlas en la disparatada pugna (...) sólo zozobra en el conflicto el pensamiento crítico, único capaz de hacer sonar las teclas para alcanzar la armonía que requiere el progreso humano”.

La relación con los líderes estudiantiles

En la entrevista de Pablo Antillano ya citada, De Venanzi dice: “Ellos me respetaban y me apreciaban”, lo cual no quiere decir que no lo adversaran: Por ejemplo, cuando el Rector se reunía con las asambleas estudiantiles para explicarles lo del cupo necesario en Medicina, después aparecía alguno de los líderes como Freddy Muñoz o Germán Lairer y hacía el razonamiento contrario; o cuando Hilarión Cardozo fue a su casa a discutir sobre algunos conflictos y al día siguiente dio una declaración a la prensa donde decía que el Rector vivía en un palacete. Se refiere en la entrevista a la alta calidad de la dirigencia estudiantil y menciona a Petkoff, Pérez Marcano, Henríquez, Chirinos, Domínguez, Carmona, Ochoa, Sanoja, Martín, Escalona, Cardozo, La Cruz Fuentes, Páez Pumar, Lairer, Muñoz, Maneiro, Marta Sosa, Iribarren y otros.

Al entrevistar a Freddy Muñoz éste nos dice:

Yo fui en dos periodos representante estudiantil en el Consejo Universitario, entonces conocí muchísimo a De Venanzi y lo traté durante 4 años, y luego conocí a Bianco, y fui dos veces Presidente de la Federación de Centros Universitarios, una vez estando libre y otra vez estando preso en el Cuartel San Carlos por el delito no demostrado de rebelión militar. Primera cosa sorprendente para mí, estábamos los que éramos de izquierda insurrecta, cosa que no era el caso de De Venanzi, pero si lo sumamos a él con éstos y los llamamos a todos los progresistas, éramos la minoría; de manera que los contrarios podían ganar todas las votaciones. Él sabía que yo era el dirigente estudiantil principal, sabía que yo era de la dirección del Buró Político del Partido Comunista, que lo era efectivamente a pesar de ser sólo un muchacho, y a veces me invitaba a conversar a propósito de los debates políticos muy duros que Luis Manuel Peñalver planteaba. Me dijo –yo quiero decirle que usted acepta demasiado rápidamente las provocaciones de

Peñalver, quien tiene mucha más veteranía; le pone peines para que haya discusiones tensas entre ustedes dos en la esperanza de que entonces los bloques se manifiesten como tales; yo lo que le pido es que lo piense y cualquier día de estos volvemos a conversar-. Y entonces yo le dije -yo no tengo nada que pensar, usted tiene razón-. Replicó De Venanzi: -No, no Freddy (él no me decía bachiller Muñoz), no me diga eso tan rápidamente, yo quiero que usted lo piense-. Entonces contesté: -Es que ya lo pensé, es más, yo siento vergüenza de haber incurrido en esos errores, tontamente. Estamos en una situación en la cual casi todas las semanas hay dos y tres reuniones del Consejo Universitario, cuando lo normal es que haya una, pero la situación política de la Universidad dentro del país es tal que estamos cada rato haciendo discusiones políticas, entonces en la próxima yo voy a derrotar a Luis Manuel Peñalver con un discurso que él ni se imagina que yo voy a decir-. De Venanzi agregó: -"Si yo le pido que tenga cuidado lo estoy ofendiendo, yo confío en usted así como usted ha confiado en mí".

En el relato de Muñoz, una vez llegada la oportunidad del caso, después de considerados todos los puntos de rutina, venían los célebres varios, que eran los momentos en que se armaban las discusiones. Freddy Muñoz pidió la palabra explicando que era para tratar sobre el debate de la última reunión. El Decano de Medicina, Rafael Teodoro Hernández, dijo: "Dr. De Venanzi, ino puede ser!, otra vez el bachiller Muñoz está buscando una discusión política en este organismo, que está bien, discute de política, pero esa no es su función". Intervino Freddy: "Dr. Hernández, por qué no escucha y después protesta; es más, si yo comienzo a decir algo que a usted no le guste, entonces pídale al Dr. De Venanzi que me llame al orden, o haga una proposición previa para que me retiren el derecho de palabra; yo quiero pedir a todos excusas por mi intervención de la última reunión, yo me equivoqué, yo no comprendí la diferencia que hay entre el Consejo Universitario que es un organismo plural, culturalmente plural, políticamente plural, y las asambleas u organismos estudiantiles o los escenarios políticos en general, yo no percibí la diferencia y le he causado perjuicios al Consejo Universitario; eso es todo lo que tengo que decir y bueno, para no dejar de tener un pequeño roce con el Dr. Peñalver voy a

finalizar diciéndole: Espero que usted haga lo mismo que yo, que no convierta junto conmigo el debate político inevitable del Consejo Universitario en un debate tenso”. Luis Manuel Peñalver respondió así: “Bachiller Muñoz, desde luego que no lo voy a convertir; Dr. De Venanzi, yo también creo que me he sobrepasado...”

Sin embargo, cuando el Dr. De Venanzi sentía que tenía la razón podía convencer a los líderes estudiantiles. Cuando John F. Kennedy visitó a Venezuela, el Gobierno de Betancourt decidió que fuerzas de seguridad se apostaran en los lugares de la Ciudad Universitaria que desde arriba miraban a la autopista. “Los dirigentes estudiantiles armamos un escándalo, eso era una violación de la autonomía universitaria”, dice Freddy Muñoz. De Venanzi respondió que no, “no hay una violación porque el Ministro de Educación me llamó para pedirme que aceptara esto, por el bien de la Universidad y del país. El gobierno tiene justificados temores de que haya un atentado contra Kennedy y eso puede tener consecuencias desastrosas”. La discusión continuó en otro tono y los representantes estudiantiles aceptaron las razones del Rector.

El incidente con el Embajador Moscoso

En mayo de 1961 llegó a Venezuela el nuevo Embajador de los Estados Unidos, Teodoro Moscoso. En ese tiempo la Universidad se vio envuelta en una campaña difamatoria desencadenada por la búsqueda de dos haitianos que supuestamente habían participado en un disturbio en la Embajada de ese país, y uno de los cuales vivía en la residencia universitaria. El vespertino *El Mundo* acusó a la Universidad de haber mentido en el relato de los acontecimientos y de amparar a “asaltantes”. El Consejo Universitario resuelve por unanimidad que la Consultoría Jurídica proceda a la acción judicial correspondiente en contra de dicho periódico. De Venanzi publica el 14 de junio un artículo en *El Nacional* titulado “La motivación de la campaña”. Ese mismo día, el embajador Moscoso fue a la Facultad de Arquitectura de la Universidad Central para ver una exposición a la cual había sido invitado. Su

visita no había sido anunciada. Una vez allí, el Decano de esa Facultad quiso mostrarle algunas instalaciones, y mientras recorrían el edificio, un grupo de estudiantes, profiriendo gritos en contra del Gobierno de los Estados Unidos, apedreó el automóvil del Embajador que había quedado estacionado entre la Facultad de Ingeniería y la de Arquitectura. De Venanzi estaba en su clínica cuando lo llamó el Director General del Ministerio de Relaciones Exteriores, Carlos Andrés Pérez, y fue inmediatamente a la Ciudad Universitaria. Habló con los estudiantes: “Entiendan ustedes que se trata de un Embajador a quien no hay ningún derecho a secuestrar. La situación es muy grave, y es necesario que ustedes lo comprendan. Entiendan que afuera se nos critica por mantener este clima de respeto a todas las ideologías. Yo apelo a la colaboración de ustedes. Lo que están haciendo en este momento es la expresión del deseo que tienen algunos sectores de que perdamos nuestra autonomía. Les repito que la situación es muy grave. Comprendo la reacción de ustedes pero ustedes también deben entender que la Universidad está en peligro. Me ha pedido la Policía Judicial entrar a la Ciudad Universitaria pues la actitud de ustedes anula el privilegio que tenemos. Colaboren con la Universidad retirándose ahora”. Los estudiantes finalmente se dispersaron y el Embajador, después de haber pasado más de dos horas en el 8° piso del edificio de Arquitectura, salió en un vehículo del decanato acompañado por De Venanzi, varios Decanos y personal de la Embajada. El Rector pidió al servicio de vigilancia que sacara el carro del Embajador de la Ciudad Universitaria pero, una vez fuera, un grupo de estudiantes le prendió fuego. Al día siguiente *El Nacional* titulaba con palabras del Rector: “La norma de la acción en la Universidad debe ser el respeto. Las declaraciones del Embajador de los Estados Unidos estuvieron revestidas de mucha comprensión y gentileza”. Unos días después, en una declaración del Consejo de Ministros se afirmaba que el Gobierno respetaría la autonomía universitaria, pero que no podía permitir la violación reiterada de la misma por quienes, sin creer en ella, la invocaban y la deformaban para burlar impunemente la ley.

En una entrevista que le hicieran Omar Pérez y Manuel Cabieses Donoso para el diario *El Nacional*, le preguntaron al Dr. De Venanzi si la quema del carro de Moscoso fue el momento más difícil que había pasado como Rector, a lo cual él respondió que fue uno de los muchos momentos difíciles.

La Universidad volvió a ser noticia al cumplir 240 años, y declaró De Venanzi: “Podrá lograrse una armoniosa vida universitaria, no cuando la policía entre sino cuando salgan las consignas partidistas”. En unas palabras de agradecimiento a un homenaje que le rindieron las agrupaciones culturales de la Universidad, se refirió a los graves acontecimientos ocurridos: “La autoridad en una institución educacional no se establece ni se fortifica con el uso de la fuerza, como podría pensarse en forma simplista. Resulta ella del respeto que emana naturalmente ante cifras humanas en el orden del saber, de la bondad, de la realización artística, de la preocupación social, de la capacidad pedagógica. Las medidas coercitivas y disciplinarias que a veces se imponen ante circunstancias que afectan la vida universitaria son necesarias, pero constituyen en sí mismas la manifestación de una quiebra transitoria de la acción pedagógica”.

AsoVAC Juvenil

El Dr. De Venanzi es invitado a dar el discurso inaugural de la Seccional Juvenil de AsoVAC. Allí reiteró que las funciones de un científico no terminan al descubrir los hechos de la ciencia pura o aplicada, sino que la investigación científica debe ser la expresión de una manera de vivir, ligada a la preocupación por el bien y a una inquietud estética. Al lado de la responsabilidad del científico planteó también la relación entre ciencia y sociedad: “no favorecemos la concepción del laboratorio cerrado en la acumulación egoísta de hechos para la satisfacción personal del investigador”. Las actividades de AsoVAC, en función de despertar vocaciones por la investigación y proporcionar herramientas metodológicas a los jóvenes, se expandieron en 1969 bajo el impulso de Luis Segundo Jordán, al instalarse el programa de

los Festivales Juveniles de la Ciencia. En ellos los estudiantes de secundaria realizan un proyecto de investigación que presentan en sus liceos, de allí se seleccionan los más destacados para llevarlos a una reunión regional, culminando finalmente en un evento de carácter nacional.

De nuevo el cupo

Al comienzo del año escolar 61-62 recrudeció el problema de los aspirantes a ingresar en Medicina. En octubre los estudiantes convocaron a una huelga para presionar la entrada a la Facultad. De Venanzi declara que el Consejo Universitario no tratará el problema mientras siga la huelga. Los estudiantes la suspenden. Las Universidades del Zulia y de Oriente ofrecieron algunos cupos para ayudar a subsanar el conflicto. De Venanzi escribe el artículo “Queremos enseñar Medicina”, en el cual defiende las condiciones necesarias para dar una docencia de buena calidad. Sigue la campaña de acusaciones contra la Universidad Central en el diario *La Esfera*. Mientras, la Universidad continúa con sus cursos de extensión, sus actividades culturales y divulgativas y acoge a cien becarios que regresan para integrarse a ella.

Otra forma de ver la Universidad

Arturo Uslar Pietri publicó en *El Nacional* una serie de cuatro artículos sobre la Universidad. Según parece, en una evaluación internacional no se le había concedido a las venezolanas ni siquiera un puesto como universidades de segunda clase. En el primer artículo titulado “Las verdades dolorosas” dijo: “Pareciera que estuviésemos condenados a tratar de ella en un clima de emocionalismo, de pugna de intereses políticos y de aceptación tácita de mentiras convencionales. (...) Nadie puede sostener que la Universidad venezolana funciona de un modo satisfactorio. Está sobrecargada de estudiantes, el porcentaje de repitientes y reprobados es excesivo (...) las interrupciones de labores son demasiado frecuentes, las atenciones extra-universitarias consumen una parte demasiado grande del tiempo y de los recursos (...) el

nivel científico y profesional de los egresados deja mucho que desear. (...) Lo más grave es que no se trata de un problema de recursos. (...) Es un problema de espíritu”, y atribuye además sus fallas a la herencia “de una tradición y de una concepción de la Universidad que no eran las mejores para la creación de una universidad moderna y eficiente”. En el segundo artículo “De Trento a Córdoba”, hace un recuento de la historia de las universidades desde su creación y critica la politización de las latinoamericanas, desarrollada –según él– a partir de la reforma de Córdoba. Afirma que debe existir “una política universitaria que no es otra que la de preparar el futuro y dar los hombres para realizarlo”. En el siguiente artículo “Los nuevos tiempos” analiza la segunda revolución industrial y urge al país a prepararse para “el nuevo mundo que comienza”. En el último de estos escritos, “El designio nacional”, Uslar Pietri define como papel de la Universidad “lograr lo mejor del hombre venezolano y del medio venezolano para que Venezuela pueda contribuir de una manera activa e importante al destino del mundo”, y termina diciendo que pondría en cada puerta de nuestros institutos de educación superior el letrero “Con una Universidad de segunda clase no se puede hacer un país de primera clase”.

De Venanzi no responde directamente. En sus dos siguientes artículos “El costo de la Universidad” y “La carrera docente universitaria” explica muy claramente la situación deficitaria del presupuesto y cómo no hay atajos para llegar a tener los docentes necesarios para una buena Universidad. Rodolfo Quintero sí le contesta directamente a Uslar Pietri “En un país de ‘Segunda Clase’ no hay Universidad de ‘Primera’.” También Héctor Mujica, en el *Boletín Universitario*, sale a la defensa de la Universidad Central.

Mientras Uslar Pietri delineaba la Universidad perfecta que deseaba para el país, el Gobierno rompía las relaciones de Venezuela con Cuba, y el Consejo Universitario suspendía las clases por unos días con el objeto de que los incidentes estudiantiles no llegaran a mayores. Ya se habían producido roces cuando un grupo de estudiantes de arquitectura, adversarios al régimen de Fidel Castro, trató de oponerse al

paso de una manifestación que protestaba por la ruptura de relaciones con Cuba.

Entre logros y ataques

En febrero de 1962, organizada por AsoVAC, Fedecámaras, las Asociaciones de Comercio y Producción, la Universidad Central de Venezuela y el IVIC, se realizó la primera “Reunión de científicos, educadores y empresarios para el desarrollo económico” con el objeto de buscar una colaboración más estrecha entre las instituciones económicas y científicas del país y tratar de darle un sentido a la investigación y a la docencia en favor del desarrollo industrial. Allí se nombra una comisión que continuará los esfuerzos para la creación de un Consejo Nacional de Investigación.

En el mes de mayo salió publicada en la columna “Libre Opinión” del *Boletín Universitario* una entrevista titulada “Preguntas al Rector De Venanzi”. Poco antes, el diario *La Esfera* había reproducido y ampliado unos comentarios aparecidos en el semanario *Copey*, en los cuales se acusaba a la Universidad de malversación de fondos en provecho de agentes extremistas, se hablaba de un estado de anarquía en la misma, se criticaba a las personas aceptadas en las residencias estudiantiles, al Cuerpo de Vigilancia, inclusive se pronunciaban en contra del director del Teatro Universitario Nicolás Curiel. En *El Nacional* puede leerse una carta de De Venanzi dirigida al Contralor de la Universidad en la cual le pide, que además de la supervisión permanente que dicha dependencia ejercía sobre la administración del presupuesto universitario, iniciara una averiguación al respecto. Ante la pregunta formulada en la entrevista de su posible desplazamiento del Rectorado respondió: “Para mi tranquilidad, progreso de mis trabajos científicos e intereses personales sería acogida con beneplácito. Sin embargo, desde el punto de vista doctrinario e incluso funcional conviene que las autoridades universitarias terminen su período legal. Así lo quisieron los sectores mayoritarios del profesorado, alumnado y hasta el personal administrativo cuando presentamos nuestra

renuncia en febrero. Por tanto pensamos terminar en la fecha establecida. Paciencia, isólo falta un año! (...) En el escrito aparecido en el semanario al cual usted alude se me ofende, así como a los Decanos, Directores, Profesores; se miente, se falsean datos o se los interpreta tendenciosamente. A todo eso se le llama 'salvar la Universidad', es decir: introducir el insulto y la falacia en las relaciones entre profesores y alumnos, que deben ser cordiales y respetuosas, cualesquiera que sean las posiciones que se sustenten". Otra pregunta fue: "Dice el semanario que su Rectorado dejará una huella triste ¿Qué dice sobre eso? -Es una cuestión que no me cabe a mí analizarla; es difícil complacer a todo el mundo. Espero sin embargo que guarden algún recuerdo grato los cientos de alumnos pobres que han podido seguir estudios universitarios mediante las apreciables facilidades que se han ido creando para dar un verdadero sentido democrático a la enseñanza superior. (...) Es posible también que lo tengan numerosos profesores que pudieron hacer cursos de especialización en el extranjero, los que cuentan con mayores facilidades de tiempo, dotaciones para la docencia y la investigación, los que han recibido los beneficios del plan de asistencia social para el profesorado, los que disfrutaban de un clima de no discriminación ideológica y tienen plena libertad de cátedra e investigación. Asimismo los empleados y obreros que han visto por primera vez materializarse contratos colectivos, salarios mínimos, escalafón, seguro de vida, caja de ahorros, servicio médico, sistema de ayudas, escuela, jardín de infancia, etc. Tenemos además la esperanza de que el país reciba un mayor impulso en su desarrollo a través de numerosos contingentes de profesionales con más entrenamiento práctico y mayores bases teóricas y que la Universidad siga aumentando su producción científica en la investigación pura y aplicada. Las miles de personas que han aprovechado nuestras tareas de extensión cultural posiblemente recordarán nuestra gestión con alguna simpatía".

La entrevista ya mencionada de los periodistas Manuel Cabieses Donoso y Omar Pérez en el Suplemento Jueves de *El Nacional*, tenía como

título “De Venanzi no quisiera ser candidato presidencial pero recomienda a Rafael Pizani”. Fue una entrevista muy particular, porque les dijo a los periodistas que le preguntaran cuanto quisieran que él iba a ir contestando por escrito, aunque algunas veces les respondió de viva voz. A la pregunta de si la decisión de las autoridades universitarias de renunciar en el mes de enero anterior, si no se lograba una pacificación política, era en serio, respondió que no era posible seguir así, que se necesitaba de un compromiso formal de los partidos de no realizar actos de violencia en el interior de la Ciudad Universitaria, y que esto se había cumplido. En cuanto a la campaña contra los universitarios dijo: “es no sólo dañina sino también es cerrarse torpemente a un fenómeno que registran todos los países del mundo. Puede que un sector estudiantil esté políticamente desviado, pero ello no quiere decir que sea esta desviación una patente para calificarlos como ‘hampones’. Siempre son los estudiantes los grupos más movilizables por los partidos políticos (...) naturalmente el estudiante que se sale del marco legal debe afrontar las consecuencias como cualquier otro ciudadano”. Ante la pregunta, “¿Es efectivo que las actividades políticas producen malos estudiantes y que de la Universidad Central de Venezuela egresan profesionales insuficientemente capacitados?” La respuesta fue: “Estudiante que no sabe no pasa”. Y en otro punto se definió de la siguiente manera: “Soy independiente, no tengo compromisos políticos con grupo alguno, creo en la democracia representativa no discriminatoria en el campo político, y creo que es inevitable el socialismo en un grado apreciable en el aspecto económico en el futuro previsible de los pueblos y en función de los avances de la ciencia y la tecnología”.

Ese mes de mayo de 1962 se produjo la sublevación en Carúpano, conocida como el “Carupanazo”. A los pocos días fueron suspendidas las actividades del Partido Comunista y del Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Sin embargo, aparecen en la prensa las propagandas para las elecciones estudiantiles de la Universidad, que se realizaron el 22 de ese mes, y según la *Plana Experimental de la Escuela de Periodismo*, “Es el primer acto de pulsación de la opinión después del de-

creto de suspensión de las actividades de los dos partidos de extrema izquierda (...) A pesar de los ataques de grueso calibre de cierta prensa contra la Universidad como institución, cuya autonomía duele a los sectores más reaccionarios del país, no se produce ni un sólo incidente". A los pocos días sucede en Puerto Cabello el "Porteñazo". De Venanzi escribe en el *Boletín Universitario*: "Duelo en la Universidad", enmarcado en negro, lamentando lo sucedido en Carúpano y Puerto Cabello y condenando la violencia.

En la apretada agenda del Rector estuvo un discurso pronunciado en el primer acto de ubicación del profesorado; se trataba de 657 docentes a tiempo completo. Dictó la clase inaugural en la Facultad de Ciencias y viajó a Holanda al XXII Congreso Internacional de Fisiología en el que presentó un trabajo sobre glucagon, la hormona que sube la glucosa en la sangre. Escribió sobre el reducido presupuesto de la Universidad y volvió a encarar el ya crónico problema del cupo en la Facultad de Medicina. En un Curso de Ciencias y Letras, que contó con 650 inscritos, dio una conferencia sobre el concepto de la enfermedad a través de los tiempos. Fue invitado a Santo Domingo a través de la Organización de Estados Americanos como observador en las elecciones y a intervenir en un foro sobre la democracia representativa. En la Universidad Central, durante la tiranía de Trujillo, se habían recogido fondos para la lucha a favor de la restauración de la democracia en la República Dominicana. Juan Bosh resultó victorioso en dichas elecciones y De Venanzi fue a su casa a saludarlo; lo había conocido cuando el ahora Presidente había dictado una conferencia en la Universidad Central; en ésta, durante la gestión de De Venanzi, se había acogido tanto a profesores como a estudiantes dominicanos exiliados. La Universidad Autónoma de Santo Domingo le entregó un reconocimiento "por su noble y altruista labor en pro de la liberación del pueblo dominicano y el renacimiento del espíritu universitario en esta Casa de Estudios".

El Dr. Marcelo González Molina, en un artículo titulado "Razón y Fuerza de la Universidad", se quejó de que la Universidad Central lle-

vara dos años siendo objeto de graves disturbios que habían conducido a la pérdida de dos meses de clases. Por ese tiempo Arturo Uslar Pietri participó en la Universidad en un foro sobre crítica literaria.

El año 1963 comienza con un allanamiento de las residencias estudiantiles. El comunicado del Consejo Universitario rezaba: “El miércoles 16 de los corrientes a las 8 p.m. penetró a la Ciudad Universitaria el Juez Francisco Villarte acompañado de un grupo de personas armadas pertenecientes a la Policía Técnica Judicial y la Dirección General de Policía”. A la entrada del edificio del Rectorado se le escapó un tiro a uno de los efectivos y esto originó la decisión de disparar contra los alumnos. Hubo cinco heridos, cuatro de bala, a pesar de que ningún acto de violencia física fue cometido por los estudiantes universitarios ni se vieron alumnos armados. Mientras se estaba discutiendo, tratando de que la inspección de las residencias la hicieran personas sin armas, ya la policía había entrado a ellas.

A los pocos días De Venanzi visitó la Universidad de Florida y presentó en la XIII Conferencia del Caribe la ponencia “Papel de las Universidades Autónomas”.

Se acercaba el período de elecciones de las Autoridades Universitarias. De Venanzi declaró que no sería candidato para la reelección y que no apoyaría a ninguno de los grupos que se presentaran. A la pregunta sobre las condiciones que él consideraba que debía llenar la persona que fuera a ocupar el cargo, respondió: “Entre otras condiciones, debe ser inteligente, trabajador, tenaz, poseer representatividad, es decir tener peso específico propio y no circunstancial, demostrar espíritu de iniciativa, comprender claramente la política nacional e internacional. Además que enfoque la actividad universitaria en función de los intereses generales de la nación y no de los intereses creados, que entienda la labor docente y de investigación con un criterio abierto, no dogmático, antagónico a toda mediatización política o confesional, que esté asimilado a los valores trascendentales que buscan la perfección del hombre a través de la sabiduría, la justicia y la belleza y que sea políticamente independiente”. Esta última aseveración

fue aclarada de la siguiente manera: “Las personas afiliadas a los partidos, ante líneas de acción impuestas por sus grupos harán todo lo posible por lograr un predominio absoluto de sus posiciones y eliminar al máximo otras influencias”. No deja sin embargo de expresar las desventajas de la candidatura independiente, que debe haber sufrido en carne propia: “La candidatura independiente tiene la desventaja de que no cuenta con un grupo organizado de sustentación que le preste apoyo y colaboración en las complejas tareas universitarias y en las situaciones de emergencia. Cuando el sector de independientes que propició mi candidatura habló conmigo al respecto, le señalé esta circunstancia y se convino en que se integraría un grupo con este propósito; pero nada se logró y aparte de algunas contribuciones personales valiosas no conté con esa colaboración que hubiera sido de gran trascendencia. El independiente es muy reacio por su propia condición al agrupamiento y a la disciplina de grupo”.

Un par de meses antes de las elecciones de las autoridades universitarias, y ya no estando involucrado como candidato, publicó en *El Nacional* el artículo “La convivencia universitaria” en el que directamente advertía al electorado contra lo que representaría el “paso del Rectorado a una fracción política teñida de sectarismo”, lo cual trasladaría la crisis del país a la institución universitaria y acabaría con la convivencia que se había logrado, alertando además contra el peligro de la mediatización ideológica de la enseñanza.

De Venanzi prepara el dossier de lo que ha sido su Rectorado. La Imprenta Universitaria publica *Mensaje al Claustro* donde se condensan las ideas y realizaciones del autor: “A la tarea de la reconstrucción universitaria se han dedicado ingentes esfuerzos ofrecidos con empeño y tenacidad. Se han cosechado satisfacciones intensas y amargas no menos fuertes; luz y sombra para el mismo camino. Hemos recorrido con decisión una ruta escarpada y penosa, llena de cantos afilados que cortan hondo, pero el transitar difícil ha sido atizado con el verdor fresco de la juventud que contagia futuro. (...) Las tres misiones fundamentales de la Universidad: su papel en la formación del hom-

bre maduro para las actividades científicas, humanísticas o sociales, su contribución creadora a través del proceso de la investigación y su influencia cultural en el medio se han afianzado marcadamente. Se ha vivido la experiencia de la autonomía más completa que haya disfrutado la institución a lo largo de su acontecer histórico. Al mismo tiempo la Universidad ha sido asiento de la expansión más amplia experimentada en un lapso tan corto. Todo ello ha conferido a este período características de un contenido esencialmente renovador". Se despliega en este informe, ilustrado con fotografías y cifras, lo que fue la evolución de la Universidad de 1958 a 1963 y, en el epílogo, De Venanzi confiesa que no todo fue logrado, que se presentaba aquel documento para que la institución pudiese continuar en lo que se considerara acertado, o que se cambiara lo que no lo fuere, que se habían omitido comentarios sobre las situaciones conflictivas vividas, a las cuales hubo que dedicar la mayor parte del tiempo, y declaraba: "Para que la Universidad mantenga el genuino contenido que le es propio, debe permanecer en constante reforma, buscando siempre nuevos rumbos que le permitan servir mejor en el desempeño de las trascendentes funciones que le corresponden y esforzarse en asimilar cabalmente sus compromisos locales y universales".

Las elecciones para Autoridades Universitarias fueron el 4 de julio. Ganó la plancha número dos en la segunda vuelta, ya que en la primera no alcanzó el necesario 66% de los votos. Estaba constituida por Jesús María Bianco para Rector, Luis Plaza Izquierdo para Vice-Rector y José Ramón Medina al cargo de Secretario.

La última semana de agosto De Venanzi pudo disfrutar del V Congreso de la Asociación Latinoamericana de Ciencias Fisiológicas, de cuyo Comité Ejecutivo había sido nombrado Presidente. Fue la primera vez que se organizó un congreso internacional de Ciencias Fisiológicas en Venezuela y gozó de una nutrida asistencia de científicos de toda América Latina, en especial de Argentina. De Venanzi fue elegido Secretario de la Asociación Latinoamericana de Ciencias Fisiológicas, presidida por Roberto Caldeyro Barcia. Ya para entonces había publi-

cado varios de sus trabajos científicos en la Revista *Acta Physiologica Latinoamericana*, órgano de dicha Asociación.

Finalmente, el 2 de septiembre de ese año, Jesús María Bianco tomaba posesión del Rectorado.

Después del **Rectorado**

Como bien escribió al año de la muerte de De Venanzi la Directora del Instituto de Medicina Experimental, Dra. Itala Lippo de Bécem-berg (“Gente de Ciencia”, *Revista de la Facultad de Medicina*) si éste, siendo Rector, ejercía la Jefatura de su Cátedra sin abandonar sus seminarios de investigación, sus clases teóricas ni su actividad de investigador, al terminar su gestión siguió haciendo lo mismo con más ahínco, pero sin desligarse de la Universidad como un todo.

Humberto García Arocha regresó de Canadá en mayo de 1958 y De Venanzi, a nombre de la Comisión Universitaria, le dedicó unas cálidas palabras de bienvenida en un acto en su honor: “Los profesores que supimos de sus enseñanzas y las muchachadas estudiantiles que anhelaron siempre la presencia de la imagen legendaria que con fisiología buena enseñaba mejor rectitud, vienen hoy aquí a expresar emocionada satisfacción por su regreso”. De Venanzi ocupó el cargo de Director Interino del Instituto de Medicina Experimental hasta la reincorporación definitiva de García Arocha, cuando le hizo entrega de dicha Dirección. La presencia de dos personalidades fuertes pero tan distintas en un mismo ámbito, creó una dicotomía entre el Instituto y el Departamento. García Arocha se ocupaba del Instituto y de su Cáte-

dra de Fisiología, De Venanzi era el Jefe del Departamento de Ciencias Fisiológicas que agrupaba a las cuatro cátedras, incluyendo la de Patología General y Fisiopatología que él dirigía. García Arocha modernizó las instalaciones del Instituto como el bioterio, el auditorium y los laboratorios. Las diferencias de opiniones se manifestaron, entre otras cosas, en la concepción del Postgrado en Ciencias Fisiológicas y en el desarrollo de la biblioteca del Instituto. Cada uno hizo su labor por separado. Francisco Peña lamenta que esas diferencias no hayan permitido que el Instituto tuviera una mayor proyección, lo cual se habría dado si ellos hubiesen unido esfuerzos.

Universalía

Después de su salida del Rectorado, De Venanzi convocó a un grupo de profesores autonomistas para fundar una revista. El primer número de *Universalía*, que así se llamó, salió en julio de 1964. Era bimensual y un grupo multidisciplinario formaba parte del Consejo de Redacción: Manuel Benezra, Francisco De Venanzi, José Fabbiani Ruiz, Foción Febres Cordero, Humberto García Arocha, Juan David García Bacca, Alonso Gamero, José Ramón Medina, Rafael Pizani, Gustavo Rivas Mijares y Luis Villalba Villalba; incorporaron también al pintor Luis Guevara Moreno y el Secretario de redacción fue Víctor González Mendoza. En la presentación de la revista, que escribe Humberto García Arocha, se hace la definición de los propósitos de la misma. En ella, aparte de los artículos sobre educación, arte e historia, se opinaba sobre los avatares de la Universidad y los acontecimientos que nacional e internacionalmente le atañían. Se defendieron los valores de la democracia y la independencia crítica, sustentados por la autonomía de las universidades. Cada número de la revista tiene en su portada un dibujo en blanco y negro de algún pintor venezolano destacado, y viñetas e ilustraciones resaltan algunos de los artículos. La señora Rosita de Di Prisco, hermana de De Venanzi, le consiguió a éste una entrevista con Francisco Narváez; ella conserva el dibujo original que sirvió de portada en esa ocasión. Los editoriales no llevan firma, pero es fácil percibir

en muchos de ellos el estilo de De Venanzi. En ese primer número de la revista, éste escribe un artículo titulado “A los cuatrocientos años de Galileo Galilei”. Varias secciones se van agregando: De la Universidad, De la nación y del mundo, Tiempo de educar, Artes y libros, La ciencia y el hombre. Al comentar los sucesos universitarios en el primer número no faltó lo que ya casi era una costumbre: “Una vez más, otro allanamiento sorpresivo ha demostrado la falsedad de las noticias sobre la existencia de arsenales en la Universidad”.

De Venanzi insiste en su idea de que el universitario debe tener una formación integral. En el artículo “La cuestión de las dos culturas” analiza que la contradicción no es entre ciencias y humanidades sino entre el conocimiento general y el especializado: “En el conocimiento general entran los elementos humanísticos, sociales y otros provenientes de las ciencias naturales. (...) Hay una sola cultura, si ésta se define en términos del objetivo de la perfección humana”.

En el volumen II de marzo-abril de 1965 se toma posición frente al sabotaje que se hizo a la intervención del Dr. Arturo Uslar Pietri en un acto de la Facultad de Humanidades en homenaje a la memoria de Mariano Picón Salas: “Consideramos que los estudiantes que intervinieron en el incidente que comentamos lesionaron el espíritu de la Universidad, y fueron aplaudidos por algunos en función de intereses políticos contingentes; su acción debe ser repudiada de acuerdo a las normas de conducta que deben privar en una institución de altos estudios”.

El editorial “Un problema –un reglamento– un conflicto” se refiere a hechos sucedidos en la Universidad Central de Venezuela que tuvieron “una influencia negativa muy profunda, de la cual no será fácil recuperarse. Se originó como secuela de la gestión anárquica y violenta de algunos grupos minúsculos en comparación con la magnitud de la población universitaria, que no calibraron en sus acciones desbordadas e impropias el tremendo daño que podían infligir a la institución y que efectivamente causaron. A estas acciones y a otras extrauniversitarias siguió el allanamiento de la Universidad realizado en forma

desajustada, en donde el abuso se constituyó en el signo predominante”. Estos acontecimientos llevaron a la parálisis de las actividades y a la aprobación de un Reglamento Universitario que, según un Comunicado del Consejo Universitario de la Universidad de Los Andes, publicado en la revista con fecha 24 de febrero de 1967, vulneró postulados esenciales de la autonomía universitaria.

Todos estos acontecimientos repercutieron en el ánimo de Francisco De Venanzi, quien en su salutación a los nuevos licenciados en Biología de ese año les dijo: “En las naciones atrasadas no es extraño que las pasiones desbordadas se erijan en tremendas fuerzas destructoras que impiden la mínima cohesión necesaria para la obra del bien colectivo. Los seres se hallan listos o a la espera de la agresión sumergida en verdaderas cavernas espirituales en las que sólo anida el egoísmo”.

Ya en 1968 salieron sólo dos números de la revista. La preocupación por la continuidad de la misma se expresaba en el editorial “Permanencia de *Universalía*”, donde se lee: “En los últimos procesos electorales realizados en la Universidad Central, se puede apreciar el interés demostrado por algunas personas en hostilizar al llamado grupo *Universalía* utilizando recursos poco académicos. (...) La revista puede extinguirse, el Consejo de Redacción desintegrarse, los números sufrir su inmutable destino biológico, mas la idea que sirve de animadora a nuestras inquietudes –la autonomía de pensamiento– permanecerá en el tiempo y siempre habrá en las siguientes generaciones quienes la recojan para plantarla, pocos o muchos pasos al frente”. De hecho, el grupo *Universalía* se fractura en relación con las elecciones universitarias, ya que parte de él apoya la candidatura rectoral de Carrillo Batalla y otros siguen a Rafael José Neri.

En 1969, se produce en el seno de la Universidad el proceso de renovación, el cual comenzó como una aspiración académica de estudiantes que querían mejorar su Universidad. Al intervenir los partidos políticos y aprovecharse de la situación, la renovación se convirtió “en un proceso caótico e irracional”, en el cual se desataron la desunión profesoral, rencores, enfrentamientos, conspiraciones de grupo y per-

secuciones ideológicas. Un documento emitido por un grupo de profesores de la Universidad, en el cual De Venanzi firma de tercero después de Rafael Pizani y Foción Febres Cordero, es publicado en el último número de *Universalía* en 1969:

Creemos que la renovación o reforma universitaria es justa y necesaria (...) es de lamentar que salvo casos de acción seria y responsable, la ausencia de doctrina, métodos y objetivos de la renovación, haya dado lugar a penosos acontecimientos que han menoscabado el movimiento y ocasionado grave daño al funcionamiento y al prestigio de la institución (...) La "toma" de dependencias, el secuestro y desconocimiento de Autoridades, la paralización de procesos electorales esenciales a la vida de la Institución, los disturbios y actos de violencia, los asedios policiales, son métodos totalmente inadecuados para lograr los objetivos que se persiguen, y tienden a agravar antes que resolver los problemas planteados.

Sobre la renovación dijo De Venanzi: "Fue un triste espectáculo en verdad, a pesar de que algunos han tratado de glorificarla".

El Dr. Gustavo Arnstein, quien colaboró en *Universalía*, en particular entrevistando a científicos extranjeros de valía que visitaron el país en esa época, refiere: "No me lo decía pero se veía que estaba muy solo en el hecho de mantener la periodicidad de la revista. Muchos ponían su nombre pero no hacían nada, el trabajo lo hacía él, solicitaba las colaboraciones, completaba la imagen del número. Me imagino que la revista dejó de salir por razones económicas; no encontraba ya cómo costear la edición. No era que los otros del grupo estuvieran en contra de sus ideas; sino que fueron surgiendo otras cosas, crecieron los hijos, cambiaron de dirección, reunirlos era difícil; además estaba su impedimento físico, él hacía todo por teléfono. Me imagino que el grupo se fue perdiendo más que todo por inercia y no por discrepancia, Foción Febres se murió muy joven, era un hombre clave para él".

Creación del CONICIT

Poco antes de la creación de AsoVAC, el Dr. Gabriel Trompiz había dirigido un memorando a la Junta Militar sugiriendo la creación de

un Centro Nacional de Investigación. Ya hemos visto todos los esfuerzos realizados por AsoVAC en este sentido. En la primera reunión de científicos, educadores y empresarios del año 1962 se creó una Comisión Preparatoria para el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas, coordinada por Marcel Roche y Miguel Layrisse; dos años más tarde esta Comisión entregó un informe bajo la forma de un libro, *La ciencia base de nuestro progreso*. Según expresa el Dr. Vidal Rodríguez Lemoine en un editorial de *Acta Científica* escrito a los 25 años de la creación del CONICIT, el enfoque que finalmente predominó en la orientación de funciones de este organismo fue “calcado” del diseño adoptado para el desarrollo del IVIC. La UNESCO participó con una misión científica que revisó el proyecto y fijó su posición sobre la mejor forma de crear el Consejo. En 1965, Charles V. Kidd, en ese momento Secretario Ejecutivo del Consejo Federal para Ciencia y Tecnología de la Presidencia de los Estados Unidos, publicó un artículo titulado “Investigación sobre la Investigación” en la revista *Science*, comentando dicho informe. Ya se habían creado Consejos Nacionales de Investigación en algunos países latinoamericanos y, según Rodríguez Lemoine, el proyecto en Venezuela sólo se materializó al contar con el respaldo del Programa de la Alianza para el Progreso impulsado por el Gobierno de Kennedy. Por esos años se desarrolló una especie de antagonismo entre los científicos de la Universidad Central y los del IVIC. Los de la Universidad veían a los del IVIC como los que laboraban en una “torre de marfil”, ya que tenían mejores condiciones de trabajo, tanto por la disponibilidad de equipos, sueldos mayores, dedicación completa a la investigación sin tener que compartir el tiempo con la labor docente que era predominante en la Universidad, así como por su situación geográfica que los mantenía alejados de los disturbios. Los investigadores del IVIC veían a sus colegas de las universidades como poco profesionales y menos efectivos.

La Ley que creó el CONICIT fue aprobada el 26 de junio de 1967, pero la designación de su primer Directorio no se hizo sino dos años después. Lo presidió Marcel Roche; De Venanzi fue nombrado como re-

presentante de AsoVAC ante ese organismo y pasó a ser Vocal Principal del Directorio, de modo que tuvo una participación activa en la elaboración del documento conocido como “Política Nacional relativa a la Investigación Científica y Tecnológica” que se publicó en 1970. De Venanzi seguiría siendo representante por AsoVAC en el Consejo Superior del CONICIT hasta 1981.

La Directiva de AsoVAC, después de haber propiciado por tantos años la creación del CONICIT, tuvo el temor de que este organismo pudiera pasar a ser una forma de control de la ciencia por parte del Gobierno. Hubo dudas expresadas a través de un editorial de *Acta Científica Venezolana* en 1968, sobre la real condición de científicos de algunas de las personas nombradas para formar parte del Consejo Directivo General. De Venanzi, en su artículo “¿Qué es un investigador activo?”, se expresó en este sentido.

Investigación con o sin bombas lacrimógenas

Los años 69 y 70 fueron particularmente difíciles en la Universidad. La Dra. Béceberg, profesora e investigadora de la Cátedra de Patología General y Fisiopatología, refiere que casi ponían en los protocolos de los experimentos “con bombas lacrimógenas o sin bombas lacrimógenas”. A fines de octubre de 1969 hubo una violenta manifestación estudiantil en protesta por la desaparición del estudiante de sociología Luis Hernández. “Esa noche estábamos invitados a una cena en casa de uno de los profesores de la Cátedra, el Dr. Fuad Lechín, a mi me faltaban pocos días para el nacimiento de mi segundo hijo, fui a la peluquería y regresé al Instituto a chequear un experimento que estaba en curso. Cuando me iba no pude salir ni por la puerta de las Tres Gracias ni por la salida del Hospital Universitario, porque en ambas estaba el ejército, tuve que retroceder el carro. Regresé al Instituto, y toqué el timbre continuamente hasta que por fin nos abrieron. Nos quedamos encerrados varios profesores, técnicos y una estudiante de biología que también ayudaba en los trabajos. El Dr. De Venanzi, ya en el sitio de la cena, estaba mortificadísimo, comunicándose frecuente-

mente por teléfono y buscando a ver quién nos sacaba de allí. Por fin como a las 3 de la mañana vinieron a buscarnos con un autobús de la Policía Técnica Judicial. No nos dejaron sacar el carro. Cuando regresamos un mes después, ya habiendo nacido mi hijo, De Venanzi al ver mi dedicación al trabajo me dijo –Yo creo que a usted hay que abrirle concurso”.

Al año siguiente, un nuevo cierre de la Universidad se veía venir. De Venanzi le encargó al señor Pfister, técnico mecánico del Instituto, la fabricación de algunos aparatos, copia de los que usaba para perfundir órganos, y le dijo a Francisco Peña que fuera guardando cierto material en cajas. Ante la pregunta de éste, contestó que pensaba que la Universidad iba a ser nuevamente allanada y que, aparte del compromiso de organizar el X Congreso Latinoamericano de Ciencias Fisiológicas, él quería terminar el trabajo de investigación que estaban haciendo para presentarlo en dicho congreso. A la pregunta de Peña, “¿y dónde vamos a seguir trabajando, en su casa?”, De Venanzi contestó que haría una petición para poder continuar sus experimentos en el IVIC, que para ese entonces estaba bajo la dirección de Raimundo Villegas, nombrado por el presidente Rafael Caldera.

Refiere Francisco Peña que ante la petición de De Venanzi, la Asamblea de Investigadores del IVIC se dividió: entre otros, los doctores Gloria, Raimundo y Jorge Villegas y Flor Vásquez de Barnola se oponían a la entrada del Dr. De Venanzi. Algunas de las razones que daban eran de orden político: “consideraban que De Venanzi era el culpable de lo que estaba pasando en la Universidad por haberle dado tanta beligerancia a la izquierda y al comunismo”; en el caso de Flor de Barnola eran más bien razones personales, por las diferencias que tuvo cuando ella era profesora en la Cátedra de Patología General y Fisiopatología. Los que opinaban que debía dársele entrada a De Venanzi eran investigadores del grupo de bioquímica, como Karl Gaede, Germán Camejo y Rafael Apitz. Finalmente, De Venanzi fue aceptado junto con un grupo de sus colaboradores y su secretaria. El Dr. Gabriel Chuchani recuerda los acontecimientos de la siguiente manera: “Cuando ce-

rraron la Universidad, el Dr. De Venanzi, que ya no era miembro del Consejo Directivo del IVIC, me dijo: –yo quiero continuar mi trabajo ¿tú tienes un puesto por aquí?–. Yo estaba en el reactor en la parte izquierda, le dije –como no, aquí te puedes poner–, era un cuartito de 3 por 4, una cosa así. Raimundo se opuso, habiendo sido alumno de De Venanzi. El Dr. Villegas tenía el temor de que podrían surgir problemas con el Gobierno –tu sabes que al Dr. De Venanzi le gusta escribir siempre unas cosas de opinión y trabajando aquí en el Instituto me va a poner en problemas– (...) no porque él no quisiera que fuera al IVIC, sino por el temor a una situación difícil. (...) Yo lo estaba esperando y de repente se fue a otro Departamento porque decía que como yo estaba en química, no tenía las facilidades necesarias. Creo que estuvo en Medicina Experimental, en la parte de bioquímica”.

Ante la pregunta de si De Venanzi se fue un tiempo para el IVIC cuando cerraron la Universidad, el Dr. Raimundo Villegas respondió: “No. Yo no lo recuerdo, nunca. Ahora, por qué no lo hizo no lo sé. Pero el cariño con él era el mismo, pero él no iba al IVIC. Nunca se dio vuelta por los laboratorios. ¿Por qué sería eso? No sé. Fíjate que nunca se me ocurrió, porque como uno lo vio, Marcel Roche y Francisco De Venanzi se habían repartido, yo me voy al IVIC y tú te vas para la Universidad (...) ¿Cuando Caldera cerró la Universidad? Yo era Director del IVIC cuando pasó eso y me preguntaron si todos los investigadores de la Universidad podían ir al IVIC; sí, pero tienen que llenar unos requisitos así como pasar por una comisión clasificadora, presentar currículum, ser evaluados por esa comisión y presentar un proyecto de investigación. Si pueden vienen, no es que mañana vienen todos a hacer investigación, que no van a hacer, sino estar por los laboratorios. Algunos vinieron, muy poquitos en ese momento”.

Ya De Venanzi había denunciado en su artículo “Comulgar con ruedas de molino” la grave lesión a la autonomía universitaria que representaba la nueva Ley de Universidades al permitir que las autoridades legítimas, elegidas democráticamente por los profesores, y los representantes estudiantiles y de los graduados, pudiesen ser destituidas

en cualquier momento por el Consejo Nacional de Universidades, cuya mayoría dependía del Gobierno. Además, el CNU tenía la atribución de intervenir las universidades hasta por un lapso de seis meses, declarándolas en período de reorganización. En efecto, la Universidad fue allanada a fines de octubre de 1970. El Consejo Nacional de Universidades convocó al Rector Jesús María Bianco para una audiencia previa, en lo relativo a la suspensión de su cargo. Bianco se negó a asistir y presentó su renuncia ante el Consejo de la Universidad Central, junto con el resto de las Autoridades Rectorales. La Universidad fue ocupada por fuerzas combinadas de la policía y el ejército, inclusive pusieron bajo custodia policial la residencia de Bianco. Pocos días después De Venanzi escribe su artículo en *El Nacional* titulado “La velita y el candil”; recordaba la frase del Presidente del Consejo de Reforma del año 51, cuando ante la defensa de la autonomía por parte de un grupo de profesores exclamó: “¡lo que ustedes demandan es apenas una insignificante velita al lado del candil que vamos a ofrecerles!”; ese candil produjo la pérdida de un año escolar, expulsión y prisión de profesores y estudiantes y otras consecuencias; terminaba el artículo de esta forma: “Para quienes hemos estado siempre consustanciados con la Universidad, nada podría ser tan importante en la actualidad como apreciar hasta dónde alcanzará la luz abrasadora del nuevo candil”. En enero de 1971 el CNU provisorio designó como Rector interino al Dr. Rafael Clemente Arráiz, quien pronto fue sucedido por el Dr. Oswaldo de Sola. El cierre de la Universidad duró seis meses, y ni siquiera se permitió el acceso a la sede de AsoVAC, porque en el mismo edificio funcionaba el CENDES. La normalidad retornó a mediados de 1972 cuando fue elegido Rector el Dr. Rafael José Neri.

El X Congreso Latinoamericano de Ciencias Fisiológicas

Este Congreso se realizó conjuntamente con el I Congreso de la Asociación Panamericana de Sociedades de Bioquímica, del 11 al 17 de julio de 1971. En la Comisión Organizadora estaban como Presiden-

tes Honorarios Humberto García Arocha y Marcel Roche, como Presidente Francisco De Venanzi y el Vice-Presidente era Raimundo Villegas. Hubo una nutrida concurrencia, no sólo de América Latina sino también de Europa y los Estados Unidos de Norteamérica. De Venanzi dictó la conferencia “Participación del fósforo inorgánico plasmático en el metabolismo glucídico”, en la cual hizo una puesta al día sobre el tema, incluyendo sus trabajos más recientes. El Congreso se llevó a cabo en los salones del Hotel Hilton. Las participantes y las esposas de los investigadores invitados al Congreso, que se alojaron en el hotel sede del evento, recibieron cada mañana una rosa en su habitación. Hubo una recepción para los invitados en “Antañona”, la residencia de De Venanzi. Al día siguiente unas profesoras brasileras comentaron lo agradable que había sido la fiesta en “el castello” de De Venanzi.

El Postgrado en Ciencias Fisiológicas

Otra de las tareas que De Venanzi emprendió fue la de crear un postgrado en Ciencias Fisiológicas. En 1971 el proyecto del Curso Académico de Especialización en esas disciplinas estuvo a punto y fue aprobado por el Consejo de Estudios para Graduados. Se nombró un grupo de Asesores; De Venanzi presidía como Coordinador General una Comisión Supervisora que comprendía representantes de cada cátedra, del Instituto y al Dr. Francisco Ruiz Manresa como Coordinador Docente; éste dice: “Enfrentamos desde el comienzo el conflicto entre la presión ejercida por el cuerpo de profesores del Instituto y la Facultad, y el deseo e intención de excelencia. De nuevo he de rendir tributo a la habilidad del Dr. De Venanzi, quien fue factor fundamental en encontrar la ayuda necesaria de profesores e investigadores de otras facultades e instituciones, y en muchos casos enfrentó la difícil tarea de declinar ofertas de participación tratando de no herir susceptibilidades”. El curso comenzó el 18 de enero de 1973; de 46 aspirantes fueron seleccionados 12, y debido a las altas exigencias del mismo culminaron sólo cinco en la primera promoción. En 1983 la especiali-

zación se transformó en Maestría y se creó el Doctorado, siendo uno de los pocos que existen en la Facultad de Medicina de la Universidad Central.

La Asociación para el Progreso de la Investigación Universitaria (APIU)

Según el recuento de su hijo Augusto, la casa de Francisco De Venanzi era muy visitada por colegas y amigos que venían a discutir los problemas de las instituciones científicas en Venezuela. El CONICIT y los CDCH se habían burocratizado y se necesitaba un organismo dentro de la Universidad que presionara por la asignación y aprobación de los recursos para los proyectos. Al principio se comenzaron a reunir unos pocos investigadores, sobre todo del Instituto de Medicina Experimental. Había el temor de que la Asociación que se proponía duplicara las funciones de la AsoVAC, pero De Venanzi insistía en que no habría antagonismo sino que trabajarían reforzándose. Poco a poco fue conquistando más investigadores de todas las facultades hasta que el 30 de mayo de 1978, con la presencia de 150 profesores, se constituyó la APIU. Su justificación era la necesidad de superar una serie de dificultades que incidían desfavorablemente sobre el trabajo científico. La profesora Tosca Hernández ha reunido en el libro *Francisco De Venanzi y la APIU*, publicado por el Fondo Editorial de Acta Científica Venezolana (1988) los textos que De Venanzi escribió para el Boletín de esta Asociación, desde su fundación hasta que la misma cumplió diez años. Para ese momento, ya la APIU tenía cuatrocientos miembros.

En el discurso del acto inaugural de la APIU, De Venanzi dijo que en los últimos años había surgido una serie de trabas que obstaculizaban la investigación universitaria; los planteamientos presentados por la Universidad Central de Venezuela y otras universidades en el Primer Congreso Nacional de Ciencia y Tecnología habían sido aprobados y llevaron a la formulación de recomendaciones que no se habían cumplido y, sin embargo, ya se estaba preparando un Segundo Congreso.

Dijo también que en la Universidad reinaba un clima de facilismo y desgano por el trabajo serio, así como una falta de mística, y que la mayor parte de los esfuerzos se iba en la expansión de la docencia, los problemas gremiales y la protección a los malos estudiantes; por lo tanto, había que estimular la actividad investigativa, proporcionarle facilidades, darle reconocimiento mediante la difusión de sus logros, y crear contactos e intercambios entre los investigadores, todo ello a través de una acción conjunta, planificada y coherente en la que participaran profesores, estudiantes y todo el personal involucrado en la investigación.

De Venanzi presidió la APIU de 1978 a 1981, fue Vice-Presidente hasta el 82, Secretario de Correspondencia hasta el 86. En ese año fue nombrado Presidente Honorario. En el *Boletín de la Asociación De Venanzi* escribió numerosos artículos, bien expresando sus opiniones individuales o producto del trabajo conjunto con los otros miembros del Consejo Directivo. Así cuando en 1980 se planteó la creación del Ministerio de Ciencia y Tecnología, se preguntaba: ¿Qué va a hacer tal ministerio, para qué se va a crear, no irá a duplicar la estructura burocrática del CONICIT? Al criticar la lentitud del ritmo de crecimiento de los recursos de este organismo, opinó que no toda la responsabilidad era atribuible al Gobierno, sino que esta institución también había fallado en cierta manera “al no haber programado actividades de gran envergadura que pudiesen entusiasmar a los dirigentes de la Nación para así lograr mayores asignaciones”; consideraba que la labor de CONICIT había sido útil, pero que no había alcanzado el punto crítico para lograr en un tiempo menor el avance científico y tecnológico necesario. En 1981 escribió “Hacia una nueva Ley de Educación Superior”, analizando dicho proyecto; ahí reconoció el aspecto positivo que representaba la propuesta de integración del subsistema de Educación Superior, pero lamentó la tendencia a limitar la autonomía universitaria reforzando las restricciones a la misma, que ya se habían manifestado en la reforma anterior de la Ley de Universidades. A los 25 años del CDCH, en 1983, reconoció el impulso inicial y la

atención que en la mejor forma posible este organismo había prestado a los requerimientos de los investigadores, pero objetó que para ese momento fuera un ente eminentemente pasivo y que se hubiera producido su burocratización. Constantemente reclamó los fondos necesarios para la investigación, que no siempre estuvieron disponibles o que eran insuficientes; esta situación se agudizó a partir del “viernes negro” de 1983 con la acentuación de la crisis económica en el país. La Universidad tuvo que eliminar los cargos que se fueron desocupando por la jubilación de profesores, y los investigadores nuevos que se estaban formando, como los becarios del CONICIT, la Fundación Gran Mariscal de Ayacucho, los CDCH y el IVIC, no tenían ubicación al finalizar sus estudios, lo cual en muchos casos los llevó a dedicarse a otras labores o a quedar desempleados.

Para tratar de solucionar estos problemas, De Venanzi elaboró dos proyectos, la creación de un “Sistema de reconocimiento de los investigadores activos de la Universidad Central de Venezuela” y el de la “Fundación del sistema de incorporación de recursos humanos para el desarrollo científico universitario”. Para la XXXIII Convención de AsoVAC, la APIU propuso un foro sobre “La carrera del investigador científico”. En la ponencia que presentó De Venanzi analizaba que si bien en términos absolutos entre 1970 y 1977 el número de investigadores había ascendido de 2.536 a 3.464, que la cantidad de organizaciones científicas había aumentado de 311 a 406, y que para 1980 la inversión en ciencia llegaba a cerca de 750 millones de bolívars, al expresar estas cifras en relación al crecimiento poblacional, el índice de investigadores por cada millón de habitantes sólo había crecido de 247 a 272 en esos años, y la inversión en ciencia en relación con el producto territorial bruto era apenas del 0,29%, cuando lo mínimo que se estimaba necesario era el 1%. La proposición que hizo recomendaba aumentar el potencial científico del país y organizar un sistema de captación de recursos humanos creando la carrera del investigador científico. Este sistema debería estar adscrito a un organismo dependiente del CONICIT, y en una escala más reducida a los CDCH

de las universidades. Su meta sería la incorporación de varios centenares de científicos, cuidadosamente seleccionados mediante normas precisas de evaluación de credenciales, los cuales serían adscritos a las universidades, centros de investigación y laboratorios industriales, siendo pagados por el sistema, que además les proporcionaría protección social y escalafón; la permanencia en el programa estaría sujeta al rendimiento.

En la XXXVI Convención de AsoVAC, la APIU presentó el Proyecto de un Sistema Nacional de Protección al Investigador y Promoción de Nuevos Investigadores (SINAPROIN), elaborado por el Consejo Directivo de 1986, lo cual –según Tosca Hernández, Vice-Presidenta de la Asociación para ese momento–, contó con el aval de De Venanzi y se inspiró en varias de sus proposiciones, aunadas a otras fuentes. Del Foro que se realizó en la Convención resultaron dos documentos, uno de la Sociedad Galileana de la Universidad Simón Bolívar y otro de la propia APIU, que dieron origen a una serie de programas de incentivos a la actividad científica y tecnológica tanto del CONICIT como de varias universidades. Estos programas entraron en vigencia después de la muerte del Dr. De Venanzi.

La producción científica

Ya hemos comentado que sus primeros trabajos fueron en el área de nutrición. Al final de su vida Francisco De Venanzi vuelve sobre estos temas, al crear dentro de su Sección de Investigaciones Metabólicas y Nutricionales un laboratorio destinado a evaluar la situación nutricional de los habitantes de Caracas. Los resultados de este estudio se publicaron después de su fallecimiento. Sin embargo un área que lo apasionó a lo largo de los años fue la investigación del metabolismo de los carbohidratos y la diabetes, especialmente a través de los cambios del fósforo inorgánico que circula en el plasma, la toma de glucosa por los tejidos del organismo, y la regulación que sobre estas funciones ejercen las hormonas insulina y glucagon. Sobre estos temas tuvo un enfoque integral, comenzando desde lo que sucede en el ser

humano, el estudio experimental en órganos aislados como el hígado y el músculo de la rata, hasta llevarlo, junto con sus colaboradores, a lo que sucede a nivel de la membrana de la célula.

Cuando no existían los métodos que luego se desarrollaron para la medición de la insulina, propuso una prueba sencilla que utilizaba la relación de las medidas de los cambios de la glucosa y del fósforo inorgánico como índice de la función del páncreas; este trabajo originó numerosas publicaciones en revistas internacionales y nacionales. Ya en el primer número de *Acta Científica Venezolana* encontramos “El fósforo inorgánico del suero durante la prueba de Exton-Rose”. En ese tiempo aún no se hablaba de la resistencia a la insulina, que ha cobrado tanta importancia hoy en día, pero esto ya se vislumbraba en sus trabajos, lo cual ha hecho que los mismos sigan siendo citados a más de treinta años de haber sido realizados, como observa la Dra. Bécemberg.

Al comenzar a investigarse en el país el problema del Síndrome Parapléjico del Ganado, enfermedad de causa desconocida que produce la muerte del ganado bovino, especialmente de las vacas en estado de gestación, De Venanzi participó en los estudios que trataron de dilucidar los factores generadores de dicho mal, midiendo los niveles de fósforo y calcio en los huesos de los animales fallecidos, especialmente en época de lluvia, cuando ésta produce que los terrenos de los pastos disminuyan su contenido mineral, induciendo carencia de esos elementos en los animales.

En 1956, después de los brillantes estudios sobre el Bocio endémico que demostraron la deficiencia de yodo como su causa, presentó junto a Marcel Roche y Eduardo Coll García un programa de prevención de dicha enfermedad, a través de yodificación de la sal para el consumo. Este plan fue puesto en marcha por ENSAL en 1976. En 1984 se hizo la evaluación de los resultados en un trabajo conjunto del Instituto de Medicina Experimental y el Instituto Nacional de Higiene; Ana G. Briceño y María J. Carucci publicaron el trabajo encabezado por el nombre de Francisco De Venanzi, en la revista *Interciencia* en el año 1990, cuando él ya había fallecido.

La Sección de Investigaciones Metabólicas y Nutricionales

En 1978 De Venanzi deja de ser Jefe de la Cátedra de Patología General y Fisiopatología. Continúa con sus trabajos de investigación y en 1980 su laboratorio pasa a ser la Sección de Investigaciones Metabólicas y Nutricionales del Instituto de Medicina Experimental.

Al no estar en la Cátedra, el bedel encargado de lavarle el material de laboratorio sólo podía hacerlo en horas no hábiles, y él tenía que pagarle. El único privilegio que conservó el Dr. De Venanzi después de salir del Rectorado fue el de revisar las revistas científicas que iban llegando a la biblioteca, antes de que fueran incorporadas a ella.

De Venanzi fue invitado a participar en un Congreso de Bioquímica que hubo en Bogotá, presidía un foro, tenía programada una charla y además llevaba un trabajo. Al solicitar a la Facultad el viaje para dos personas sólo le fue concedido un cupo. Llamó a Peña, y le dijo que asistiera él, ya que este último había tenido una participación importante en el trabajo que quería presentar. El Dr. José Melich Orsini estaba de Embajador de Venezuela en Colombia e invitó a una recepción la primera noche del Congreso a varios de los participantes en el mismo. El Embajador solicitó la presencia de Peña, le presentó al Dr. Foglia del Comité Organizador del Congreso, y le dijo que estaban reclamando la presencia del Dr. De Venanzi. Peña dio razones de salud para explicar la ausencia de éste. Sin embargo el Dr. Melich le pidió que los comunicara con De Venanzi. Peña contestó que a esa hora debía estar en el consultorio, que mejor sería llamarlo a las 11 de la noche, cuando ya la esposa lo debía haber buscado y llevado a la casa para la cena. Lo llamaron: "Pancho, soy Pepe Melich, estamos esperándote extrañados, aquí está un grupo de amigos tuyos que reclama tu presencia". Arreglaron el viaje de De Venanzi, una nutrida comitiva fue a esperar al aeropuerto y pudo participar en los últimos días del Congreso.

Cuando en 1981 el Ministro de Educación designó una Comisión de 58 miembros para elaborar el Anteproyecto de Ley de Educación Superior presidida por Miguel Layrisse, éste se entrevistó con De Venanzi

para que fuera Asesor. Presidió una Comisión junto con José Manuel Delgado Ocando, Luis Manuel Peñalver, Rafael Pizani y Pedro Rincón Gutiérrez. El Dr. Layrisse dice que muchas de las opiniones de esa Comisión fueron recogidas en el anteproyecto de Ley que fue introducido ante el Congreso de la República en 1984.

El Dr. De Venanzi recibió su jubilación como profesor de la Universidad Central de Venezuela en 1983, pero continuó trabajando en su sección de investigación.

La última clase magistral

El Dr. Fuad Lechín, al ser nombrado Jefe de la Cátedra de Patología General y Fisiopatología, invitó al Dr. Francisco De Venanzi a dar la clase inaugural del curso de ese año. Refiere Francisco Peña que la enfermedad estaba bastante avanzada y que lucía cansado: “De Venanzi me confió –yo no me puedo negar a dar esta clase magistral, pero la verdad es que no me siento en estado de salud para hacer eso, estar parado allí durante ese tiempo, revisar lo que tengo que revisar para prepararla, porque quiero dar una buena clase, que posiblemente sea mi última clase magistral en la Cátedra-. Yo le oí muchísimas clases magistrales a De Venanzi y creo que fue la mejor. A la salida el Dr. Fuad Lechín me dijo: “¡Qué clase magistral! Ahí se une la formación médica con la humanística y el talento. Era de aplaudírsela y así mismo se lo hice saber a él-”.

Al cumplir los 70 años

El 12 de marzo de 1987, la Facultad de Ciencias de la Universidad Central le rindió un homenaje al Dr. De Venanzi. En el acto intervino el Dr. Tulio Arends, quien era Presidente del CONICIT y Ministro de Estado para la Ciencia y la Tecnología. Después de hacer un recuento de la vida de De Venanzi y referirse a sus cualidades como científico, habló de sus líneas de investigación y se expresó del proyecto relacionado con el Síndrome Parapléjico en Santa María de Ipire como el más importante de toda su vida, observación que contrasta con los

problemas que estaba teniendo ese proyecto para lograr el financiamiento de su segunda etapa. Los colaboradores del Dr De Venanzi dicen que las razones dadas al respecto por el Dr. Arends eran que, según la evaluación del proyecto, el Dr. De Venanzi no estaba rindiendo, que no evolucionaba, que no estaba publicando en buenas revistas. Finalmente le aprobaron los fondos, pero la enfermedad y la muerte no le permitieron efectuar esa etapa, que otros continuaron.

El día de ese cumpleaños Kalinina Ortega publica en *El Nacional* una entrevista: “De Venanzi, con quien conversamos largamente ayer, dijo cosas, muchísimas cosas que forman su credo de hoy, como hombre, como científico y como ex rector de la Universidad Central de Venezuela. Pero, fundamentalmente, como hombre común del pueblo que es”. En el “Credo”, De Venanzi va pasando por lo relativo al Estado: “Creo en la concepción socialista democrática del Estado, y en la democratización de la democracia para la libertad plena del hombre”, por el acto creador, la búsqueda de la verdad, la distribución equitativa del poder, el conocimiento, las comunicaciones; hay referencias a ciertos sucesos políticos del momento, como la reunión del Grupo de Contadora y la positiva participación del presidente de Colombia Belisario Betancur en ese proceso de paz, si bien Betancur, posteriormente a la muerte de De Venanzi, tuvo una actuación que no resultó cónsona con el comportamiento que éste había admirado. El “Credo” finaliza con el “Creo en el amor, lo más bello, por ser el elemento que le da consistencia a las horas más gratas, sublimiza la emoción, nos confiere relevancia, nos mantiene la ilusión de vivir (...) creo en el amor de mi esposa, de mis familiares y amigos, un dulce bálsamo para las penalidades y un estímulo para perseverar y luchar”.

Sus últimos escritos y conferencias

De Venanzi siempre estuvo presente en la prensa, bien a través de sus artículos, en entrevistas con relación a novedades científicas o en las ocasiones de recibir homenajes. Sus últimos artículos y conferencias son la ratificación de las ideas que mantuvo a lo largo de su

vida y muchas veces el recuento de lo sucedido con la investigación en el país.

En 1985 el Centro de Estudios de Historia Actual y la Cátedra Pío Tamayo de la Universidad Central de Venezuela organizaron un Seminario llamado “La crisis: responsabilidades y salidas”. A pesar de ser un evento fundamentalmente de análisis económico, invitaron al Dr. De Venanzi a dar la Lección Inaugural. Éste se planteó estudiar la crisis como una enfermedad social grave y esbozar su *Physis*, es decir tratar de descifrar su esencia, su naturaleza y el mecanismo de su producción, considerándola como una enfermedad aguda que ha tenido su asiento en un organismo social no sano, y tomando en cuenta los factores condicionantes. Así, con su visión de científico biológico, fue analizando las causas del deterioro social y económico del país y el papel que debía jugar la Universidad en la crisis. Fue una de las primeras veces que se mencionaron las diferencias Norte-Sur y el diálogo Sur-Sur.

La invitación a hablar en la instalación del Consejo Directivo del Capítulo Central de AsoVAC para el período 1986-87, le permitió hacer un recuento de lo sucedido con la ciencia nacional desde la creación de AsoVAC. Para ese entonces habría unas sesenta personas haciendo trabajos científicos en Venezuela, y ahora se estimaba que serían unas cuatro mil; sin embargo, lo ideal era que fuesen 16.000. Se refirió a cómo la crisis económica había mermado los fondos para la dotación de bibliotecas y laboratorios y el financiamiento de proyectos, apertura de nuevos puestos de trabajo y formación de científicos. Lamentó que los gobiernos hubieran tenido una política de “tente allá”, respondiendo limitadamente a la demanda de los investigadores, pero sin darle un impulso de envergadura a esta actividad. Sin embargo, no quiso finalizar sin una nota de optimismo, confiando en el nuevo plan del CONICIT y planteando el impulso de la integración científica latinoamericana.

Su análisis de que el subdesarrollo no puede achacarse sólo a factores externos que dominan el comercio internacional, sino que existen

ciertas características de nuestro comportamiento que contribuyen a éste, fue el tema de su artículo “Las cinco íes del subdesarrollo”. Las enumera como la ignorancia, sobre todo al tomar decisiones en interés de la comunidad; la indolencia, a veces consecuencia de problemas como la desnutrición y la falta de capacitación, pero que aún a nivel profesional se refleja en incumplimiento de horarios; impuntualidad, indiferencia en la tareas de mantenimiento, trabajos que se retrasan y que están mal terminados; el individualismo, cuya manifestación es la viveza criolla o chivatería; la intolerancia, en la cual “la competencia persigue la destrucción de la persona o de la obra que se desea superar, en lugar de la realización de un esfuerzo de superior magnitud que demuestre la propia excelencia”, y la inconstancia, que impide la continuidad del esfuerzo.

En 1986 escribió “Meritocracia e igualdad de oportunidades en la Educación Superior” donde dejó muy claro que la democratización de las oportunidades no significa el descuido de la calidad en la formación:

Las universidades han de mantener una vida dinámica, un proceso de cambio que les permita adaptarse y más aún vislumbrar con anticipación los nuevos requerimientos de la sociedad, modificando para ello sus estructuras cuando así se requiera, renovando los currícula, creando nuevos tipos de estudio, efectuando investigaciones básicas y aplicadas a la problemática nacional. Al mismo tiempo deben preservar sus más valiosas tradiciones vinculadas a la libertad académica, a la identidad nacional, a la prevalencia de los valores intelectuales, éticos y estéticos sobre los influjos circunstanciales que pretendan deformarlos y sustituirlos. (...) La Universidad es una institución esencialmente meritocrática y en consecuencia ha de luchar permanentemente por el predominio de los criterios académicos; al mismo tiempo, debe ser una entidad democrática abierta en el mayor grado posible a la igualdad de oportunidades para enseñar, aprender y trabajar en su seno. (...) Para algunos, los impedimentos a la igualdad de oportunidades se resolverían en la forma tradicional de la aceptación ilimitada; no obstante, esta fórmula no es ya aplicable para una institución determinada y la experiencia ha mostrado que origina una enorme pérdida de recursos. La solución a la vez meritocrática y democrática es hacer selección estricta por capacidad y preparación, acompañada por una

intensa ayuda socioeconómica para los alumnos en situación de desventaja. Para obviar el problema de las diferencias de preparación dependientes del estado socioeconómico, se podrían establecer cuotas de admisión mediante las cuales los alumnos más destacados de cada liceo tendrían las primeras opciones de ingreso. (...) Esta fórmula afectaría en cierto grado a la exigencia meritocrática, pero permitiría un balance más justo con la exigencia democrática.

A raíz de la muerte de Miguel Otero Silva escribió una semblanza sobre él, y éste fue su último artículo publicado en *El Nacional*. Estuvo precedido por “Bocio endémico”, donde hizo el recuento de esta enfermedad en Venezuela, desde que los conquistadores encontraron indios que tenían “paperas que les colgaban del cuello”, y cómo se había llegado a las causas de este mal. Su último escrito fue en *Ciencia al Día*, órgano del Círculo de Periodismo Científico, calificado como un artículo testamentario. En el volumen de septiembre-octubre de *Inter-ciencia*, ya después de su muerte, apareció el texto de una conferencia que pronunció en la Universidad Simón Bolívar en mayo de 1987, “Investigación y docencia en la Universidad”, en el que refirió la historia del surgimiento de las universidades y de cómo la investigación científica se incorporó tardíamente a estas instituciones, apenas en el siglo XIX. Aprovechó para recordar que no puede haber una enseñanza activa sin estimular el pensamiento crítico y la creatividad.

Honores

Fueron muchos los reconocimientos que recibió el Dr. Francisco De Venanzi. Aparte de algunos ya mencionados, recibió el Premio Nacional de Ciencias del CONICIT en el año 1980, compartido con el Dr. Jacinto Convit. El Colegio de Médicos del Distrito Federal le concedió el Premio José Izquierdo. En 1968 le fue otorgada la Orden Andrés Bello en Primera Clase, y la del Libertador en la Sesión Inaugural de la Convención de AsoVAC en 1979. En 1984, los rectores de las universidades venezolanas le hicieron un Homenaje Nacional Universitario. Son muchas las promociones de profesionales y liceístas que lle-

van su nombre. Las universidades del Zulia, Carabobo y Simón Bolívar, al igual que varias latinoamericanas, también lo honraron con premios y distinciones.

Perteneció a diversas sociedades científicas del país, siendo fundador de la Asociación Venezolana de Bioquímica y de la Sociedad Venezolana de Ciencias Fisiológicas. Igualmente fue miembro de varias Sociedades Científicas de México, Brasil, Argentina y Estados Unidos de Norteamérica, entre las cuales estuvieron “The Endocrine Society”, la “American Diabetes Association” y la “Society for the Scientific Study of Religion”. También perteneció a la “Royal Society of Medicine” de Inglaterra.

La enfermedad siempre al acecho

Su salud fue precaria. Desde niño, sus articulaciones comenzaron a molestarle y a lo largo de la vida su condición fue empeorando. Ya en su etapa adulta la deformación era notoria y se fue acentuando progresivamente. La dificultad para caminar hizo que en la puerta del Instituto de Medicina Experimental hubiera que instalar una agarradera para que pudiera apoyarse al subir el escalón de la entrada. El proceso de bajarse del automóvil, hasta llegar a su laboratorio, ayudado de muletas, era interminable. Pero no había ni un día que no fuera a trabajar.

Una vez, a los comienzos de AsoVAC, pidió que no se convocara reunión para esa semana sino para un tiempo después. Por recomendación del Dr. Miguel Pérez Carreño viajó a Nueva York para ser operado de un melanoma. El Dr. Armando Márquez Reverón, entonces estudiante de post-grado en el Hospital Mount Sinai, estuvo presente en la operación, y muchos años después le tocó operar al Dr. De Venanzi de una recidiva de ese tumor. La Dra. María Cristina Di Prisco explica cómo el melanoma que se daba por curado reapareció tantos años después: “Él enferma de un linfoma Hodgkin. Ese linfoma fue tratado con quimioterapia e inmediatamente al finalizar el tratamiento para el Hodgkin empezó a recidivar el melanoma. ¿Tú sabes por qué?, por-

que lo inmunosuprimieron. Su sistema inmunológico ya había llegado a un nivel de protección contra la célula maligna, pero por el tratamiento del Hogdkin se desbalanceó otra vez y empezó a surgir de nuevo el melanoma. Te lo puedo contar porque ya yo era médico, y mi papá me llevaba para que yo lo ayudara con el tratamiento”.

Su actitud de no hacerle caso a cualquier alteración física queda retratada en las anécdotas que cuenta Francisco Peña: “Un lunes a las 8 de la mañana estábamos haciendo un experimento y una venda le asomó por la pierna del pantalón. Me dijo que lo habían operado de las varices, –pero ¿cuándo Dr. De Venanzi? si el sábado estuvimos trabajando. –Me operé el sábado en la tarde”. En otra ocasión, “Maggi, su esposa, me pidió que le regalara al Dr. De Venanzi una jalea que preparaba un químico y que supuestamente servía para aliviar todo tipo de enfermedades, desde artritis hasta cáncer. La salud del Dr. De Venanzi se había venido deteriorando, especialmente la artritis había avanzado mucho. La esposa del doctor me dijo: ‘Si yo se la doy no se la va a tomar, pero a usted si le va a hacer caso’. Cuando vino el cumpleaños del Dr. De Venanzi, yo fui a comprar la famosa jalea, y el señor que la preparaba me preguntó si era para mí o para un familiar, yo le dije para quién era y le expliqué lo que tenía el Dr. De Venanzi. Le llevé dos potes y se los di en presencia de Maggi, más que nada por complacerla a ella, y le insistí que valía la pena probar a ver si tenía algún efecto. El Dr. De Venanzi, por no desairar a su compañero de trabajo y amigo, y a pesar de no creer en ello, se tomó los dos potes de la jalea, aunque su ingestión era bien desagradable. El químico que preparaba la tal jalea llamó al Dr. De Venanzi para preguntarle cómo le había ido con el tratamiento. De Venanzi le contestó que no se sentía ni mejor ni peor. El señor le pidió que hiciera una declaración sobre la tal jalea. De Venanzi le contestó que si quería hacer un ensayo biológico con el supuesto medicamento, él le ofrecía el bioterio, con animales experimentales que tuvieran la enfermedad en la que quisiera probar el efecto, y el laboratorio para las pruebas pertinentes. El señor no lo llamó más nunca”.

El Dr. Andrés Octavio, profesor de la Cátedra de Patología General y Fisiopatología refiere: “Yo lo atendí cuando tuvo el primer infarto. Me avisó el Dr. Luis Fuenmayor que el Dr. De Venanzi tuvo un dolor en el pecho, estaba en su casa, le tomé un electrocardiograma, no salió nada. Al día siguiente tuvo dolor de nuevo, lo hospitalicé y se demostró que era un infarto. Se recuperó y a los 3 años tuvo otro infarto. Como paciente él me hacía que yo le explicara con detalle todo lo que le íbamos a hacer, yo tenía que discutir con él todos los tratamientos. Una vez que él se convencía, los seguía con una obediencia magnífica”. El Dr. Virgilio Bosch, también compañero de Cátedra del Dr. De Venanzi, comenta: “En los últimos años lamenté tanto que él estuviese muy limitado físicamente y que pasaba mucho tiempo enfermo, y él confesó que estaba muy preocupado porque su producción científica era muy baja”. Norma Blumenfeld, esposa del Dr. Bosch y de profesión hematóloga, opina que probablemente tenía una diátesis hemorrágica, uno de esos trastornos hereditarios de la coagulación que provocan sangramientos muy moderados que con frecuencia afectan las grandes articulaciones, y que posiblemente desde niño lo que tenía era hemartrosis.

La enfermedad no le detuvo nunca sus ansias de trabajar. Una semana antes de morir llamó a Peña para que fuera a su casa: “Hizo un plan de trabajo enorme, y me dijo que no iba a poder ir al laboratorio. Al día siguiente lo llevaron a terapia intensiva”.

El Dr. Francisco Antonio De Venanzi De Novi falleció el 12 de septiembre de 1987.

El hombre **terco**

Hay varias facetas del carácter del Dr. Francisco De Venanzi que lo definen y que le permitieron llevar adelante sus proyectos con éxito. Era capaz de detectar las buenas ideas y de darles vida. ¿Cómo lo lograba? Convenciendo a todo el mundo que estuviese involucrado, de participar en su realización. Tenía una inmensa confianza en el poder del razonamiento y sabía hablarle a cada quien apelando a su racionalidad. El doctor Virgilio Bosh comenta: “me tocó ver cómo era en su manera de manejar a los profesores, dándonos una gran independencia; esa era quizás una de las grandes facultades que tenía De Venanzi como conductor de personas que se dedican a la investigación o a cualquier tarea académica: te daba tu responsabilidad, te definía tus límites y te entregaba entonces, el enorme peso de la libertad. Siempre dispuesto a ayudarte si tu acudías a él para testigo de algún grupo de datos, pero siempre al final tu quedabas con esa sensación de que, bueno, yo estoy contigo, pero esto no es mi problema, es tu responsabilidad personal”. Según el Dr. Raimundo Villegas: “...él jamás me dijo no haga eso, sino siempre, ¿Y porqué lo está haciendo? ¿Usted cree que mejor es hacerlo así o hacerlo distinto? Por eso es que yo considero que él fue más que mi instructor de laboratorio. Fue mi mentor como

lo llaman ahora, que te orienta a pensar y disfrutar de las cosas que estás haciendo”. El doctor Jesús Alberto González Vegas, quien lo acompañó en las tareas de planificación de la APIU y del Postgrado en Ciencias Fisiológicas, opina que el éxito de De Venanzi estuvo en que él tenía un proyecto trazado a largo plazo, que sabía lo que quería y tenía “esa terquedad que se convierte en virtud cuando tú ves los resultados producidos por ese tesón”. Ante la pregunta de si De Venanzi era autoritario, el Dr. Andrés Octavio responde: “Cada vez que trataba de hacer valer una idea, trataba de convencer. Cuando no lograba convencer, lo sometía a consideración de todos. Era un demócrata. El problema es que tenía mucho peso, cada idea de él pesaba mucho”. Freddy Muñoz, quien fue representante estudiantil en el Consejo Universitario, nos ilustra sobre cómo De Venanzi podía lograr la aprobación de muchas cosas en ese cuerpo colegiado: “Mi primera percepción era la enorme inteligencia de De Venanzi para moverse en situaciones complicadas en ese entonces. De Venanzi terminó haciendo que la gran parte de las materias discutidas y que requerían votación (porque en otras cosas estábamos de acuerdo todos), casi todos los asuntos de discusión verdadera, con elementos políticos en el fondo, terminaban a favor de lo que él proponía. Porque él tenía una manera extraña, sabía tocar las teclas más apropiadas. De Venanzi sabía que Luis Villalba Villalba era de derecha por convicción, urredista por su relación familiar con Jóvito, pero que era un hombre honesto y por ratos sensible a los planteamientos constructivos. El voto de Villalba Villalba siempre estaba del lado progresista. Victor Fossi, el Decano de Arquitectura, muy de derecha, muy inteligente, muy hábil, tenía una percepción ‘Universitaria’, como se decía en la época, de las cosas de la Universidad, y entonces De Venanzi apuntaba también hacia Fossi, no diciéndole: Dr. Fossi tal cosa, sino que yo fui dándome cuenta de que De Venanzi estaba diciendo discursos que le iban llegando a una gente que de no ser De Venanzi el que estuviera allí, votarían de manera distinta sobre cuestiones bastante controversiales”. El Dr. Gustavo Arinstein, en el vigésimo quinto aniversario de AsoVAC, tituló su discurs-

so “De Venanzi o la terquedad creadora”, en el cual dijo: “Y De Venanzi siempre a su lado (de la ciencia venezolana), como el primer escudero de la lucha, soportando las embestidas adversas sin rechistar, con la mirada fija en el objetivo propuesto. A base de convicción, de sudor impoluto y de inagotable terquedad fue cimentando bastiones sobre los que hoy sustenta su modesta pero digna existencia esa ciencia venezolana”. Y al nombrar las instituciones científicas existentes agrega: “...son, en porción muy considerable, la vigente vivencia institucional de la terquedad creadora de Francisco De Venanzi”.

La dedicación absoluta y la noción de compromiso

Este sentido del compromiso se le hizo patente a su familia. Su hijo Augusto, a la pregunta de si siendo un niño no lo aburría tener un padre que estaba siempre estudiando, leyendo y escribiendo, respondió “Bueno, la verdad es que no, a mi más bien me parecía interesante ver a una persona que tuviese un interés tan intenso por algo y eso me llamaba la atención. Una persona que estaba haciendo algo que lo apasionaba de verdad representaba algo importante, de manera que, más que verlo como una persona aburrida yo lo veía como una persona interesante porque esas actividades involucraban viajes a congresos, publicaciones, viajes internos dentro de Venezuela donde yo lo acompañé de pequeño, de manera que de ninguna forma lo vería como aburrido. Quizás diría que como eso lo absorbía tanto quizás había un espacio familiar que faltaba llenar con la enorme dedicación que le puso a la Universidad”. Su sobrina, la Dra. Maria Cristina Di Prisco, resalta que poseía ese sentido de responsabilidad de decir las cosas, de comunicarlas de forma que los jóvenes las aprendieran, “aquí hay investigadores maduros que hacen muy bien su trabajo, pero no sienten la responsabilidad de transmitir eso y de decir por qué es importante. Una persona con ascendencia, con capacidad de comunicarse y con conocimiento de lo que está haciendo, tiene esa responsabilidad. Hay mucha gente que lo evade, quizás por miedo o porque no se dan cuenta de la importancia que esto tiene”.

El sentido de justicia

Afirma el Dr. Bosch: “Puedo dar el testimonio de que jamás en la vida vi en el Dr. De Venanzi el menor vestigio de que él, para juzgar a alguien que iba a entrar en la Cátedra o a alguien que tenía algún problema, bien fuera estudiante o profesor, hiciera pesar el problema político en sus decisiones. De Venanzi fue una de las personas más realmente justas que yo he visto en el trato con las personas que trabajaban a su alrededor, en cuanto a que pesara su ideología, sexo, religión o color, ni las preferencias políticas, porque eso sí se sentía en el medio universitario y todos nosotros conocemos a magníficos profesores que indudablemente fueron sesgados en ese sentido dentro de la Universidad”. La periodista Kalinina Ortega recalca que él valoraba a la gente por sus actuaciones y que siempre se regía por los conceptos de democracia, participación, disciplina y respeto.

El mismo De Venanzi habló en una entrevista de 1963 sobre la imparcialidad: “El caso del personal administrativo y auxiliar es un claro ejemplo de la posición imparcial y de respeto que se ha mantenido en la Universidad hacia todas las tendencias. No ha procedido nunca a solicitar la adhesión política o ningún credo para ingresar al personal o para mantenerlo, ni a interferir en los procesos electorales, que a veces son ganados por el grupo oficialista y otros por el grupo de oposición, los dos grandes matices en que se dividen los empleados y obreros. Por otra parte, se remueve el personal cuando es necesario y justo, cualquiera que sea su posición ideológica”.

La tranquilidad y el optimismo

“Él sabía que lo que estaba haciendo era importante y sin embargo nunca era un individuo arrogante. Algo extraordinario que lo vimos una y mil veces, era que discutir con De Venanzi, oponerse a alguna cosa que él quisiera defender científica o de organización de la cátedra, tenía la mayor tolerancia del mundo. Eso sí, terco como una mula, si tú te oponías a él, él te aceptaba todo, pero tú tenías realmente que convencerlo y no era fácil”, relata Virgilio Bosch. Dice su sobrina: “En realidad

él no era así una persona que perdiera los papeles, ni gritara en ningún momento. Él tranquilizaba a las personas. Era así, pero al mismo tiempo era firme como un roble. No se dejaba doblegar ni por la enfermedad". En opinión de su hijo: "Yo diría una cosa que aprecié en él desde que yo era pequeño, tenía un vigor y un temple muy fuerte, porque la verdad es que nunca lo veía apesadumbrado sino más bien siempre con un optimismo desbordante. Por lo general la gente más blanda se deja afectar mucho por las circunstancias. Un aspecto que yo resaltaría mucho es el gran amor que tuvo por la Universidad Central; ya por los años 80, cuando ya había pasado mucho tiempo desde que fue Rector, sus amigos lo visitaban y le presentaban quejas de todo tipo sobre la Universidad, la decadencia de los valores académicos, él siempre buscaba un ángulo positivo para defenderla. Eso es una cosa que fue muy marcada, siempre la búsqueda de un ángulo que favoreciera a la institución. Nunca se dejaba arrastrar. No recuerdo haberle oído nunca una opinión destructiva sobre la Universidad. Estaba consciente de los distintos problemas que había, pero lo que hacía era proponer ideas para resolverlos".

Una personalidad con "barandas"

Dice Andrés Octavio: "Él no era un hombre afectuoso, era un hombre respetuoso. No atropellaba a la gente. Era muy respetuoso de las leyes, un demócrata. Creía en las leyes y en las instituciones". Según Peña: "No tenía carisma para que la gente lo quisiera, sino para que lo respetaran. Se imponía por su autoridad moral. (...) Él era una persona que en cierta forma causaba cierto distanciamiento, una persona seca, una persona muy distante de las cosas, pero en el fondo tenía una calidad humana más importante que muchos que pegan gritos y que saltan". Su alumna y colega de investigación Itala Bécemberg dice que era un hombre cordial, elegante y coqueto; y Kalinina Ortega apunta por su parte: "había algo mágico en ese señor (...) era feo, pero tenía una mirada suave, muy tierna y una voz muy acariciadora, entonces cuando hablaba con esa suavidad, sin perder la autoridad porque era contundente, te enamoraba".

La caballerosidad, el buen gusto y la generosidad fueron otras de sus características. Disfrutaba de compartir la buena mesa de su casa con sus colegas y amigos, los cuales recuerdan con especial agrado sus invitaciones navideñas. En la biblioteca del Instituto se recibía al fin del año una cesta con un presente para cada una de las personas que allí trabajaban.

El humanista

El hijo del Dr. De Venanzi, Augusto, es sociólogo. Pudo familiarizarse con varios autores de esta disciplina a través de la colección de libros, no solamente de humanidades sino de sociología en particular, que su padre había traído de los Estados Unidos al regreso de sus estudios de postgrado, cuando Augusto aún no había nacido. “Allí en la biblioteca había bastantes libros clásicos de sociología, de historia y biografías de los grandes científicos, desde los antiguos hasta los modernos. (...) Sus tres temas centrales eran ciencia, universidad y sociedad”. Hemos comentado su habilidad y su gusto por el dibujo y la pintura. Su hermana cuenta que para la construcción de su casa “Antañona”, él mismo hizo todos los diseños y luego se buscó un arquitecto y un ingeniero, pero basado en lo que él quería, siempre con la idea de una casa de estilo colonial. Para su construcción se paseó por Caracas y el interior para ver algunos detalles en diferentes viviendas, un balcón, una columnata, y después hacía los bocetos a su gusto. El pórtico de la casa fue tomado de una casa colonial de Acarigua llamada “La Gomera”.

El Dr. González Vegas tuvo el gusto de compartir con él una visita a la Pinacoteca de Munich donde De Venanzi llamó su atención sobre un pequeño cuadro de Jan Stefan de Calcar, quien fue ilustrador del libro fundamental de anatomía humana escrito por Andrea Vesalio. Disfrutaba de los conciertos en el Aula Magna. En uno de sus artículos de divulgación científica, en el libro *Perfiles de la ciencia moderna*, describe el gasto en calorías que ocasiona el tocar distintos instrumentos musicales y refiere que un director de orquesta solamente gasta

2,5 calorías por minuto, pero finaliza comentando que seguramente esos estudios no se hicieron con el enérgico director Sergio Celibidache. Mostró siempre su preocupación por el deterioro ciudadano: “Los índices de mal gusto y del poco apego por mantener un entorno físico hermoso y limpio, se notan a cada paso entre nosotros. La suciedad se evidencia en forma alarmante en sitios públicos (...) y afecta incluso a la higiene elemental. Despertar el anhelo por lo bello es importante en la creación de incentivos sociales para el progreso. Una comunidad sin aspiraciones para superarse en el plano estético, es un grupo humano ligado al atraso y la ignorancia”. En relación con una exposición de arte colonial venezolano escribió: “se plantea hoy a Venezuela la necesidad de definirse como una colectividad autónoma en los dominios de la cultura y de la ciencia, de la economía y de la política. Esta aseveración no implica en manera alguna que deba propiciarse una actitud de aislamiento del concierto universal de las naciones. La autonomía cultural del país habrá de definirse con nitidez a través de dos grandes vías convergentes: la búsqueda de nuestros propios valores y la plena compenetración con la universalidad”.

El docente

Para los estudiantes de Fisiopatología, la voz del profesor De Venanzi era monótona, lo cual sumado a que sus clases teóricas eran a la una de la tarde las hacía poco atractivas. Sin embargo, su contenido era tan bueno que era un placer leerlas. Lo mismo sucedía con sus discursos, los cuales han sido recogidos en los dos volúmenes de *“Palabras para una gestión universitaria”* 1958-1961 y 1961-1963, en el *Homenaje con motivo del I aniversario de su muerte. Boletín del Archivo Histórico* (Ediciones de la Secretaría de la UCV) y en varias revistas. En palabras de Freddy Muñoz: “Otra gran impresión que tuve de él me la dieron sus discursos en dos actos de graduación. Estos discursos suelen caracterizarse por ser rituales y de poca elevación. Al contrario, los de De Venanzi elevaban todo. El hombre hablaba de la Universidad, pero también del país, de cultura, de ciencia y del deber que te

níamos todos de ascender a un nivel superior, no sólo haciendo postgrados y doctorados, sino por vía del estudio personal de las grandes cosas del mundo (...) entonces yo descubrí al De Venanzi filósofo y en la medida que lo descubrí, mi respeto por él fue siendo mayor, pero también mi afecto”.

Al entrevistar a algunos de los profesores de la Cátedra de Patología General y Fisiopatología, nos enteramos de que la muerte lo sorprendió sin haber culminado su deseo de publicar un libro de Fisiopatología, en el cual se recogería su experiencia docente, y al que le había puesto fecha. La Dra. Bécemberg agrega: “cuando uno lo tenía a su lado, uno no se daba cuenta de que éramos como una esponja absorbiendo todas sus enseñanzas, parecía natural, pero luego empezamos a comparar con aquellas personas que no lo tuvieron cerca”.

El Dr. Bosh cuenta que en relación a la evaluación de los estudiantes era muy severo, quería que las preguntas fueran bien profundas, pero era tolerante con ellos y si pedían un cambio de fecha de los exámenes, él los complacía. El Dr. Octavio igualmente dice que velaba por los estudiantes y que siempre saludaba a los que encontraba a su paso.

Propició la dedicación exclusiva de los profesores en toda la Universidad. En el relato del Dr. Bosch se aclara por qué, en la propia Cátedra de De Venanzi, algunos de los profesores tenían una dedicación menor, lo que les permitía el ejercicio de la Medicina:

en la Cátedra de Fisiopatología era muy importante que los profesores pudieran haber tenido una vivencia personal con el paciente y que hubieran ejercido la Medicina, porque el dominio de la materia te obligaba a haber tenido experiencia personal con el tratamiento de pacientes. Desafortunadamente nunca hubo una integración adecuada entre el Hospital y el Departamento de Ciencias Fisiológicas. No hubo nunca una estrategia formal de la Facultad de Medicina de concebir al Hospital Clínico como un enorme y poderosísimo instrumento de investigación tanto aplicada como básica. A todos nosotros, cuando nos contactaba, De Venanzi nos proponía que fuéramos a dedicación exclusiva. Yo nunca pude tomar esa decisión. La línea directriz fundamental que yo percibo que él tenía, era la de una cátedra que tenía que servir de enlace entre las ciencias

básicas, que dan el soporte científico de la Medicina, y las ciencias clínicas que se ocupan ya de la persona enferma, y que la cátedra nuestra estando allí justo en la mitad de ese intervalo entre la ciencia básica y la clínica, debía servir de puente, ese era como el motivo fundamental en el desarrollo de la misma.

El Dr. Andrés Octavio había pedido concurso para dedicación exclusiva, pero sus trámites se habían atrasado y ya tenía tres años en la Cátedra; le pidió entonces una reducción de la dedicación al Dr. De Venanzi; a pesar de que éste no estuvo de acuerdo, el cambio se aprobó. Una vez que la Universidad lo había aceptado, De Venanzi no sólo no objetó que Octavio hiciera su ejercicio de la Medicina, sino que hasta le remitió un paciente. Sin embargo, De Venanzi les abrió las puertas de su Cátedra a profesores que no eran médicos, siendo el primero Germán Camejo. Al parecer de la Dra. Itala de Bécemberg, la Facultad de Medicina no tiene la marca de De Venanzi, porque él no fue Decano.

Era sumamente estricto con el cumplimiento de los horarios, “majadero hasta el extremo”, señala Bosch, haciendo que los profesores marcaran tarjeta. “Había una persona dentro de la cátedra que intentó marcar tarjeta e irse, y el Dr. De Venanzi, que desde su oficina podía ver el estacionamiento, se dio cuenta de que este caballero marcaba y se iba, y lo llamó. Después esa persona me contó: –El maestro me quitó un peso de encima, me dijo que yo me sincerara con él y que le dijera que yo no podía cumplir el horario y entonces me dio la oportunidad de renunciar–. Así lo hizo este profesor, quedando muy agradecido a la Cátedra por la forma de su salida”.

La Dra. Bécemberg relata: “Los días dos de enero el Dr. De Venanzi llegaba a los laboratorios tocando la puerta, sí, para dar el feliz año, pero también para ver quien había venido a trabajar”.

En un escrito publicado al año de la tragedia de Las Azores, en la cual perdieron la vida casi todos los integrantes de entonces del Orfeón de la Universidad Central, De Venanzi puso de relieve una especial labor formadora de la juventud:

En la Universidad existen dos cátedras ignoradas por todos, pero que tienen real vigencia. Las regenta el Rector y cumplen un papel de trascendente significado. La primera –ejercicio de la discusión y el diálogo permanentes– se refiere a la educación de los dirigentes estudiantiles y va a ejercer su influencia a largo plazo sobre los destinos de la Nación. La segunda es el Orfeón Universitario. A través de las intervenciones del Rector en los innumerables actos a los cuales concurre con el Orfeón, sus integrantes asimilan la filosofía que anima a la dinámica vida institucional. Los estudiantes del coro pueden así entender las razones que fijan la trayectoria de la Universidad y los obstáculos que se oponen a sus realizaciones; la orientación que se pretende impartir a los graduados para que en su labor hagan efectiva la aspiración civilizadora del Alma Mater; la adhesión a los valores ligados al cultivo y difusión de las ciencias y las artes; la comprensión de la problemática nacional y el empeño de la institución universitaria por asimilar con toda plenitud su papel de instrumento capital del desarrollo. Todo ello explica la frecuencia con la cual, entre los alumnos que fueron partícipes de las tareas del Orfeón, se encuentren destacadas figuras que han logrado aunar sus conocimientos técnicos con una elevada capacidad de percepción artística y una visión general coherente y constructiva de la realidad nacional.

Como ejemplo de la primera de estas “cátedras”, el entonces dirigente estudiantil Freddy Muñoz contó al ser entrevistado:

En el velorio de un universitario, cuyo nombre ahora no recuerdo, De Venanzi, que era nuestro amigo, respetado, querido por nosotros, pero que además nos quería, quería a Américo Martín, quería a Víctor Ochoa, me quería a mí. Víctor era miembro del Comité Ejecutivo de la Federación de Centros Universitarios, Américo Presidente y yo Secretario General. Esa vez nos llamó y nos dijo: ‘Yo quiero hablar con ustedes acerca de una idea que tengo. Ustedes son jóvenes pero están muy politizados, tienen cultura política, ustedes ya son dirigentes de sus partidos y dentro de algunos años ustedes van a ser los dirigentes, o van a estar entre los más altos dirigentes de sus partidos. Lo que quería proponerles era que consideren la posibilidad de que el Partido Comunista, al cual pertenece Freddy, el MIR al cual pertenece Américo y la Izquierda Urredista a la cual pertenece Víctor, promuevan la fundación de un partido socialista, que tenga entre sus valores fundamentales, la democracia, si, pero también la justicia, en tanto

pueda existir, porque la justicia deseable no necesariamente tiene que darse, no es fatal que se de en la historia'. Todo esto retrata a un personaje de excepción, que por lo tanto no podía colocarse al margen de la política, pero en tanto Rector, no la practicaba desde su campo que era el del progresismo, o lo que llamaríamos el socialismo en democracia.

También había una tercera cátedra, que De Venanzi no menciona en ese artículo, y es la de los estudiantes que vivían en las residencias universitarias. Así vemos en el semanario *Universidad Central* la fotografía de un grupo de muchachas de la residencia visitando la exposición de 100 años de pintura francesa, conducidas por el profesor Santiago Magariños de la Escuela de Arte, u oímos comentar sobre las visitas frecuentes del Rector, no anunciadas, para sentarse a conversar con los estudiantes de las residencias. No sólo se ocupaba de su formación integral, sino que los protegía de las contingencias políticas. En uno de los allanamientos pidió tiempo para poner a salvo, fuera de la Universidad, a todas las muchachas de la residencia femenina. En otra ocasión envió a buscar a Américo Martín, Víctor Ochoa y Freddy Muñoz, que vivían en la residencia, con el Jefe de la seguridad interna de la Universidad, para que fueran al Rectorado. Después de conversar un rato, los invitó a ir a su casa; ellos respondieron que estaban siendo buscados por la policía. De Venanzi les dijo: "A esta hora no hay policía política que esté pendiente de ustedes, además yo voy a manejar mi automóvil, no lo va a manejar el chofer del Rector". Fueron a su casa, allí tomaron algunas bebidas y conversaron largamente. Relata Freddy Muñoz: "De Venanzi nos servía el trago, en un momento dado dijo -espérense un momento- y se apareció con una caja de bombones. Uno de nosotros dijo -Dr. De Venanzi, eso no pega, whisky con chocolate-, a lo cual él respondió -sí pega y mucho- y nos dio una explicación sobre la protección del hígado. Se hizo de noche, nos llevó al edificio del Rectorado, terminó de hablar con nosotros y después agregó: -váyanse ustedes a la residencia, en otra ocasión vamos a continuar nuestra conversación".

Formador de investigadores

Antes de la creación del postgrado en Ciencias Fisiológicas, De Venanzi opinaba que el pregrado debía hacerse en el país y el postgrado en el exterior. Él hacía mucho énfasis en ese aspecto y estimuló y motivó a muchos investigadores en el área médica para salir al exterior; lamentaba bastante cuando alguno se quedaba y no volvía, trataba de recuperarlo, lo que en algunos casos no fue fácil, según dice Virgilio Bosh, y continúa su relato: “La otra fuerte directriz que él tenía es que un profesor universitario para serlo realmente, para que pueda cumplir su misión de sembrar el amor por la investigación y el desarrollo académico debía participar de algún modo en el esfuerzo de producción de nuevos conocimientos. Él consideraba que eso era indisoluble, no podías ser un buen profesor universitario integral si tú mismo no participabas del proceso de búsqueda de nuevos conocimientos, independientemente de la brillantez o de la solidez con que tú lo hicieras, y que eso te colocaba en la posibilidad de poder transmitir a los estudiantes ese mismo paradigma. Sin embargo tenía gran respeto por esa gente que daba clases muy buenas y que no participaba en la creación de conocimiento”.

A los pocos días de haber entrado a trabajar con el Dr. De Venanzi, ya éste le estaba diciendo a la Dra. Bécemberg que fuera al Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico a llenar una planilla de solicitud de fondos para el trabajo de investigación que iba a realizar: “A De Venanzi no le importaba mucho si uno daba clases o no las daba o cómo las daba. Él decía que eso se arreglaba en el camino. Lo que importaba era dónde estaban los resultados de los experimentos”. Sin embargo, Flor Barnola –según Francisco Peña–, no quería dar clases por su timidez y porque quería dedicar todo su tiempo a la investigación; pero De Venanzi le dijo que para su formación era necesario que ella dictara clases tanto teóricas como prácticas, y ella terminó por irse al IVIC.

Cuenta su asistente Mario Martínez que a un estudiante que quiso hacer un trabajo de investigación lo tuvo por dos meses calibrando

tubos; al Dr. Bolívar Pereira, estudiante también en ese tiempo, lo sometió a una prueba parecida, y cuando Martínez le preguntó que para qué era necesario eso, De Venanzi respondió que la investigación era 95% de trabajo y 5% de inspiración.

Según Bosch, él tuvo una gran predilección no oculta entre sus discípulos por Raimundo Villegas. Éste comenzó a trabajar en la Fundación Roche cuando era estudiante de Medicina: “El Dr. De Venanzi me ofreció trabajar, y eso fue lo que hice, con la elasticidad del tejido conjuntivo; entonces trabajé con la cola de la rata, ni siquiera con la rata completa, como 4 años. Eso me permitió conocer el síndrome de Lermont, que no se había descrito en Venezuela y que consistía en la hiperelasticidad de la piel. El suero del paciente, inyectado a la rata le inducía la misma cosa, la cola se le hacía mucho más elástica. Con ese trabajo me dieron el premio Luis Razetti de la Academia de Medicina, que según creo fue la primera vez que se lo daban a un estudiante”. Mientras Villegas estuvo haciendo su Doctorado en los Estados Unidos mantuvieron una rica correspondencia:

él me daba consejos de cómo debía manejar las situaciones y creo que eso nos acercó muchísimo porque creo que él sentía lo que yo sentía (...) él me enseñó una cosa, que tú puedes tener suficiente satisfacción de la vida haciendo investigación, que hay un disfrute en hacerse preguntas y buscar respuestas. El nivel de las preguntas y de las respuestas, es lo que te enseñó a leer para entender lo que se sabía y lo que no se sabía, porque a ti se te puede ocurrir una idea que ya estaba resuelta, entonces cómo buscas importantes campos de fronteras en los cuales tú llegas donde realmente nadie sabe cuál es la respuesta y te interesa el tema. Yo creo que en eso el Dr. De Venanzi fue ejemplar, inclusive con lo que él hacía. (...) La ciencia no es solamente la ciencia; al que le gusta la ciencia, dependiendo un poco de la educación que tenga, le gusta la música, le gusta la pintura, le gustan todas las obras creativas, es como sacar cosas que tú ignoras y cuando las ves quedas asombrado con ellas y sientes un gran placer en verlas y eso es igual a lo que siente un músico o un pintor con la obra. (...) Cuando tú me dijiste de hablar de De Venanzi, yo no sé, porque de verdad la influencia ha sido tan grande, que es indescriptible, que es así como si te preguntaran ¿qué te dijeron tus papás? Él me enseñó la toleran-

cia, nosotros no teníamos las mismas simpatías políticas, pero él nunca me hizo críticas de eso. Él me regalaba cosas tratando de cambiar mis puntos de vista. En navidad siempre me regalaba libros de Bertrand Russell.

El comunicador

Desde muy joven De Venanzi comprendió la importancia de hacer partícipe al común de las personas de lo que la ciencia puede aportar a sus vidas. Así se hizo la disciplina de escribir para el público, en un lenguaje sencillo, no exento de humor y de un cierto vuelo literario, sus trabajos divulgativos. Cuentan sus familiares que los domingos en la mañana, después del desayuno, se dedicaba a escribir el artículo de prensa de la semana siguiente. Tuvo por largo tiempo en el diario *El Universal* una sección llamada “¿Le gusta a Ud. la Medicina?”. En 1959 salió publicada una recopilación de 21 artículos suyos bajo el título de *Perfiles de la ciencia moderna*. Muchos artículos fueron publicados en el diario *El Nacional* y en varias revistas. Aparte del tema universitario, comentaba los últimos adelantos de la ciencia, la responsabilidad social de los científicos, la política internacional con relación a la amenaza nuclear. Algunos escritos versan sobre una visión sociológica del venezolano, como por ejemplo en “Khronos”, en el cual trata de la forma particular del uso del tiempo, o analiza su conducta ciudadana. Una selección de sus artículos y otros escritos aparecieron en su libro *Reflexiones en siete vertientes*, publicado en 1969. También usó la radio y la televisión; ya en los comienzos de FundAVAC auspició el programa “Ventana a la Ciencia” y durante su Rectorado se organizó un Departamento de Radio y Televisión. Se transmitían cuatro programas semanales de televisión bajo los títulos de “Venezuela Mira su Futuro” por Radio Caracas T.V., “Problemas Venezolanos” por Televisa, y “Universidad y Civismo” y “Mural Universitario” por la Televisora Nacional. Los programas radiales eran tres semanales: “Notas universitarias” por Radio Cultura, “La Voz de la Universidad Central de Venezuela” por la Voz del Ávila, y “La Gazeta Universitaria” por Radio Miranda.

A través de Kalinina Ortega recabamos la opinión sobre De Venanzi y su relación con Arístides Bastidas, de los periodistas científicos Carmen Dahmelis Jiménez, Pablo Carreño Idrogo, Hugo Díaz Barroso y Luis Eduardo Ramos. Respondieron: “Con mucha frecuencia Arístides Bastidas sostenía que uno de los personajes más importantes que había conocido en su vida era el doctor Francisco De Venanzi, no sólo por conocer la inteligencia de este gran investigador científico, escritor, profesor y Rector de la UCV, sino por que era un libre pensador que simpatizaba con la izquierda política venezolana. Bastidas contribuyó a la aceptación de Miguel Otero, director del periódico en esa época, para que el doctor De Venanzi iniciara la publicación de artículos en *El Nacional*. Bastidas no se conformó con tener el privilegio de la amistad y de las primicias del doctor De Venanzi, sino que nos reclutó a un grupo de periodistas que escribíamos ciencia en *El Universal*, *El Nacional* y otros diarios, para mantener viva la información científica de ese gran hombre”.

Con motivo de sus diez años de existencia, la UNESCO creó el Premio Kalinga para escritores científicos relacionados con la difusión o interpretación de la ciencia; la segunda vez que se iba a adjudicar el premio, AsoVAC propuso como candidato a Augusto Pi Suñer; de los 18 aspirantes éste resultó seleccionado, recibiendo el Premio Kalinga en 1955. Posteriormente, AsoVAC nominó a Bertrand Russell, quien fue galardonado en 1958. De Venanzi escribió entonces: “en su casa de campo en Sussex, al sureste de Inglaterra, un hombre alto y delgado, de nariz algo aguileña, frente alta y noble, moderada calvicie con prominente pelo en la parte posterior de la cabeza, está sentado en la gastada butaca de cuero al frente de la chimenea: es Bertrand Arthur William, Conde de Russell. (...) Sostiene sobre los muslos uno de los libros de la nutrida biblioteca que deja ver un mapa de Suramérica. Repasa allí las características geográficas de nuestro país. Ha de ser realmente satisfactorio recibir muestra de comprensión a la labor rendida, proveniente de lugar tan remoto”. El físico nuclear George Gamow también fue postulado por AsoVAC para el premio e igualmente

le fue otorgado. Para 1982 lo recibió Arístides Bastidas de manos de Amadou M. Bow, Director de la UNESCO en ese entonces. No sabemos a ciencia cierta si De Venanzi tuvo que ver con la proposición del premio para Bastidas, como tampoco con la de Marcel Roche, quien lo obtuvo en 1987.

Una vez Bastidas publicó una mancheta en su página científica: “En la ciencia estamos en el caso de quien no tiene pan y come caviar”. Se refería al supuesto predominio en el país de la ciencia básica, en contraposición con la ciencia aplicada. De Venanzi le respondió en un discurso pronunciado con motivo de los XX años de la Facultad de Ciencias: “Ni comemos pan ni comemos caviar. (...) A efectos comparativos, en escala internacional, el esfuerzo científico venezolano en todos los campos es mínimo. (...) Se requiere por tanto una labor global de mucha intensidad y persistencia que desarrolle en forma simultánea la ciencia básica, la ciencia aplicada y el desarrollo experimental. (...) Sin ciencia básica, que constituye el mismo origen de la cadena que genera los conocimientos, se mantendría indefinidamente la situación de dependencia. (...) De la investigación que se hace en Venezuela un 58% está dirigido a la resolución de problemas nacionales, empero, puede no encontrar las vías convenientes para expresarse por falta de demanda local”.

El Dr. De Venanzi fue noticia frecuente de toda la prensa durante su Rectorado, muchas veces con ataques, especialmente por parte de los diarios *La Esfera*, *El Mundo*, *Últimas Noticias* y *La Religión*. Estos son algunos de los titulares de 1960 a 1963: “Agrávase la crisis universitaria. Inminente la renuncia del Rector De Venanzi”; “El ambiguo Rector”; “Arsenal en la UCV. De Venanzi responsable”; “De Venanzi perdió el control, la Universidad sin gobierno”; “Aberraciones eróticas difunde panfleto pornográfico hecho en la Universidad. Se exige al Rector que explique quién autorizó la impresión”; “Contra ‘Tontería útil’ del Rector. 5 Decanos en desacuerdo con decisión de perdonar inasistencias habidas por huelga”; “De Venanzi en octubre y Pizani en noviembre se ausentan del país precisamente en vísperas de graves aconteci-

mientos que los afectan directamente”; “Es un buen hombre. El Rector no se ha dado cuenta de brotes totalitarios en UCV”; “¿Guarda de conspiración o cumbre de civismo? La Universidad se salvará a pesar de De Venanzi”; “En Santo Domingo acusan a De Venanzi de haber ido a ese país en calidad de agente subversivo del comunismo”; “El Rector De Venanzi y la religión”. También hubo artículos firmados, como ejemplos: Hilarión Cardozo escribió en *La Esfera*: “Culpable el Rector de los sucesos de la Universidad”; el Pbro Jesús Hernández Chapellín en *Últimas Noticias*: “El color rojo del Rector salió a la superficie”, y Hans Ossott: “Rector abandone”, en *La Esfera*.

Por otra parte, fue entrevistado muchas veces en diferentes medios de comunicación, y su muerte fue ampliamente reseñada y comentada en todos los periódicos, inclusive tratándolo con términos elogiosos en algunos de los diarios que lo habían injuriado cuando era Rector.

A manera de cierre

Para terminar esta aproximación a Francisco De Venanzi parece procedente citar unos párrafos de “El intelectual y las dos libertades”, de su libro *Reflexiones en siete vertientes*: “El hombre puede ser libre para pensar y para participar con acento creador en el destino de la comunidad y puede ser libre en otro sentido, cuando ha roto los lazos que lo atan a la necesidad; cuando se le garantiza trabajo, alimentación, salud y educación. Nuestro tiempo parece haber sido señalado por la vigencia de un creciente antagonismo entre esos dos tipos de libertad. Ambas son importantes y de hondo significado humano, aun cuando su interés es variable para los diferentes grupos sociales. El intelectual tiende a valorizar más la primera, el hombre común a poner mayor énfasis sobre la segunda. (...) La responsabilidad del intelectual en los países de escaso desarrollo como el nuestro, se dibuja con graves caracteres. Con frecuencia la posición adoptada es la defensa de la restringida libertad política que toleran los sectores dominantes, cerrando los ojos a la angustia de las masas que aspiran a liberarse de las necesidades que las afligen. Evidentemente la tesis ha de ser

otra, la de integrar en una misma preocupación el interés por los cambios sociales que requiere el pueblo con el empeño en salvaguardar las condiciones de libertad indispensables para que los esfuerzos realizados rindan los mejores frutos. Luchando por las dos libertades que elevan al hombre en su doble dimensión espiritual y material, se estará respondiendo a los requerimientos de los tiempos y se pondrá de relieve con prestancia el significado de la misión amplia y generosa que el intelectual debe cumplir en bien de la sociedad”.

- Antillano, Pablo. **Francisco De Venanzi**. Asociación de Profesores Universidad Simón Bolívar. Colección Gremios Universitarios 1. Caracas, 1983.
- **Boletín del Archivo Histórico de la Universidad Central de Venezuela. Homenaje a DE VENANZI en el I aniversario de su muerte**. Ediciones de la Secretaría de la UCV., Número 7. Tomos I y II. Caracas, 1988.
- **V Congreso de la Asociación Latinoamericana de Ciencias Fisiológicas. Resúmenes**. Imprenta Nacional, 1963.
- X Congreso Latinoamericano de Ciencias Fisiológicas. Acta Científica Venezolana 22, Supl 2, 1971.
- Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas. **Política Nacional relativa a la Investigación Científica y Tecnológica**. Caracas, 1970.
 _____. **Primer Plan Nacional de Ciencia y Tecnología**. Período 1976-1980.
- De Venanzi, Francisco. **Perfiles de la Ciencia Moderna**. Publicaciones de la Dirección de Cultura de la Universidad Central. Caracas, 1959.
 _____. **Palabras para una gestión universitaria. Discursos 1958-1961**. Ediciones UCV, 1961.
 _____. **Palabras para una gestión universitaria. Discursos 1961-1963**. Ediciones Dirección de Cultura e Información de la Universidad Central de Venezuela, 1963.
 _____. **Mensaje al Claustro**. Universidad Central de Venezuela, 1963.
 _____. **Reflexiones en 7 vertientes**. Ediciones de la Biblioteca UCV Colección Avance 23, 1969.
 _____. "Lección Inaugural". En **La crisis. Responsabilidades y salidas**. Cátedra "Pío Tamayo", CEHA, IIES, FACES, UCV, 1986.
- *El Nacional*. Revisión de algunos acontecimientos ligados a la Universidad Central de Venezuela, 1958-1971.

- González E, González-Arévalo B, Velasco M, Gianetto G. **Evaluación de la actividad universitaria basándose en los resultados del Programa de Estímulo al Investigador (PEI) y Programa de Promoción al Investigador (PPI): Comparación en la Universidad Central de Venezuela (UCV).** Tribuna del Investigador 1997; 4:112-132.
- Hernández A., Tosca (compiladora). **Francisco De Venanzi y la APIU Asociación para el Progreso de la Investigación Universitaria.** Fondo Editorial Acta Científica Venezolana y Asociación para el progreso de la Investigación Universitaria (APIU). Caracas, 1988.
- Jiménez Arráiz, José Tomás. **34 rectores de la UCV.** Ediciones del Rectorado de la Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1982.
- **Jornadas XXV Aniversario del Postgrado en Ciencias Fisiológicas.** Revista de la Facultad de Medicina. Universidad Central de Venezuela 1998. 21, Suplemento1.
- Leal, Ildefonso. **Historia de la UCV, 1721-1981.** Ediciones del Rectorado de la UCV. Caracas Venezuela, 1981.
- Lippo de Bécemberg, Ítala. **Gente de ciencia. Dr. Francisco De Venanzi De Novi.** Revista de la Facultad de Medicina 1988; XI (1):1-6.
 _____. **Homenaje al Dr. Francisco De Venanzi a los siete años de su fallecimiento.** Compilación, ejemplar único, Instituto de Medicina Experimental, 1994.
- Márquez Rodríguez, A. Artículo en "Tal Cual", 21 mayo 2006.
- Martín Frechilla, J.J., Texera Arnal, Y. y Cilento Sarli, A. **Un archivo para la historia: Acta Científica Venezolana 1950-2000.** Universidad Central de Venezuela. Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico. Caracas, 2005.
- Roche Marcel. **El discreto encanto de la marginalidad. (Historia de la Fundación Luis Roche).** En Vesuri, Hebe (Compiladora). **Las Instituciones Científicas en la Historia de la Ciencia en Venezuela.** Fondo Editorial Acta Cient Venez, 1987.

- *Universalía*. Volúmenes I-VI, 1964-1969.
- Universidad Central. *Boletín Informativo*, 1958-1963.

Los primeros años	9
El comienzo de las ciencias experimentales	12
Inicio en la investigación científica	13
Entre la investigación y la docencia	15
El impulso de la ciencia	16
La intervención de la Universidad	18
El Instituto de Investigaciones Médicas	20
AsoVAC en el exilio universitario	25
La contribución de la UNESCO	26
La Fundación Venezolana para el Avance de la Ciencia (Fundavac)	29
Desde las sombras	30
El amanecer de la democracia	33
La construcción de la Universidad democrática	35
A la defensa de la democracia	37
“El alma del pueblo”	39
Jornada plena	41
Las elecciones de Autoridades Universitarias	42
Rector por elección	43
El crecimiento de la Universidad	44
La fundación de la Universidad de Oriente	45
Una nueva asonada	46
La “rutina” universitaria	47
Un fin de año agitado	48
Con optimismo	51
El Centro de Estudios del Desarrollo (CENDES)	52
El Centro de Tecnología de Alimentos	52
Unas de cal y otras de arena	53

La relación con los líderes estudiantiles	54
El incidente con el Embajador Moscoso	56
AsoVAC Juvenil	58
De nuevo el cupo	59
Otra forma de ver la Universidad	59
Entre logros y ataques	61
Después del Rectorado	69
Universalía	70
Creación del CONICIT	73
Investigación con o sin bombas lacrimógenas	75
El X Congreso Latinoamericano de Ciencias Fisiológicas	78
El Postgrado en Ciencias Fisiológicas	79
La Asociación para el Progreso de la Investigación Universitaria (APIU)	80
La producción científica	83
La Sección de Investigaciones Metabólicas y Nutricionales	85
La última clase magistral	86
Al cumplir los 70 años	86
Sus últimos escritos y conferencias	87
Honores	90
La enfermedad siempre al acecho	91
El hombre terco	95
La dedicación absoluta y la noción de compromiso	97
El sentido de justicia	98
La tranquilidad y el optimismo	98
Una personalidad con “barandas”	99
El humanista	100

El docente	101
Formador de investigadores	106
El comunicador	108
A manera de cierre	111
Bibliohemerografía	113

Biblioteca Biográfica Venezolana

Títulos publicados

Primera etapa / 2005-2006

1. Joaquín Crespo / Ramón J. Velásquez / Tomo I y Tomo II
2. José Gregorio Hernández / María Matilde Suárez
3. Aquiles Nazoa / Ildemaro Torres
4. Raúl Leoni / Rafael Arráiz Lucca
5. Isaías Medina Angarita / Antonio García Ponce
6. José Tomás Boves / Edgardo Mondolfi Gudat
7. El Cardenal Quintero / Miguel Ángel Burelli Rivas
8. Andrés Eloy Blanco / Alfonso Ramírez
9. Renny Ottolina / Carlos Alarico Gómez
10. Juan Pablo Rojas Paúl / Edgar C. Otálvora
11. Simón Rodríguez / Rafael Fernández Heres
12. Manuel Antonio Carreño / Mirla Alcibíades
13. Rómulo Betancourt / María Teresa Romero
14. Esteban Gil Borges / Elsa Cardozo
15. Rafael de Nogales Méndez / Mirela Quero de Trinca
16. Juan Pablo Pérez Alfonzo / Eduardo Mayobre
17. Teresa Carreño / Violeta Rojo
18. Eleazar López Contreras / Clemy Machado de Acedo
19. Antonio José de Sucre / Alberto Silva Aristeguieta
20. Ramón Ignacio Méndez / Manuel Donís Ríos
21. Leoncio Martínez / Juan Carlos Palenzuela
22. Ignacio Andrade / David Ruiz Chataing
23. Teresa de la Parra / María Fernanda Palacios
24. Cecilio Acosta / Rafael Cartay
25. Francisco de Miranda / Inés Quintero

Segunda etapa/ 2006-2007

26. José Tadeo Monagas / Carlos Alarico Gómez
27. Arturo Uslar Pietri / Rafael Arráiz Lucca
28. Daniel Florencio O' Leary / Edgardo Mondolfi Gudat
29. Morella Muñoz / Ildemaro Torres

30. Cipriano Castro / Antonio García Ponce
31. Juan Vicente González / Lucía Raynero
32. Carmen Clemente Travieso / Omar Pérez
33. Carlos Delgado Chabaud / Ocarina Castillo D'Imperio
34. César Zumeta / Luis Ricardo Dávila
35. Carlos Soubllette / Magaly Burguera
36. Miguel Otero Silva / Argenis Martínez
37. Agustín Codazzi / Juan José Pérez Rancel
38. Pedro Manuel Arcaya / Pedro Manuel Arcaya Urrutia
39. Raimundo Andueza Palacio / Edgar C. Otálvora
40. Andrés Bello / Pedro Cunill Grau
41. Rómulo Gallegos / Simón Alberto Consalvi
42. Eugenio Mendoza / Carlos Alarico Gómez
43. José Gregorio Monagas / Agustín Moreno Molina
44. José Rafael Revenga / Carlos Hernández Delfino
45. Gustavo Machado / Manuel Felipe Sierra
46. Rafael Arias Blanco / Manuel Donís Ríos
47. José María Vargas / Carolina Guerrero
48. Mario Briceño-Iragorri / Laura Febres
49. José Antonio Ramos Sucre / Alba Rosa Hernández Bossio
50. Laureano Vallenilla Lanz / Elsa Cardozo
51. Francisco De Venanzi / Sonia Hecker
52. Antonio Leocadio Guzmán / Rogelio Altez
53. Antonio Guzmán Blanco / María Elena González Deluca

Este volumen de la Biblioteca Biográfica Venezolana se terminó de imprimir el mes de febrero de 2007, en los talleres de Editorial Arte, Caracas, Venezuela. En su diseño se utilizaron caracteres light, negra, cursiva y condensada de la familia tipográfica Swift y Frutiger, tamaños 8.5, 10.5, 11 y 12 puntos. En su impresión se usó papel Ensocreamy 55 grs.

La biografía es un género que concita siempre una gran atracción entre los lectores, pero no menos cierto es el hecho de que muchos venezolanos notables, más allá de su relevancia, carecen hasta ahora de biografías formales o han sido tratados en obras que, por lo general, resultan de difícil acceso.

Todo lo que contribuya a reducir la desmemoria de los venezolanos se me antoja como tarea principal de los tiempos que corren. Si nos cuesta relacionarnos con el pasado porque lo desconocemos, lo malinterpretamos o lo explotamos a nuestro antojo, una manera de volverlo diáfano y plural es recorriendo las vidas de quienes lo han forjado. Allí yace un múltiple espejo donde nuestro rostro se refleja en mil pedazos, tan variado como compleja y fascinante ha sido nuestra hechura de país.

Antonio López Ortega

Para entender nuestra historia, hay que conocer a sus protagonistas. Son ellos los que dieron forma a nuestra identidad actual. De ahí el estimable valor de poder leer sus biografías.

Isaac Chocrón

Antes que tratar de adivinarlo mediante ilusorios horóscopos, el verdadero futuro hay que aprender a leerlo en las obras y logros del pasado. Nada mejor, por tanto, que una colección de biografías de venezolanos distinguidos, de vidas esenciales de nuestra historia, para entrever el porvenir del país que nos espera.

Eugenio Montejo

Francisco De Venanzi

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Sonia Hecker

Al escribir la biografía del Rector Francisco De Venanzi, Sonia Hecker aborda capítulos de la historia contemporánea de Venezuela que nos interesan sobremanera, porque retratan personajes y claves de una época de transición de la dictadura a la democracia, lo que era vivir bajo la dictadura de Pérez Jiménez y combatirla, buscar la libertad, y resolver los dilemas y dificultades que habrían de suscitarse a partir de su caída.

Una etapa que demandaba de sus protagonistas temple, serenidad y tolerancia, además de una profunda vocación ciudadana. Francisco De Venanzi fue el gran Rector de la Universidad Central de Venezuela en los años sesenta del siglo XX, y a esa circunstancia se debió en buena medida que la UCV superara problemas de diverso orden. Así se aprecia al leer las páginas de esta biografía y los innumerables testimonios que Hecker recoge sobre el hombre y el científico.

De Venanzi no fue ajeno a los avatares venezolanos. Comprendió que la ciencia no sólo no podía aislarlo, sino que lo obligaba a participar en la gran aventura ciudadana. Fue un hombre de posiciones equilibradas. Un científico sólidamente formado, investigador y docente de prestigio. Su aporte fue fundamental en la construcción de la Universidad democrática y de la democracia en Venezuela. Cuando se vuelve la vista a tiempos de conflictividad, y se observa la ponderación de protagonistas como el Rector De Venanzi, pueden medirse su autoridad moral y su capacidad de comprensión. Eso es lo que se demuestra en estas páginas, un perfil inteligente del gran venezolano que fue este hijo de italianos. Sonia Hecker, escritora, médica y también docente de la UCV, prestigia esta colección con la biografía de un científico ejemplar y de un hombre cuya sensibilidad social dejó huellas profundas más allá del recinto universitario.

ISBN 980-395-104-1



Simón Alberto Consalvi

J-00012242-3

EL NACIONAL

J-00002949-0

BANCARIBE